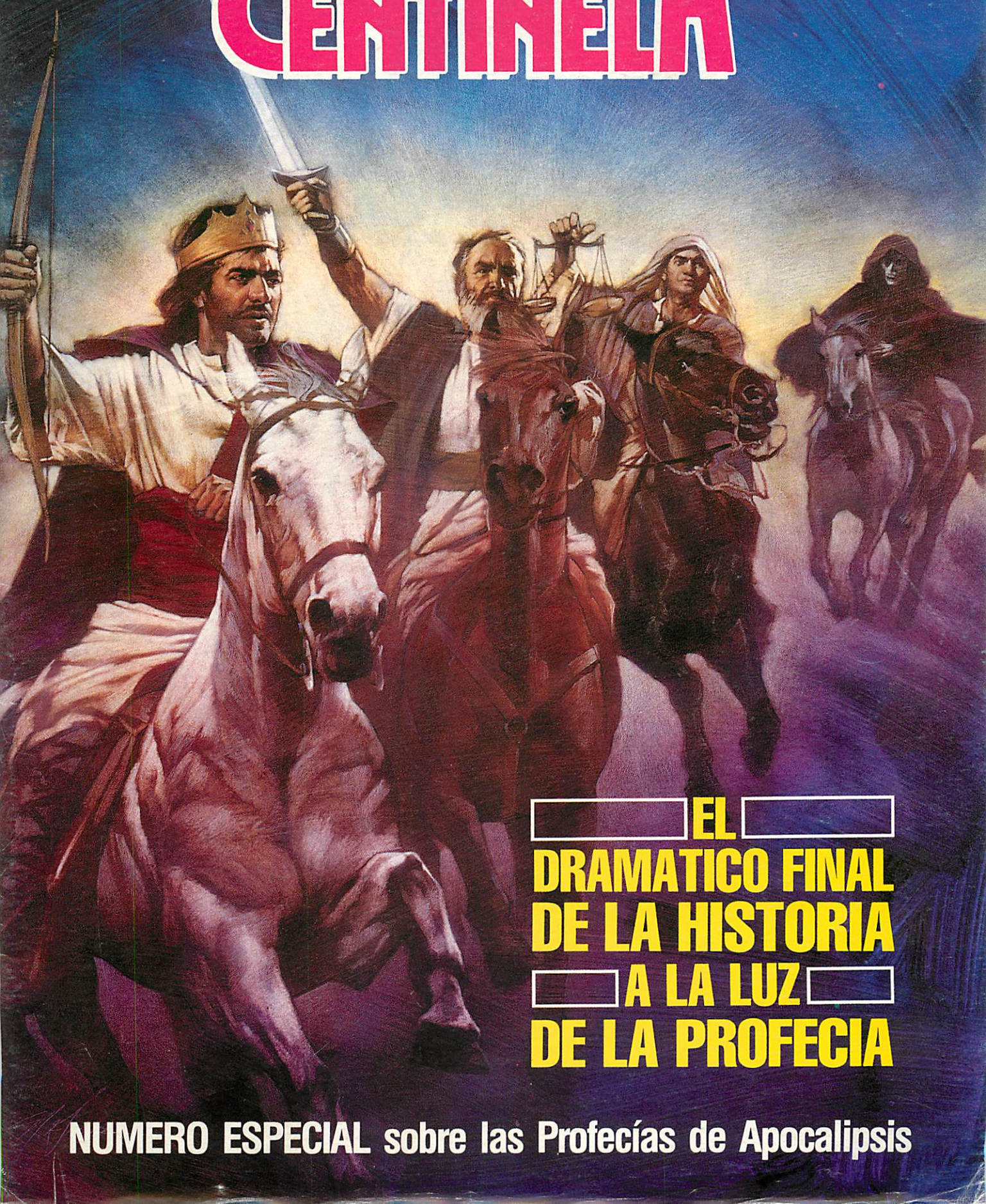
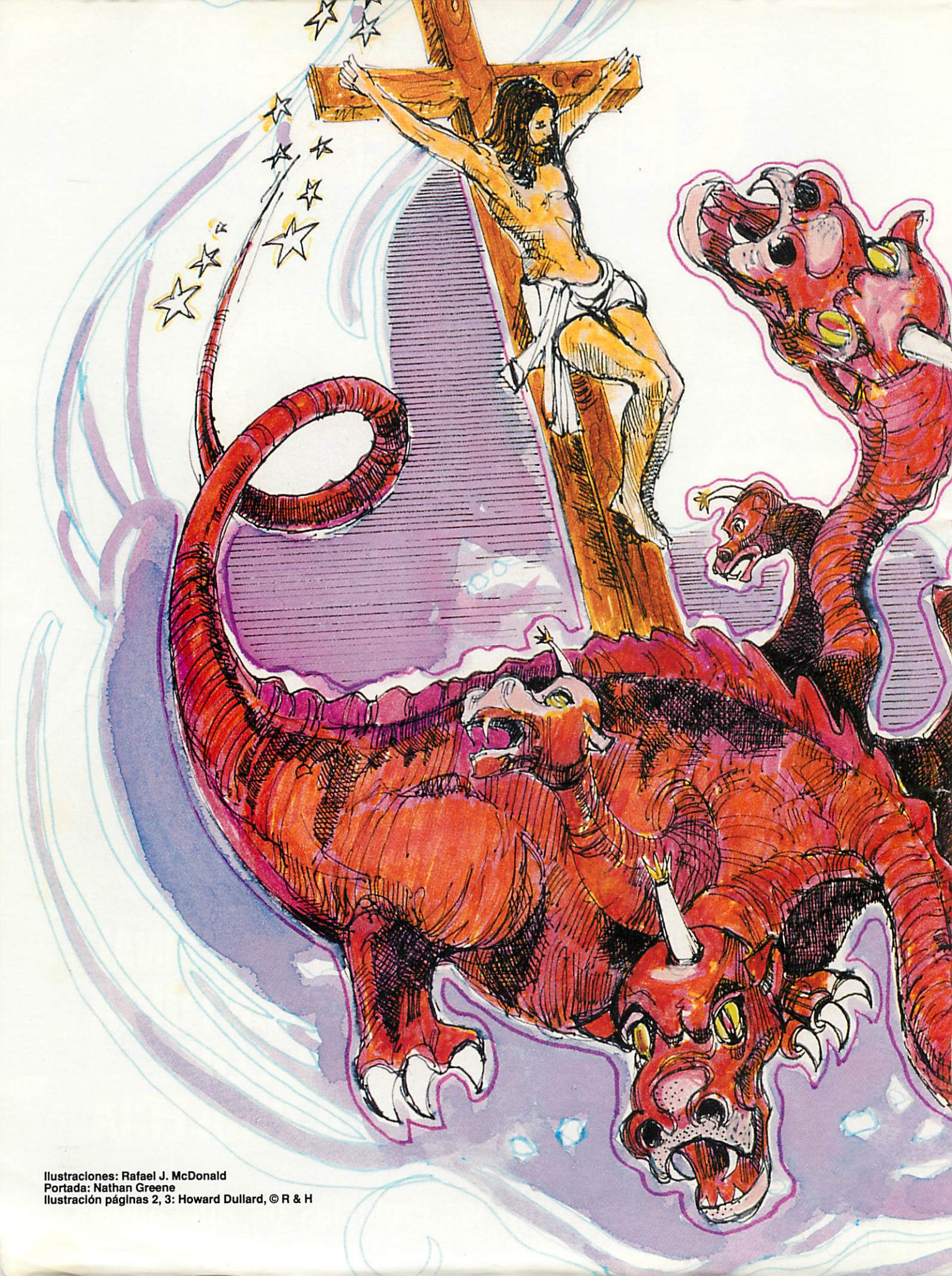


SUPLEMENTO *El*
CENTINELA



EL
DRAMATICO FINAL
DE LA HISTORIA
A LA LUZ
DE LA PROFECIA

NUMERO ESPECIAL sobre las Profecías de Apocalipsis



**El Centinela
presenta
el texto
bíblico
de las**

MARAVILLOSAS PROFECIAS DEL APOCALIPSIS

Lo que revela el Apocalipsis:

El momento culminante de la historia

El relato de un “dragón” que procuró destruir a Jesús

Por qué Dios permite que continúe el mal

La obra asombrosa de los cuatro jinetes del Apocalipsis

Una bestia simbólica que colocará una extraña marca sobre los hombres

Un número misterioso: 666

La batalla final de la historia: el Armagedón

Un sistema ecuménico falso que abarcará todo el mundo

La guerra final entre el bien y el mal

Lo que está haciendo Jesús en nuestros días

Lo que debe suceder antes que Cristo vuelva a este mundo

Qué sucede durante el milenio

El destino final de los malvados y el de los que confían en Jesús



LIBRO DEL APO

¡BUENAS NOTICIAS!

Difúndalas.

Dios es amor.

En sus manos, estimado lector, se halla un ejemplar de uno de los libros más notables que se hayan escrito jamás, el Apocalipsis, o Revelación de Jesucristo. Este libro resume el mensaje de toda la Biblia y presenta la culminación del mensaje evangélico, las buenas nuevas de cómo Dios ha expresado su amor por nosotros por medio de Jesucristo. La Revelación de Jesucristo es en esencia una revelación del amor que Dios siente por el hombre.

Dios tiene un plan para cada uno de nosotros, el cual es más elevado de lo que jamás podamos imaginar, más hermoso de lo que podamos describir. Desea poner fin al pecado, los sufrimientos y la muerte que en la actualidad nos cercan por todos lados, y restaurar en nosotros su imagen, darnos gozo, paz y vida eterna en abundancia.

Las buenas nuevas que el Nuevo Testamento presenta consisten en que Jesucristo *ya ha obtenido* estas abundantes bendiciones para que las usemos, al morir inocente, sacrificado en la cruz. Allí pagó la deuda por los pecados de todos los hombres; allí reconcilió a la humanidad con Dios. Las páginas que siguen describen los resultados de su victoria sobre el pecado. A medida que Ud., lector, recorra estas páginas, llegará a comprender con mayor claridad y amplitud el plan eterno de Dios para la humanidad, y verá cómo Jesús constituye la clave de dicho plan. El es la Persona divina, que al identificarse con nosotros ha hecho posible que recibamos la vida eterna.

* * * * *

El libro del Apocalipsis, presentado en forma de un grandioso drama, cuenta la extraña y ab-

sorbente historia de la gran controversia entre Jesucristo, Príncipe de la vida y Autor de nuestra salvación, y Satanás, el príncipe del mal y autor del pecado. En este drama de los siglos, cada ser humano tiene una parte que cumplir. Cada uno de nosotros debe decidir a quién servirá —a Cristo o a Satanás, al bien o al mal. Y lo que escojamos determinará nuestro destino eterno.

En las páginas que siguen, el lector encontrará la clave para comprender este drama fascinador. Podrá entender el curso de la historia desde el punto de vista divino, y descubrirá la forma en que Dios ha estado trabajando silenciosamente tras los bastidores, preparándose para el momento en que causará un cambio revolucionario en las condiciones del mundo.

Descubrirá el lector cómo ciertos acontecimientos del pasado ocurrirán de nuevo cuando la historia se acerque a su final culminante. *La historia se repetirá* cuando Satanás haga su esfuerzo supremo para derrotar a Cristo y destruir su plan para la humanidad, al engañar a los hombres y hacerlos aceptar una sutil falsificación del verdadero cristianismo. *Pero Cristo triunfará.* Vea cómo sucederá esto en las páginas 42 a 47.

* * * * *

Dios desea que Ud., estimado lector, estudie el Apocalipsis, la revelación de Jesucristo. Es cierto que este libro presenta algunas cosas difíciles de comprender. Pero Dios dispuso que fuese leído con mente abierta por todos los que deseen sinceramente llegar a conocer su voluntad. De hecho, ha prometido *una bendición especial* a los que lean este último libro de la Biblia. (Véase Apocalipsis 1:3.) Con el fin de ayudar a los lectores de este número especial, se han preparado estos comentarios sencillos y breves, basados en la Biblia y en lo que registra la historia, que ayudarán a explicar los símbolos misteriosos usados en el Apocalipsis.

CALIPSIS

CAPITULO 1

1 La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, 2 que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto.

3 Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.

4 Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono;

5 y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra.

Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, 6 y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. 7 He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén.

Versículos 1, 2. El Apocalipsis presenta a Jesucristo como el medio que Dios usa para derribar el muro de separación que existe entre él y la humanidad. Los escritores bíblicos usan los términos "pecado" e "incredulidad" para descri-

bir la actitud egoísta normal del hombre. El pecado sirve de "velo" o "cortina" para separarnos de Dios. El Apocalipsis comienza declarando que Dios actúa por medio de Jesucristo para revelarse (o, según significado literal de la palabra griega original, "descubrirse", "quitarse el velo") ante nosotros y derribar así esta pared de separación.

Versículo 3. Dios se revela a sí mismo en Jesús, porque ama a los seres humanos dañados y adoloridos por el problema del pecado. Desea ayudar a cada uno de nosotros. Uno de los dones que está usando para bendecir a la humanidad es la revelación que le concedió a San Juan. Ha prometido bendecir especialmente a todos los que (1) "leen" en voz alta, o hablan a otros acerca del mensaje de la revelación de Jesucristo, (2) "oyen" o comprenden dicho mensaje, y (3) "guardan" su contenido y actúan en armonía con la obra de Jesús que dicho mensaje presenta.

El Apocalipsis *no es* un libro esotérico que contiene un mensaje secreto. Más bien, es una profecía, un cuadro divino de lo que nos trae el futuro, dado no para satisfacer nuestra curiosidad, sino para *revelar* el poder y la sabiduría que despliega Dios al dirigir los acontecimientos de la historia para nuestro beneficio.

Versículos 4, 5. La gracia y la paz tienen su origen en una fuente triple: Dios, el Padre eterno (versículo 4; compárese con Exodo 3:14), el Espíritu Santo (o "siete espíritus", versículo 4; compárese con Apocalipsis 4:5, Isaías 11:2), y Jesucristo (versículo 5).

Versículos 5-7. Después de su saludo, San Juan dedica su carta al tercer Personaje de estos tres, a saber, Jesús, porque él (1) nos ama (actitud permanente de su parte, como lo demuestra el término original griego), (2) nos ha librado de las ataduras de nuestros pecados al dar su vida por nosotros, (3) nos transforma así en seres nuevos, integrantes de su reino, capaces de acercarnos a Dios directamente a través de Cristo, sin que necesitemos la intercesión de otros hombres en nuestro favor (1 S. Pedro 2:5; 2 Timoteo 2:12; 1 S. Juan 2:1).

Jesús completará su obra de restaurar la armonía entre su pueblo y Dios, cuando vuelva por segunda vez para resucitar a los muertos y llevar

(Continúa en la página 7)

Una visión asombrosa de Cristo

8 Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.

9 Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. 10 Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, 11 que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.

12 Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, 13 y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. 14 Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; 15 y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. 16 Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza. 17 Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome:

No temas; yo soy el primero y el último; 18 y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades. 19 Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas.

20 El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete



estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.

Jesús ofrece seguridad a su pueblo

conigo a los vivos que hayan aceptado su santo amor. Si bien es cierto que quienes lo acepten como Señor considerarán que su venida constituye una "esperanza bienaventurada", los que rechacen su amor se darán cuenta entonces de la enormidad de su error (Tito 2:13; Apocalipsis 6:15-17). Algunas personas creen que Jesús vendrá en forma invisible y "raptará" o retirará en secreto a su pueblo del mundo. No hay tal cosa. "Todo ojo le verá". (Compárese con S. Mateo 24:9-31; Hechos 1:9-11.)

Versículo 8. Dios, el Eterno (véase el versículo 4), declara que es el "Alfa" (primera letra del alfabeto griego) y la "Omega" (la última letra); en otras palabras, la "A" y "Z", el Comienzo y Fin de todas las cosas. El es la Fuente de toda revelación, la Fuente de toda vida, el Creador y Perfeccionador. Según Apocalipsis 22:13, 16, Jesucristo también es el "Alfa y la Omega".

Versículo 9. San Juan recibió su visión de Cristo mientras se encontraba prisionero en Patmos, pequeña isla rocosa y árida del Mediterráneo, ubicada a unos 64 kilómetros de la costa sudoeste de Asia Menor. Según Ireneo, cristiano de los primeros tiempos que habló personalmente con uno de los discípulos de San Juan, dicho apóstol escribió el Apocalipsis hacia fines del reinado del emperador romano Domiciano (81-96 DC), tirano cruel que persiguió a los cristianos.

Versículo 10. A pesar de hallarse preso por su fidelidad a Jesucristo, San Juan todavía adoraba a su Señor en su día santo. Dios tiene un día santo, como este versículo claramente indica. Algunos intérpretes creen que el término "día del Señor" se refiere al domingo, y si bien es cierto que muchas décadas más tarde algunos cristianos comenzaron a llamar de este modo al domingo, *el único día reconocido por los cristianos primitivos, incluyendo a San Juan, como perteneciente al Señor era el séptimo día, sábado.*

En la creación, la Divinidad —término que incluye a Jesús—, separó el séptimo día de la semana como día especial para que los hombres adorasen en él. Jesús declaró, refiriéndose a sí mismo: "El Hijo del hombre es Señor aún del día de reposo". El mismo guardó el sábado, como lo hicieron sus apóstoles, incluyendo a San Pablo y San Juan. El sábado es uno de los medios que Dios usa para impartir su vida a los hombres (Génesis 2:1-3; Exodo 20:8-11; Isaías 58:13; S. Marcos 2:27; S. Lucas 4:16; Hechos 17:2).

Versículos 11-20. Mientras se hallaba adorando a Dios, San Juan oyó de pronto una voz detrás de él. Volviéndose con rapidez para ver a su divino visitante, el apóstol contempló "a uno

semejante al Hijo del hombre" (uno de los nombres favoritos que Jesús se aplicaba a sí mismo) que caminaba entre siete candeleros. En su mano tenía siete estrellas. Tanto Daniel como Ezequiel habían contemplado cuadros similares del Hijo de Dios. En ambos casos había traído un mensaje de misericordia frente al juicio inminente (Daniel 10:5, 6; Ezequiel 8:2). Ahora se le aparece a San Juan en calidad de Mensajero de esperanza, vestido con las vestiduras sacerdotales, demostrando así el interés que tiene en su pueblo.

Jesús es plenamente divino (el "Alfa y la Omega"); sin embargo; se humilló a sí mismo con el fin de hacerse plenamente humano ("el Hijo del hombre"), uno con nosotros. Esta verdad suprema forma la estructura básica de todo el libro del Apocalipsis. Forma la base misma de su ministerio sacerdotal en nuestro favor ante Dios el Padre.

Al contemplar la majestad y santidad de Jesús, San Juan percibió su propia pecaminosidad e indignidad y cayó al suelo como muerto. (Compárese con Daniel 10:7-10.) Se dio cuenta de las implicaciones de lo que había visto y oído. El toque sanador de Jesús lo restauró rápidamente, y lo fortaleció para resistir lo que vería más adelante.

Jesús le explicó a San Juan que los siete candeleros representaban siete iglesias vecinas de Asia Menor, y que las estrellas simbolizaban los "ángeles", o mensajeros escogidos divinamente para cuidar de dichas iglesias.

Diversas consideraciones indican que Jesús planeaba que sus mensajes se aplicasen a un ámbito mayor que a esas siete iglesias locales. Primero, había muchas otras iglesias cristianas en la región, algunas de ellas más prominentes que las que aquí se mencionan. Pero Jesús escogió tan sólo a siete de ellas —obviamente por alguna razón. El número "siete" aparece 54 veces en el Apocalipsis, generalmente con sentido simbólico. En el resto de la Biblia ese número significa plenitud. Por ejemplo, Dios completó su obra de crear nuestro mundo en siete días (Génesis 2:2; compárese con Levítico 23:15; Josué 6:4). De este modo, las siete iglesias representan, en un sentido, la iglesia completa o plena de Cristo.

Segundo, *todo* el Apocalipsis está dirigido a los miembros de las siete iglesias (véase el capítulo 22:16); sin embargo, es obvio que diversas partes del libro describen acontecimientos que afectan al mundo entero, los cuales alcanzan hasta el momento cuando Jesús vuelve a nuestro mundo. De este modo, los mensajes del Apocalipsis deben aplicarse a toda la Iglesia Cristiana,

(Continúa en la página 9)

CENTINELA

Intérprete Bíblico de Nuestro Tiempo

Año 94 — N.º 6-A

Suplemento de Junio de 1990

Revista mensual ilustrada, con artículos religiosos y generales, publicada por la Iglesia Adventista del Séptimo Día en español y francés.

Director
Dr. TULIO N. PEVERINI

Redactor
Lic. Miguel A. Valdivia

Diagramador
Enrique Fuentealba

Gerente General
Robert E. Kyte

Director de Ventas
Lic. José L. Campos

Interamérica: Juan de Armas
Responsable de Circulación
Belia Peterson

Suscripción anual, dólares 7,95. Número suelto, \$1,20. Agregar tres dólares para el franqueo de suscripciones enviadas desde la editorial a países fuera de los EE. UU.

Copyright © 1990, by
Pacific Press Publishing Association

La apostasía en la iglesia cristiana primitiva

CAPITULO 2

1 Escribe al ángel de la iglesia en Efeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto:

2 Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; 3 y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado. 4 Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. 5 Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido. 6 Pero tienes esto, que aborreces las

obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco.

7 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.

8 Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto:

9 Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás. 10 No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.

11 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.



tanto en los tiempos de San Juan como a través de toda la era cristiana.

Tercero, los siete mensajes terminan enfocando la idea del juicio, un acontecimiento universal. De hecho, el nombre de la séptima iglesia, Laodicea, significa literalmente "el juicio del pueblo". E inmediatamente después del mensaje a Laodicea, San Juan contempló una escena del juicio que se realizará al final de la historia.

Geográficamente, las iglesias que Jesús escogió forman un circuito en el mapa. Su orden en este circuito sugiere que simbolizan todo el ciclo de la fe y el progreso cristianos según se hallan simplificados en la historia de la iglesia visible.

Si reconocemos esto, debemos también recordar que es imposible señalar el comienzo y el fin exactos de cada división, o iglesia. Sus fronteras se funden, y las características de todas continúan en cierta medida hasta el retorno de Jesús.

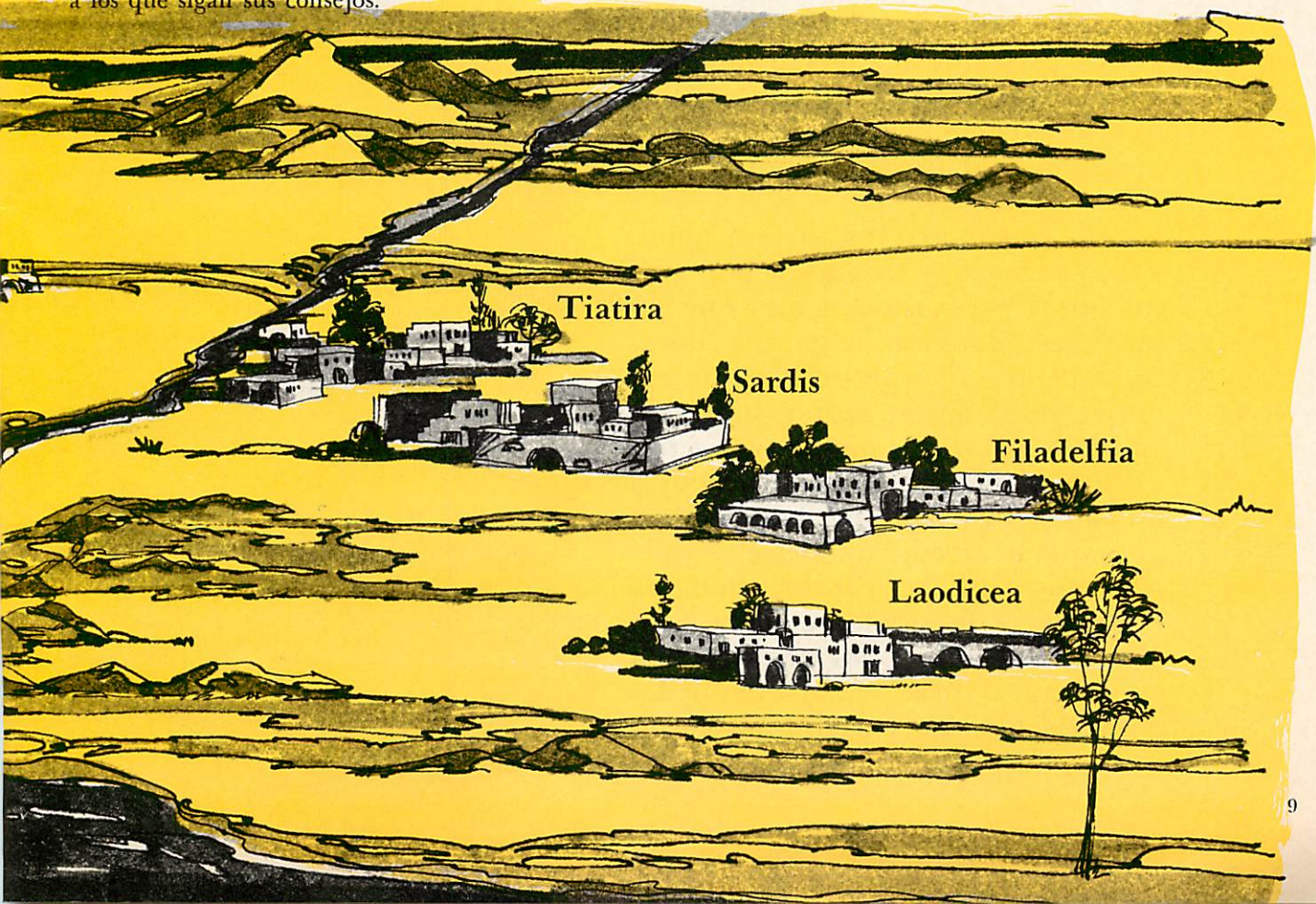
En sus mensajes a las siete iglesias, Jesús se revela como un Ser capaz de satisfacer las necesidades individuales de todo ser humano. Cada uno de los siete mensajes contiene, además de la mención de su destinatario ("al ángel de la iglesia en Efeso", etc.), siete partes: (1) una descripción de Jesús tomada del cuadro general presentado en el capítulo 1, (2) una descripción de las características positivas de la iglesia a la cual se dirige el mensaje, (3) una descripción de sus fallas, (4) consejos prácticos de parte del Señor acerca de cómo corregir los puntos malos, (5) una amonestación de lo que les sucederá a los que no pongan en práctica los consejos, (6) un llamado misterioso a todos para que escuchen el mensaje que Jesús envía a las iglesias, y (7) una promesa especial que hace Jesús a los que sigan sus consejos.

Versículos 1-7. Los cristianos de Efeso eran fieles, ortodoxos y muy activos en la obra misionera —características típicas de los cristianos en general durante la época en que San Juan escribió el Apocalipsis. Esos cristianos primitivos se apartaban de las "obras" inmorales o acciones de los que enseñaban ideas extrañas acerca de religión, tales como los nicolaítas, secta que destacaba el concepto de libertad a tal punto que sus miembros consideraban que no necesitaban guardar la ley moral de Dios. Pero aunque los cristianos primitivos mantenían en alto la ley de Dios como guía adecuada para la vida cristiana, su amor por Cristo, única fuerza capaz de cumplir la ley de Dios, comenzó a disminuir. (Romanos 13:10.)

Versículos 8-11. A los miembros de la iglesia de Esmirna, Jesús declaró: "Yo conozco". Jesús comprendía sus tribulaciones y su pobreza, no sólo porque él es Dios y conoce así todas las cosas, sino también porque él mismo había llegado a ser uno con la humanidad sufriente y había vivido en medio de las pruebas y la pobreza. En su mensaje a los miembros de Esmirna, Jesús les asegura que recompensará su amor abnegado —un amor que se mantuvo firme aun frente a la muerte— con la vida eterna.

La experiencia de la iglesia de Esmirna es paralela a la de la iglesia cristiana en general, y abarca la época que siguió a los tiempos apostólicos hasta principios del siglo IV, cuando el Imperio Romano dejó de perseguir a los cristianos. Las peores persecuciones vinieron durante los diez años comprendidos entre el 303-313 DC —los "diez días" profetizados por Jesús. (Un "día" en la terminología profética a menudo representa un año. Véase Ezequiel 4:6.)

Cristo pide a sus hijos que se vuelvan a él



La cristiandad se aparta de Cristo

12 Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto:

13 Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás. 14 Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. 15 Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco. 16 Por tanto, arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca.

17 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.

18 Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñado, dice esto:

19 Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras. 20 Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. 21 Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. 22 He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. 23 Y a sus hijos heriré

de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras. 24 Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga; 25 pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga.

26 Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, 27 y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre; 28 y le daré la estrella de la mañana. 29 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.



CAPITULO 3

1 Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.

2 Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. **3** Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. **4** Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas.

5 El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. **6** El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Versículos 12-17. La ciudad de Pérgamo era la capital de la provincia romana de Asia. Ciudad rica e importante, servía como centro del culto al emperador y de diversas religiones paganas. Jesús, con gran percepción, describe a Pérgamo como una ciudad que se halla cautiva bajo la dictadura de Satanás, líder de todas las fuerzas maléficas. (Véanse Apocalipsis 12:9; 13:1, 2.) El gran fracaso de la iglesia de Pérgamo consistió en permitir influencias paganas, no cristianas, en su medio, y en aceptar las enseñanzas de “Balaam” —referencia al hombre que influyó sobre los israelitas poco después que éstos abandonaron Egipto, para que se uniesen con paganos y participasen de su idolatría e inmoralidad (Números 22-25; 31:13-16).

La experiencia de la iglesia cristiana en general después del año 313 DC —año en que el emperador Constantino legalizó el cristianismo—,

fue similar a la de la iglesia de Pérgamo. Después de la época mencionada, la iglesia aceptó con facilidad creciente diversas ideas y prácticas paganas, y avanzó continuamente por el camino de la apostasía predicha por San Pablo en 2 Tesalonicenses 2:3. La única esperanza de la iglesia radicaba en permitir que “la espada aguda de dos filos” que tiene Jesús, y que representa la verdad, cortara las ataduras que la unían al egoísmo y al orgullo. (Compárese con Hebreos 4:12.)

Versículos 18-29. La iglesia de Tiatira contenía dos clases distintas de cristianos: los que cometieron adulterio con “Jezabel” y demostraron así que no eran verdaderamente cristianos, y los que permanecieron fieles a Cristo. El nombre Jezabel, usado aquí en forma figurada, alude a la esposa pagana de Acab, rey de Israel, que gobernó casi novecientos años antes de Cristo. Con astucia y habilidad, la reina persiguió y mató a los verdaderos profetas de Dios, y promovió el paganismo y la idolatría en Israel.

La iglesia de la Edad Media (desde principios del siglo VI hasta el siglo XVI) exhibió un parecido notable con la iglesia descrita por Jesús en su mensaje a Tiatira. Durante este período tan sólo unos pocos cristianos permanecieron fieles a Cristo. La mayoría de ellos aceptó “las profundidades de Satanás” y caminó por el misterioso y trágico camino del orgullo y la transigencia con el mal. (Véanse 1 Reyes 16:31; 19:1-3; 21:23-25; 2 Reyes 9:21-37; compárese con Apocalipsis 17.)

Capítulo 3:1-6. Los de la iglesia de Sardis habían recibido a Cristo con alegría y sinceridad, pero tal como los cristianos de Efeso, también abandonaron su primer amor. La Reforma Protestante del siglo XVI pasó por una experiencia similar. A semejanza de los cristianos primitivos, los primeros protestantes percibieron claramente el amor y el poder de Cristo en sus propias vidas. Martín Lutero, Juan Calvino y muchos otros dirigentes procuraron devolver a la iglesia su pureza y poder originales. Pero desgraciadamente, tal como la iglesia primitiva, el protestantismo en general no logró mantener su íntima relación con Cristo.

No pasaron muchas décadas sin que el movimiento protestante entrase en un período de controversia doctrinal. Se formaron diversas denominaciones —cada una con diferente credo o lista de enseñanzas a la cual los miembros debían adherirse. Se infiltró el formalismo, y la muerte espiritual fue el resultado, si bien la iglesia todavía parecía estar viva.

Pero aun así, hubo siempre algunos fieles cristianos, tanto en la Iglesia Católica como en las iglesias protestantes, los cuales “no mancharon sus vestiduras”, es decir, mantuvieron caracteres puros. (Véase Isaías 64:6.) A ellos Cristo les prometió que intercedería en su favor durante el juicio que pronto comenzaría.

**Jesús
ofrece
salvar
a los
que lo
acepten**

**Cristo
abre
una
puerta
ante su
pueblo**

7 Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre:

8 Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. 9 He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado. 10 Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra.

11 He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.

12 Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo. 13 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

14 Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto:

15 Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! 16 Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. 17 Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. 18 Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego,

para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. 19 Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete.

Versículos 7-13. Jesús tuvo solamente palabras de aprobación y consejo para sus seguidores localizados en la pequeña ciudad de Filadelfia (el nombre significa "amor fraternal"). A pesar de que debieron enfrentarse con dificultades y fueron tentados a negar a su Señor, permanecieron fieles a Jesús, manteniendo continuamente su confianza apoyada en él. Su experiencia es paralela a la de muchos cristianos del siglo XVIII y comienzos del XIX. Durante este período la cristiandad experimentó un reavivamiento notable.

Comenzando con hombres como los hermanos Wesley y Jorge Whitefield, los cuales reconocieron el formalismo que se había infiltrado en la iglesia e hicieron fervorosos llamados para que los cristianos volviesen a la verdadera piedad, el reavivamiento creció hasta que culminó a principios del siglo XIX con un notable aumento del interés en el retorno de Jesús. Miles de personas por todo el mundo, reconociendo el rápido cumplimiento de las profecías de Daniel y el Apocalipsis, proclamaron su pronto regreso.

Ante este grupo, Jesús, el Santo y Verdadero,



el que tiene la "llave de David" (símbolo de su poder y autoridad para dirigir y gobernar a su pueblo —véase Isaías 22:20-22), colocó una "puerta abierta".

El templo de Dios en el cielo tiene dos aposentos, cada uno con su propia "puerta". Después de su resurrección, Jesús entró por la primera puerta a lo que la Biblia llama el "lugar santo" para interceder en favor de la humanidad. Pero en 1844, según el libro de Daniel (Daniel 8:14; 7:24-27; véase la página 31), Jesús franqueó la segunda puerta para entrar al "lugar santísimo" con el fin de comenzar una obra especial en favor de los seres humanos. (Este tema se explica con mayor amplitud en la página 29.) En esa ocasión comenzó la primera fase de lo que la Biblia llama el "juicio". Este juicio se está realizando *ahora*. (Compárese con Apocalipsis 11:19; 14:6, 7.)

La "puerta abierta" que Jesús colocó delante de la iglesia de Filadelfia es la puerta de acceso al lugar santísimo del templo celestial. En términos sencillos, más de cien años atrás Jesús comenzó a invitar a la humanidad al juicio. En su calidad de compasivo Sumo Sacerdote, y habiendo ya pagado en el Calvario el castigo que requerían nuestros pecados, desea presentarnos sin mancha ante su Padre. Y a pesar de que somos pecadores, nos invita a confiar en él y aceptar su perfecta justicia en el juicio. La invitación proviene de un corazón lleno de perfecto amor. ¿Quién entrará por fe a través de la "puerta abierta" en la presencia de Dios y aprenderá más de su amor? Quienes lo hagan, y de este modo lleven adelante la reforma comenzada por los

grandes cristianos del pasado y vivan en un espíritu de "amor fraternal", recibirán un sello especial de aprobación y protección de parte de Jesús inmediatamente antes de su segunda venida.

Cristo escribirá sobre ellos el nombre (1) de Dios el Padre, Fuente de su vida, (2) de la nueva Jerusalén, su destino, y (3) de Jesucristo mismo, su Amigo y Ayudador. (Compárese con Apocalipsis 7:2, 3; 14:1.) Además, los protegerá durante el terrible período final de angustia que pronto sobrevendrá en todo el mundo.

Versículos 14-22. El mensaje de Jesús para la iglesia de Laodicea no tiene nada de suave. El conocía exactamente su triste condición, y envió su mensaje en su calidad de "testigo fiel y verdadero". Se describió a sí mismo ante ellos como "el principio de la creación de Dios". Algunas personas sugieren equivocadamente que esto significa que Jesús es un ser creado. Pero tanto el término griego original usado aquí como el Nuevo Testamento en su conjunto, indican que Jesús es la Fuente, el Originador de la creación de Dios. De hecho, Apocalipsis 21:6 usa la misma palabra griega para describir a Dios el Padre. Jesús les habló a los cristianos de Laodicea en su calidad de Dios, no como un ser creado. Este hecho por sí sólo le daba autoridad y poder para hablar como lo hizo.

La ciudad de Laodicea (el nombre significa "un pueblo juzgado" o "el juicio del pueblo") poseía numerosas fuentes minerales calientes en sus cercanías. Según Aristóteles, los habitantes manufacturaban un polvo que se usaba en todo el mundo romano como medicina para los ojos. Jesús usó estos ejemplos para describir la triste condición de los integrantes de su pueblo en Laodicea, los cuales no eran ni "fríos" ni "calientes" en su experiencia religiosa.

Se consideraban a sí mismos espiritualmente ricos, y a pesar de que tenían una *forma* de religión, carecían del verdadero *poder* del cristianismo. Su experiencia es similar a la de la cristiandad en general desde el comienzo del juicio en el cielo, en 1844.

En nuestros días, la iglesia cristiana, ensimismada en su propia importancia, se considera rica y sin necesidad de nada. Sin embargo, Jesús ha declarado que los habitantes de Laodicea *no conocen* su pobreza ni su ceguera. ¡Cuán deseable es que todos renunciemos a nuestros caminos egoístas y permitamos que Cristo viva su vida en nosotros para que nos vista con su justicia, de modo que reflejemos su imagen! (Compárese con Sofonías 2:3; Joel 2:12, 13; Santiago 4:6-10.)

Para todos los miembros de Laodicea Jesús ofrece dones que pueden recibirse gratuitamente, tan sólo viviéndolos: "oro" refinado en fuego, símbolo de la fe que se desarrolla a base de una relación de amor (Santiago 2:5; Gálatas 5:6); "vestiduras blancas", símbolo de la pureza de carácter que obtienen los que se someten a Cristo y le permiten vivir su vida en ellos, de modo que los demás vean a Jesús y no al elemento humano (Apocalipsis 19:7, 8; Isaías 64:6); y el "colirio" de la Palabra de Dios para que les ayude a distinguir su pecaminosidad y su necesidad de la justicia de Cristo (Salmo 119:18, 105).

**La
iglesia
que
parecía
tenerlo
todo**



Cómo aceptar a Jesucristo

20 He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.

21 Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. 22 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Jesús concluyó su mensaje a los cristianos de Laodicea con uno de los ruegos más elocuentes

que se encuentran en la Biblia. Declaró que su mensaje estaba fundado en amor. A pesar de que los de Laodicea eran pobres, ciegos y desnudos, él, el Gobernante del universo, deseaba sólo una cosa: venir y morar con ellos. Así pues, él está dispuesto a venir humildemente *hasta nosotros* para pedir que se le permita entrar en nuestras vidas. *Lo único que necesitamos hacer es franquearle la entrada.* Es así de sencillo. Por su invitación, Jesús revela la naturaleza de Dios, quien está dispuesto a sacrificarse y a renunciar a sí mismo en nuestro favor, y presenta ante todos los seres humanos la elección por la cual serán juzgados. ¿Quién aceptará la invitación?

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”.



CAPITULO 4

1 Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas.

2 Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado.

3 Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. 4 Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas.

5 Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios.

6 Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás. 7 El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando. 8 Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir.

9 Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, 10 los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: 11 Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque

tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.

Los capítulos 4 y 5 del Apocalipsis presentan un cuadro que Dios pinta acerca de lo que significa la verdadera adoración, la clase de culto que desea recibir de los miembros de todas sus iglesias. (Compárese con Exodo 19; Ezequiel 1; Isaías 6.) Los capítulos mencionados demuestran que Dios no desea que los hombres lo adoren ciegamente, sino únicamente que *respondan* aceptando su amor abnegado. Además, disponen el escenario para el segundo mensaje de una serie de siete que San Juan registra.

Versículos 1-3. Después de su primera visión, San Juan recibió una segunda en la cual contempló una puerta abierta en el cielo. Esta puerta daba acceso al *primer* departamento del santuario celestial, el lugar santo, donde se encuentran las "siete lámparas de fuego" (versículo 5; compárese con Exodo 25:31, 32, 37). Dentro del lugar santo, Juan vio a Dios sentado sobre su trono. Su apariencia majestuosa y llena de gloria deslumbró los ojos del profeta. Un hermoso arco iris circundaba el trono, simbolizando la promesa eterna que Dios hace de mostrar misericordia a la humanidad. (Véase Génesis 9:16.)

Versículos 4, 5. Todo el cielo refleja la gloria del amor del Creador. Alrededor de su trono se sientan 24 "ancianos", seres humanos ya redimidos de entre los hombres (véase Apocalipsis 5:8, 9), sobresalientes ejemplos del poder del amor divino. El hecho de que usan vestidos blancos, sin mancha de pecado, demuestra que han permitido que Cristo los vista con su justicia, y que viva su propia vida en ellos. Las coronas de oro que usan simbolizan el precioso don de la vida eterna que Dios promete dar a todos los que resistan la tentación con la ayuda de Cristo. (Véanse Efesios 4:8; S. Mateo 27:51-53.)

Del trono de Dios salen "relámpagos y truenos y voces", señales ominosas y misteriosas asociadas con su ley y sus juicios sobre los hombres. El dirigente israelita Moisés usó palabras idénticas a éstas para describir la aparición de Dios cuando entregó su ley a su pueblo reunido alrededor del monte Sinaí. (Véase Exodo 19; compárese con Hebreos 12:18-24.)

Versículos 6-11. Cuatro seres vivientes permanecen también en la presencia de Dios. La Biblia no dice con claridad quiénes son estos seres (véase el capítulo 1 de Ezequiel donde se halla una descripción similar hecha por este profeta del Antiguo Testamento), pero su amor hacia Dios evidentemente no conoce límites. (Es posible que estén relacionados con las cuatro grandes divisiones de los israelitas, que acampaban alrededor del santuario. Véase Números 2. Según diversos comentaristas judíos, el estandarte o símbolo de Judá era un león; el de Rubén, un hombre; el de Efraín, un becerro; y el de Dan, un águila.)

Todo aquel que esté íntimamente relacionado con Dios lo adora porque reconoce que él es el Creador de todo lo que existe; se da cuenta de que vive únicamente gracias a él. Toda adoración verdadera depende de que el adorador perciba la distinción que existe entre el Creador y los objetos de su creación.

**Cómo
adoran
a Dios
los
habitantes
del
cielo**

CAPITULO 5

1 Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. 2 Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? 3 Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. 4 Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. 5 Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.

6 Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. 7 Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. 8 Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos;

9 y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; 10 y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.

11 Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, 12 que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. 13 Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.

14 Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

Versículos 1-4. En seguida de su visión de Dios en el lugar santo del santuario celestial, San Juan vio al Creador sentado sobre su trono teniendo en su mano derecha un misterioso "libro", o pergamino. Existen diversos paralelismos entre este capítulo y muchos pasajes del Antiguo Testamento, especialmente la escena de juicio descrita en Daniel 7. (Véase la página 31.)

Cuando Dios dio la ley a su pueblo en el tiempo de Moisés, llamó la atención a ella por medio de relámpagos, truenos y voces. Tal como el rollo de libro visto por el profeta Ezequiel inmediatamente después de su visión de Dios, este pergamino representa la mente de Dios; contiene sus pensamientos y planes —verdades que ninguna criatura puede comprender sin ayuda divina. (Compárese Ezequiel 2:3, 7-3:10 con Apocalipsis 5.) Y al igual que las porciones del libro de Daniel que se refieren a los acontecimientos finales de la historia de este mundo, especialmente el juicio, estaba "sellado". (Véanse los comentarios sobre Apocalipsis 10.)

Ante la mirada de todo el universo, un ángel busca alguien que pueda quitar los sellos del libro y abrirlo, pero no se encuentra a nadie digno si quiera de mirarlo —excepción hecha de Jesús, según declara uno de los 24 ancianos.

Versículos 5, 6. Tan sólo Cristo tiene la fortaleza necesaria para abrir el libro. El es el "León" de Judá (véase Génesis 49:9, 10), la "Raíz" de David (véase Isaías 11:1, 10). Ambas figuras, una tomada del reino animal y la otra del reino vegetal, simbolizan poder. Ambas provienen de profecías del Antiguo Testamento que describen al Mesías que Dios prometió enviar para librar a Israel. Jesús es el Mesías prometido. Unicamente él, el todopoderoso y divino Hijo de Dios, puede quitar los sellos del libro de Dios. Unicamente él puede abrir ante el universo la mente de Dios —revelar su carácter de amor eterno.

El Sustituto que llevó nuestros pecados

¡He aquí Jesús, el Todopoderoso! Al mirar San Juan a su alrededor procurando verlo, vio junto al trono de Dios un Cordero ensangrentado como si estuviera en el momento mismo de ser sacrificado. Por medio de esta representación simbólica, Jesús le mostró al apóstol el secreto de su poder eterno: su amor abnegado y altruista.

Desde los días de Adán hasta la muerte de Jesús ocurrida el año 31 de nuestra era, Dios usó corderos que se sacrificaban durante los servicios del culto para simbolizar su amor redentor por la humanidad. Durante esta época permitió que los pecadores confesaran sus pecados sobre corderos inocentes y luego los sacrificaran como ofrendas para él. Por este medio les enseñó a los hombres la naturaleza del pecado y el poder de su amor para rescatarlos del poder de éste.

Dios dispuso que cada sacrificio le mostrara al pecador la naturaleza del pecado —que en su esencia consiste en obtener vida del Creador inocente para usarla con propósitos egoístas. Y el pecado, debido a que separa de Dios, la única Fuente de vida, *debe* resultar en muerte. El sistema de sacrificios no se limitaba a enseñar acerca del pecado; también presentaba una forma de liberarnos de él. Por intermedio del símbolo del cordero inocente, Dios demostró su disposición a llevar nuestra culpa y recibir el castigo que nosotros merecemos.

Jesús es el verdadero Cordero, el inocente Sustituto provisto por Dios para llevar los pecados del mundo. (S. Juan 3:16, 1:29.) Su muerte en el Calvario demostró ante el universo entero la naturaleza del pecado y el poder del amor. Los seres humanos le quitaron la vida al Hijo de Dios y procuraron destruirlo. Voluntariamente, Jesús llevó la culpabilidad y aceptó el castigo que todos merecemos. Pero aunque el pecado determinó la muerte transitoria de Cristo, no lo destruyó. En cambio, su amor abnegado conquistó el pecado y la muerte, y se levantó de la tumba, habiendo ganado la victoria en favor de todos nosotros. (1 S. Juan 1:7; Hebreos 2:14.) La muerte de Cristo en el Calvario reveló la naturaleza eterna y abnegada de Dios. Sí, Jesús es digno. Su amor es el mayor poder del universo, la fuente de todo lo que es bueno.

Versículos 7-10. Los que están más cerca de Jesús, los que ven su amor con mayor claridad, son los primeros en alabarlo y adorarlo.

Versículos 11-14. Pronto el universo entero se unirá en una poderosa sinfonía de alabanza y gratitud a Dios y a su Hijo, Jesucristo.



CAPITULO 6

1 Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: Ven y mira. 2 Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer.

3 Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: Ven y mira. 4 Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada.

5 Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. 6 Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes el aceite ni el vino.

7 Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: Ven y mira. 8 Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra.

9 Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. 10 Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? 11 Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de

sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.

12 Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; 13 y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. 14 Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar. 15 Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; 16 y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; 17 porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?

La apertura de los siete sellos presenta una nueva revelación de Jesucristo, de su amor y su misericordia. Esta visión describe el plan que Dios tiene para poner fin a los grandes problemas que han aquejado a la humanidad a través de la historia.

Al hacer esto, presenta las consecuencias que ha tenido la aplicación del principio del pecado, ya que éste ha surgido de lo que antes era bueno (simbolizado por el jinete del caballo blanco descrito en el primer sello) y lleva a la supresión de la paz, a la persecución, al hambre, a los desastres naturales, y a que el temor se apodere de los seres humanos.

Únicamente Jesús puede colocar estos grandes problemas en su verdadera perspectiva, ya que tan sólo el amor puede exponer la naturaleza real del pecado. En el Calvario, Jesús obtuvo la victoria sobre el pecado, y es en su calidad de *Vencedor* como abre los sellos (Colosenses 2:15). La visión de los siete sellos demuestra que él está consciente de la existencia de este problema, y señala la actitud que adopta hacia él. Demuestra que Cristo permite que el pecado siga su curso debido exclusivamente a su amor abnegado, ya que como Creador sustenta toda vida, aun la de los que están en rebelión contra su amor.

Y en su gran sabiduría, ha decidido usar el sufrimiento causado por el pecado para fortalecer la fe de su pueblo, y ayudarle a percibir su necesidad de volverse a él para obtener ayuda y fortaleza. "Bienaventurados sois —dijo en cierta ocasión— cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque

vuestro galardón es grande en los cielos" (S. Mateo 5:11, 12).

De modo que la apertura de los siete sellos describe el amor de Dios en Cristo para con la humanidad, muestra la forma en que Dios desenmascara el pecado por medio de este amor, a la vez que atrae a todos los seres humanos a sí mismos, y da testimonio de la certeza del juicio venidero.

Además, cada uno de los sellos constituye una señal bien definida del segundo advenimiento de Jesús. Inmediatamente antes de su muerte, Jesús describió ante sus discípulos ciertas señales que precederían su segunda venida. Con éstas, mezcló diversas señales que se cumplirían antes de la caída de Jerusalén, ocurrida en el año 70 DC. Por cuanto San Juan escribió después de la caída de Jerusalén, contempló tan sólo los acontecimientos que tenían que ver con la segunda venida de Cristo. (Véanse S. Mateo 24; S. Marcos 13; S. Lucas 21.)

Tal como en el caso de las siete iglesias, los siete sellos contienen lecciones para el pueblo de Dios de todas las épocas. En cierto sentido, cada uno de ellos se extiende hasta el fin del tiempo. Pero, tal como en el caso de las iglesias, es evidente que los sellos tienen que ver en primer lugar con el proceso *completo* de la historia del pueblo de Dios y sus opresores desde los tiempos del apóstol Juan hasta la segunda venida de Jesús.

Versículos 1-8. Los primeros cuatro sellos hicieron desfilar ante los ojos del apóstol cuatro jinetes cabalgando en sucesión. En este desfile de la historia, Jesús le reveló a San Juan una visión progresiva de la corrupción y el empeoramiento de las condiciones que pronto alcanzarían a la Iglesia. Comenzando con Cristo, el cristianismo salió para "conquistar" el mundo. Pero muy pronto, como lo revela el segundo sello, la apostasía penetró en la iglesia. (Véanse Hechos 20:29, 30; 2 Tesalonicenses 2:1-7.) El cuarto sello describe en forma apropiada las profundida-

des a que descendería la mayor parte de la cristiandad durante la Edad Media, al confabularse con el Estado para perseguir a todos los que no estuvieran de acuerdo con sus puntos de vista. Los capítulos 12 al 19 del Apocalipsis predicen que esta misma clase de persecución se levantará *nuevamente* en forma intensificada en el futuro cercano.

Versículos 9-11. En vista de la opresiva persecución mencionada bajo los sellos anteriores, el quinto sello demanda justicia. (Compárese con Génesis 4:10.) En todos los tiempos, los seres humanos se han preguntado por qué la maldad parece no recibir jamás castigo. El quinto sello presenta la seguridad de que no será así, pero antes la historia debe transcurrir en toda su extensión con el fin de permitir que tantas personas como sea posible acepten a Jesús y aun mueran por él si esto es necesario. Al fin de la Edad Media, la Reforma del siglo XVI hizo que muchos cristianos adquiriesen un nuevo concepto del valor de los que habían muerto por su fe bajo la opresión del sistema político-eclesiástico que se había desarrollado.

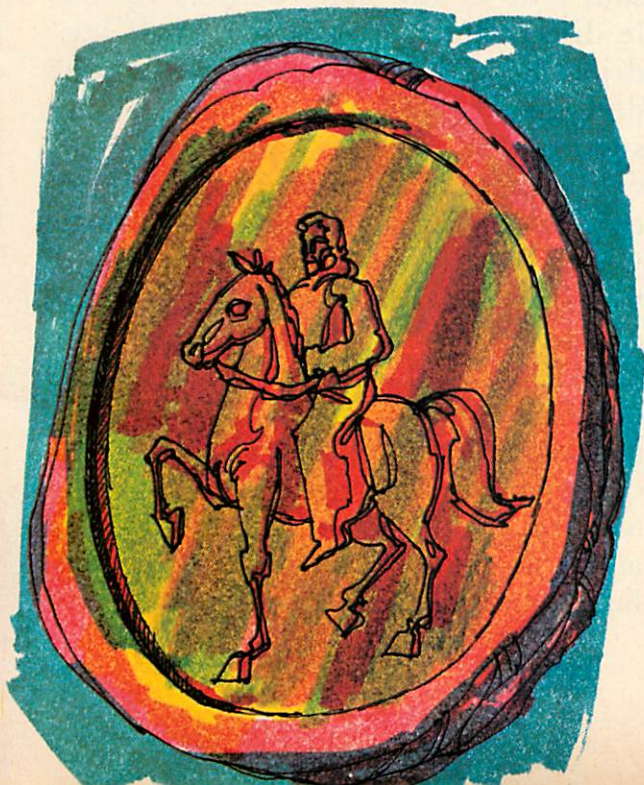
Versículos 12, 13. Bajo el sexto sello, San Juan vio que hasta la naturaleza respondería a la apostasía que amenazaba al pueblo de Dios. El profeta Joel declaró hace más de 2.500 años que "el sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová" (Joel 2:31).

Después de la Reforma del siglo XVI, ciertas señales ocurrieron literalmente, en respuesta a los acontecimientos predichos en los versículos 12 y 13. En 1755 sobrevino el terremoto de Lisboa, uno de los mayores que se hayan registrado jamás. El terremoto sacudió Europa, África y Norteamérica, y abarcó más de diez millones de kilómetros cuadrados. El 19 de mayo de 1780 trajo consigo un notable oscurecimiento del sol y de la luna. Durante horas, una intensa oscuridad cubrió todos los Estados de la Nueva Inglaterra. Cuando llegó la noche, la oscuridad se hizo espantosa. Finalmente, después de la medianoche, la oscuridad se disipó, y apareció la luna llena, de color rojo sangre. Posteriormente, en noviembre de 1833, una asombrosa lluvia de meteoritos, la más intensa que se haya registrado jamás, cubrió casi todo el continente norteamericano. Estos acontecimientos no sólo cumplieron con toda exactitud la profecía; lo que es más significativo aún, sucedieron en el orden exacto en que estaban predichos. Y cada uno de ellos fue reconocido por multitud de personas como una señal del pronto regreso de Jesús.

Versículos 14-17. La apertura del cielo como un pergamino que se enrolla está todavía en el futuro, y ocurrirá en el momento de la segunda venida de Jesús. Entonces los que hayan rechazado su amor percibirán la inmensidad de su apostasía, y huirán de su presencia.

Antes de abrirse el séptimo sello, una pregunta importantísima debe recibir contestación: durante las escenas terribles descritas en los versículos 14-17, "¿quién podrá sostenerse en pie?" La Biblia declara que Jesús vendrá con gran resplandor, como fuego consumidor. La presencia de su gloria destruirá a los malvados. ¿Hay alguien que sea suficientemente puro como para permanecer en su presencia?

**Por qué
el mal
parece
no
recibir
castigo**



Cómo protegerá Dios a su pueblo

CAPITULO 7

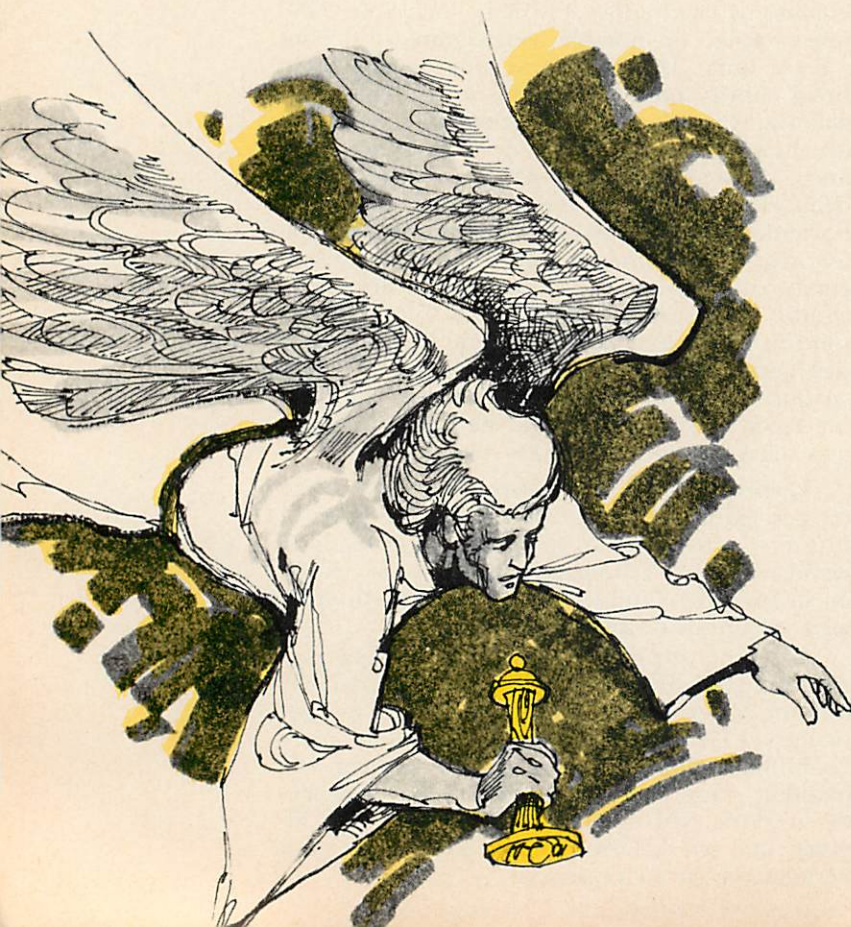
1 Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soplasen viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. 2 Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, 3 diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios.

4 Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel. 5 De la tribu de Judá, doce mil sellados. De la tribu de Rubén, doce mil sellados. De la tribu de Gad, doce mil sellados. 6 De la tribu de Aser, doce mil sellados. De la tribu de Nefalí, doce mil sellados. De la tribu

de Manasés, doce mil sellados. 7 De la tribu de Simeón, doce mil sellados. De la tribu de Leví, doce mil sellados. De la tribu de Isacar, doce mil sellados. 8 De la tribu de Zabulón, doce mil sellados. De la tribu de José, doce mil sellados. De la tribu de Benjamín, doce mil sellados.

9 Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; 10 y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. 11 Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, 12 diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.

13 Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? 14 Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. 15 Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. 16 Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; 17 porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.



CAPITULO 8

1 Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora.

El capítulo 6 termina con la pavorosa pregunta: “¿Quién podrá sostenerse en pie” en el día de la ira del Señor, inmediatamente antes de la segunda venida de Cristo? El capítulo 7 rompe la tensión creciente en el proceso de abrir los sellos y responde la pregunta, asegurándonos que Jesucristo *ha provisto una forma de liberación*.

Versículos 1-3. Mientras Dios se prepara para privar a los malvados de su poder refrenador del mal y castigarlos por medio de las siete últimas plagas (véase Apocalipsis 14:9-11; 15; 16), Jesús mira compasivamente a su pueblo. Como sabe que sus fieles necesitan más tiempo para colocarse inequívocamente de su lado, manda a los cuatro (número usado por los escritores bíblicos para designar universalidad) ángeles para que detengan las fuerzas destructoras, por un poco tiempo hasta que él pueda sellar a su pueblo.

Como el sol matinal al levantarse en el oriente, el ángel sellador alumbra toda la tierra con su gloria cuando se acerca para encontrar al pueblo de Dios. (Compárese con Apocalipsis 18:1. Tanto Apocalipsis 7:2 como 18:1 citan a Ezequiel 43:2, texto que describe la gloria del Señor cuando entra en su templo.)

El sello que trae consigo es una marca que identifica al pueblo de Dios y lo protege de la destrucción que azotará toda la tierra bajo las siete plagas. (Compárese con Ezequiel 9.) Los que reciben el sello, según Apocalipsis 14:1-5, pasaje que ofrece una descripción más completa de este grupo, tienen el nombre de Dios escrito en sus frentes —en otras palabras, exhiben el carácter divino en sus mentes.

Han contemplado a Jesucristo y se han convertido en su imagen. En reconocimiento de su fe en el amor redentor de Jesús, el Salvador sella su carácter y su ley de amor en sus mentes. (Véanse Isaías 8:16; Deuteronomio 6:8; Hebreos 8:8-10.)

Un sello es una señal (véase Romanos 4:11) que indica posesión o autoridad. Los que reciben el sello de Dios son, por lo tanto, los que lo reconocen como *Creador y Señor*, los que hacen su voluntad y guardan sus mandamientos. De este modo, justamente antes de la segunda venida de Jesús, debe llevarse a cabo una obra de reavivamiento y reforma entre el pueblo de Dios, y basado en el amor que sienten hacia Jesús, un nuevo reconocimiento de su obligación de guardar los mandamientos de Dios. (Compárese con Apocalipsis 14:12; 12:17.)

La Biblia enseña que Dios ha designado especialmente el cuarto mandamiento, referente a nuestra obligación de guardar el sábado, como una *señal* de su relación con su pueblo. De todos los mandamientos que se registran en Exodo 20, únicamente el mandamiento relativo al sábado contiene los elementos esenciales de un sello ofi-

cial. Es el único que expresa tanto el *nombre* como el *título* del Legislador. Al presentar a Dios como Creador de todas las cosas, expresa también su derecho a recibir adoración. De este modo, el mandamiento concerniente al sábado representa el sello de Dios. (Véase Ezequiel 20:12, 20.)

Los que exaltan la ley de Dios como lo hizo Jesús, y por fe en Cristo restauran el día de reposo divino a su legítimo lugar, recibirán el sello del Dios viviente. Y por cuanto están dispuestos a confiar en Dios y a guardar su ley, él los protegerá cuando comiencen a soplar los vientos destructivos que pronto serán desatados sobre la faz de la tierra.

Versículos 4-8. Los 144.000 (12 x 12 x 1.000) representan un grupo ideal. En la Biblia el número doce a menudo se asocia con el reino de Dios. El antiguo Israel tenía doce tribus. Cristo tuvo doce apóstoles. La palabra *Israel* (versículo 4) significa “Dios lucha”, y designa a uno que permite que Dios reine. (Véanse Salmo 73:1; Génesis 32:28.) Únicamente los que entren en una relación que tenga caracteres de pacto o contrato con Dios, y lo reconozcan como Señor, podrán ser considerados parte genuina de Israel. Debido a esto el Nuevo Testamento declara explícitamente que *la iglesia cristiana constituye ahora el verdadero Israel de Dios*. (Véanse S. Mateo 4:17; Efesios 2:11-16; Gálatas 3:28, 29; Romanos 2:28, 29.) En consecuencia, los 144.000 representan a los *cristianos* genuinos que estarán vivos cuando Jesús venga por segunda vez.

Versículos 9-17. Después de su visión del sellamiento, San Juan vio “una gran multitud” ante el trono de Dios. Esta escena ocurre *después* de la segunda venida de Cristo, ya que la vasta muchedumbre incluye a todos los redimidos de entre los habitantes del mundo de todas las épocas. Tributan culto y adoración a Dios y a Jesucristo por la salvación del pecado y la muerte que la Divinidad ha hecho posible. Es de suponer que los 144.000 forman parte de este gran grupo. Todos los que se encuentren en esa ocasión ante el trono de Dios, habrán “salido de la gran tribulación” (Apocalipsis 7:14), pero sus sufrimientos les parecerán insignificantes al compararlos con las bendiciones que Dios ha hecho posibles para ellos a través de los sufrimientos mucho mayores de Jesucristo.

He aquí la respuesta a las exclamaciones de angustia de los mártires lanzadas bajo el quinto sello. Dios *pondrá fin* al pecado y el sufrimiento, y *librará* a su pueblo. La promesa es segura.

Capítulo 8, versículo 1. A continuación de la promesa intercalada que se da en conexión con los acontecimientos que suceden bajo el sexto sello, el apóstol Juan declaró que bajo el séptimo, el cielo estaría silencioso. Pero, si bien es cierto que la mayoría de los comentaristas bíblicos creen que el séptimo sello se aplica a la segunda venida de Cristo, el profeta Juan no explicó sus enigmáticos comentarios concernientes a dicho sello. Dios deseaba presentar la historia desde otro punto de vista antes de explicar cómo provocaría el fin del pecado y el sufrimiento y la forma en que derramará sobre su pueblo la bendición de la vida eterna.

La odisea de los últimos cristianos

Los siete juicios de Dios sobre los apóstatas

2 Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios; y se les dieron siete trompetas. 3 Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. 4 Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos. 5 Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra; y hubo truenos, y voces, y relámpagos, y un terremoto.

6 Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas. 7 El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde.

8 El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. 9 Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida.

10 El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas. 11 Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajénjo; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas.

12 El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche.

Los capítulos 8-11 de Apocalipsis presentan el plan de Dios en la historia desde un tercer punto de vista. En primer lugar se encuentran los mensajes especiales que Jesús manda a sus iglesias, mientras procura purificar y fortalecer a sus hijos, mostrarles sus faltas y ofrecerles el sanamiento divino. Luego aparecen los siete sellos, en los cuales Jesús ofrece consuelo a su pueblo al mostrarle que Dios verdaderamente controla la historia y que ciertamente hará que se terminen el pecado y el sufrimiento.

Finalmente, por medio de las siete trompetas, Jesús completa sus mensajes para su pueblo al mostrar cómo, a través de la historia, Dios ha combinado la justicia y la misericordia cada vez que ha tenido que castigar el mal.

Los escritores bíblicos a menudo asociaron el sonido de la trompeta con la idea del juicio. Desde la época de Moisés, las trompetas han indicado al pueblo de Dios cuándo su Señor se hallaba listo para actuar, listo para juzgar. Durante el Exodo, Dios usó trompeteros celestiales para convocar a su pueblo junto al monte Sinaí, cuando dio su ley a los hombres, la gran norma por la cual juzgará a todos los seres humanos (Exodo 19:13, 19; 20:18). Además, todos los años, antes del Día de la Expiación (véase la pág. 29), Dios ordenaba que los sacerdotes convocaran al pueblo para que éste comenzara a prepararse en forma especial para las actividades de juicio relacionadas con ese día (Levítico 23:24-27).

Las siete trompetas de los capítulos 8-11 de



Apocalipsis, describen los juicios *parciales* (mezclados con misericordia, de tal modo que el castigo sufrido era sólo un tercio de lo que realmente merecían los juzgados) de Dios sobre los que lo rechazaron. Describen gráficamente la paciencia de Dios y la misericordia que usa para con los que se apartan de él. Además, culminan bajo la séptima trompeta en el *verdadero* "Día de Expiación", el juicio final de la humanidad, del cual la ceremonia anual judía era tan sólo un símbolo.

Versículos 2-6. La obra del ángel descrita aquí representa la obra de Cristo en el templo celestial como Intercesor en favor de la humanidad. Únicamente su perfecta justicia, simbolizada por el fragante incienso, puede hacer que las oraciones de los pecadores sean aceptables a Dios. Por su intercesión purifica y hace que cada oración sincera tenga olor grato ante Dios.

Versículos 7-12. Las trompetas pueden dividirse en tres grupos diferentes: las cuatro primeras presentan juicios relacionados con elementos de la naturaleza, tales como granizo, estrellas y el sol; la quinta y la sexta presentan juicios en conexión con seres vivientes, tales como langostas y jinetes; y la séptima presenta el gran juicio final que todo lo abarca, el cual afectará a toda la humanidad.

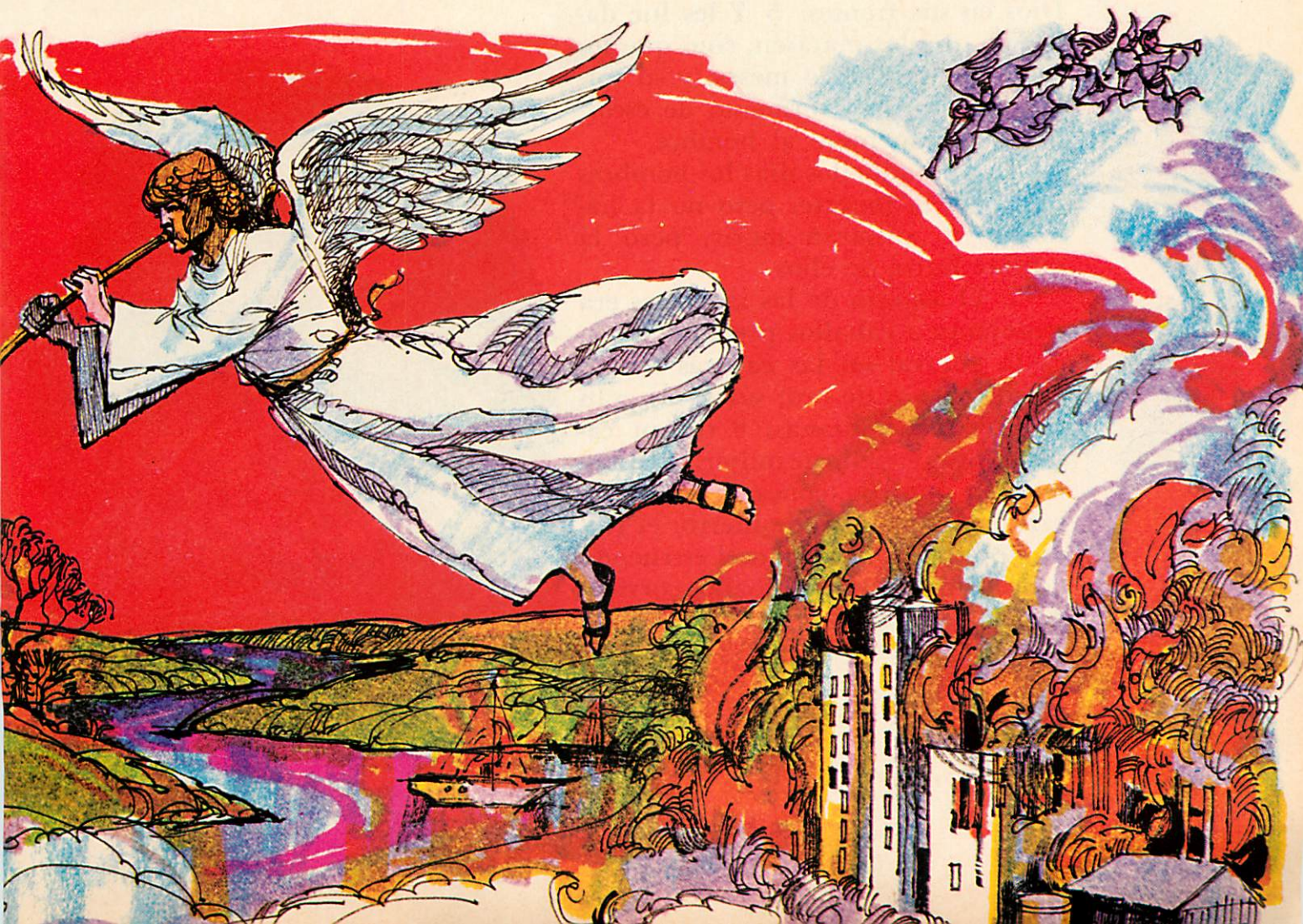
Los términos altamente simbólicos usados en Apocalipsis 8:7 a 9:21 han causado perplejidad

en los estudiosos de la Biblia. Si bien es posible que no podamos comprender cada uno de los símbolos y su correspondiente aplicación, Dios desea que comprendamos el propósito que ha tenido desde el punto de vista moral, para enviar los juicios representados por las trompetas. Cada maldición tiene su causa. Los juicios aquí descritos son el resultado del pecado.

Los expositores bíblicos han visto una aplicación de los juicios de las trompetas en la historia de Roma, imperio que el libro de Daniel asocia estrechamente con el pueblo de Dios. A pesar de que Roma llegó a ser un imperio "cristiano", el cristianismo que aceptó era una forma apóstata y no la verdadera religión original. Y debido a que Roma en general rechazó la voluntad de Dios, cayó presa de sus juicios.

Los primeros juicios cayeron sobre la porción occidental de Roma, la parte del imperio que primero rechazó a Dios. Tribus bárbaras tales como los godos, atacaron a Roma por tierra (versículo 7), seguidas de los vándalos, tribu cuyos barcos controlaban todo el Mediterráneo (versículos 8, 9). Durante el siglo V, el Imperio Occidental sufrió una amarga experiencia cuando los hunos dominaron a Roma y humillaron a sus ciudadanos exigiéndoles el pago de impuestos (versículos 10, 11). Finalmente, en el siglo VI, los hérulos destronaron al último emperador y extinguieron la gloria del Imperio Occidental (versículo 12).

Cuatro juicios sobre el Imperio Romano Occidental



Dos juicios contra el Imperio Romano Oriental

13 Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!

CAPITULO 9

1 El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo. 2 Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo. 3 Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra. 4 Y se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde alguna, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes. 5 Y les fue dado, no que los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre.

6 Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos.

7 El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra; en las cabezas tenían como coronas de oro; sus caras eran como caras humanas; 8 tenían cabello como cabello de mujer; sus dientes eran como de leones; 9 tenían corazas como corazas de hierro; el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a la batalla; 10 tenían colas como

de escorpiones, y también aguijones; y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres durante cinco meses. 11 Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión.

12 El primer ay pasó; he aquí, vienen aún dos ayes después de esto.

13 El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios, 14 diciendo al sexto ángel que tenía la trompeta: Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates. 15 Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres.

16 Y el número de los ejércitos de los jinetes era doscientos millones. Yo oí su número. 17 Así vi en visión



los caballos y a sus jinetes, los cuales tenían corazas de fuego, de zafiro y de azufre. Y las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones; y de su boca salían fuego, humo y azufre. 18 Por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres; por el fuego, el humo y el azufre que salían de su boca. 19 Pues el poder de los caballos estaba en su boca y en sus colas; porque sus colas, semejantes a serpientes, tenían cabezas, y con ellas dañaban.

20 Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; 21 y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos.

Capítulos 8:13-9:11. Después que las cuatro primeras trompetas sonaron, un “águila” (la evidencia textual favorece el uso de esta palabra en vez del término “ángel”, que aparece en la versión de Valera) anunció al profeta que las tres últimas trompetas traerían consigo extensa destrucción y ruina. Mucho antes que escribiera San Juan, el profeta Oseas había declarado: “Pon a tu boca trompeta. Como águila viene contra la casa de Jehová, porque traspasaron mi pacto, y se rebelaron contra mi ley” (Oseas 8:1).

El Imperio Romano Oriental pasó más tiempo sin rebelarse contra la ley de Dios, pero al fin siguió los pasos del Imperio Occidental. Tal como lo hiciera con el Imperio Romano de Occidente, Dios impidió misericordiosamente que sobrevinieran las consecuencias inevitables de haberlo rechazado, pero finalmente tuvo que castigar también al Imperio Oriental. Esta vez, sin embargo, no usó tribus bárbaras para castigar a los que lo habían rechazado; en cambio, permitió que los seguidores de Mahoma guerrearan contra ellos. Desde los desolados desiertos de Arabia (descritos gráficamente aquí como “el pozo del abismo”), los mahometanos inundaron el Imperio Oriental.

Durante cinco “meses” proféticos (o 150 años, contando un día por un año —véase Ezequiel 4:6) los seguidores de Mahoma, conocidos como

los otomanos, atormentaron especialmente al Imperio Romano de Oriente. El 27 de julio de 1299 DC, los otomanos comenzaron la invasión del territorio de Nicomedia en el Imperio Romano de Oriente, o Bizantino. En 1499, el último de los emperadores bizantinos, Constantino Deacozes, reconoció su dependencia de los otomanos, poniendo fin así a los años de tormento e introduciendo una época de sujeción.

Versículos 12-21. Bajo la sexta trompeta, San Juan vio que Dios desataba ciertas fuerzas destructivas por un período de 391 días y una hora (360 días + 30 días + 1 día + 1 hora). Desde la época de la Reforma, los estudiosos de la Biblia como Martín Lutero, José Mede, Juan Napier, Sir Isaac Newton, Jonatán Edwards, Juan Wesley y docenas de otros, han identificado la sexta trompeta con las fuerzas del Islam. Durante el gran reavivamiento del interés en las profecías bíblicas que absorbió la atención del mundo en los primeros años del siglo XIX, este pasaje del Apocalipsis se convirtió en tema de intenso estudio.

Cierta escritora que vivió durante esta época, registra el siguiente acontecimiento en uno de sus libros: “En 1840 otro notable cumplimiento de la profecía despertó interés general. Dos años antes, Josías Litch, uno de los principales ministros que predicaban el segundo advenimiento, publicó una explicación del capítulo noveno del Apocalipsis, que predecía la caída del imperio otomano. Según sus cálculos esa potencia sería derribada ‘en el año 1840 de J.C., durante el mes de agosto’; y pocos días antes de su cumplimiento escribió: ‘Admitiendo que el primer período de 150 años se haya cumplido exactamente antes de que Deacozes subiera al trono con permiso de los turcos, y que los 391 años y quince días comenzaran al terminar el primer período, éstos terminarán el 11 de agosto de 1840, día en que puede anticiparse que el poder otomano en Constantinopla será quebrantado. Y esto es lo que creo que va a confirmarse’.—Josías Litch, en *Signs of the Times, and Expositor of Prophecy*, 1º de agosto de 1840.

“En la fecha misma que había sido especificada, Turquía aceptó, por medio de sus embajadores, la protección de las potencias aliadas de Europa, y se puso así bajo la tutela de las naciones cristianas. El acontecimiento cumplió exactamente la predicción” (Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, págs. 382, 383).

De este modo, la apostasía de Roma le atrajo los castigos de Dios. La segunda mitad del Apocalipsis muestra que la historia se repetirá durante la batalla final en la gran controversia entre Cristo y Satanás. Roma cayó porque rechazó la ley de Dios. La caída de Roma constituye la advertencia de un Dios misericordioso, ya que muy pronto, según se describe en los capítulos 12-20 de Apocalipsis, casi todo el mundo rechazará a Dios y su ley de amor. Sólo unos pocos escaparán de la hechizadora influencia de Satanás mientras éste conduce a la humanidad a aceptar el engaño más sutil que jamás se haya preparado.

CAPITULO 10

1 Vi descender del cielo a otro ángel fuerte, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza; y su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego. 2 Tenía en su mano un librito abierto; y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra; 3 y clamó a gran voz, como ruge un león; y cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces. 4 Cuando los siete truenos hubieron emitido sus voces, yo iba a escribir; pero oí una voz del cielo que me decía: Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas.

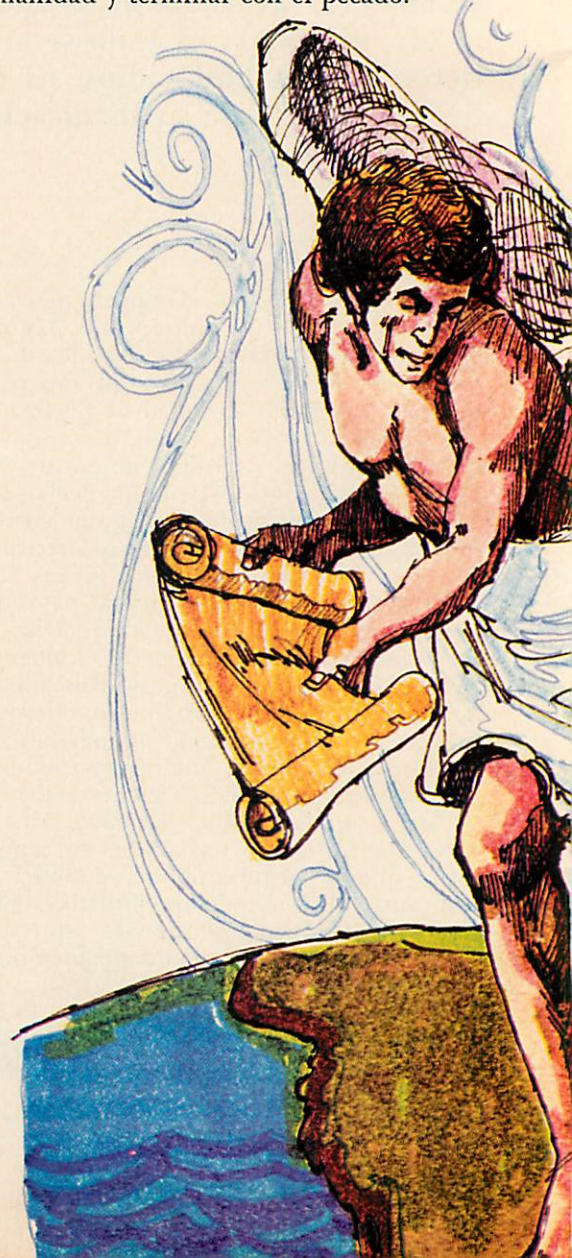
5 Y el ángel que vi en pie sobre el mar y sobre la tierra, levantó su mano al cielo, 6 y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más, 7 sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas.

8 La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y dijo: Ve y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra. 9 Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito. Y él me dijo: Toma, y cómelo; y te amargaré el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. 10 Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre.

Versículos 1-4. Mientras el profeta contemplaba la escena, "otro ángel fuerte" descendió del cielo. Muchos comentadores creen que este mensajero glorioso representa a Jesucristo. En otros pasajes, la Biblia describe al Señor en conexión con un arco iris y una nube. Estos dos signos unidos simbolizan la promesa o pacto que Dios ha hecho, de usar de misericordia con la humanidad.

(Véanse Ezequiel 1:28; Salmo 104:3; Génesis 9:12-16; Jeremías 29:11-13.)

En su mano el mensajero sostiene "un librito", el cual está abierto. Más de quinientos años antes de los días de San Juan, Dios le mostró al profeta Daniel su plan para terminar definitivamente con el pecado, las persecuciones y los sufrimientos. A pesar de que Daniel no comprendió todo lo que Dios le había mostrado concerniente a su propósito divino, escribió fielmente todo lo que se le reveló. Luego Dios lo instruyó para que cerrara y "sellara" lo que había escrito. (Véanse Daniel 8:26; 12:4.) Dios le dijo a su siervo que transcurriría un largo período antes que los seres humanos fueran capaces de comprender plenamente lo que él había escrito relativo al juicio. Se levantaría un sistema apóstata eclesiástico-estatal durante "1.260 días" (o años —véase Ezequiel 4:6—, período que, como lo demuestran los comentarios de las págs. 30 y 31, duró desde el año 538 hasta 1798). Ese sistema perseguiría al pueblo de Dios, pero finalmente Dios castigaría a este poder. En ese tiempo quitaría el sello al libro de Daniel y lo abriría con el fin de que su pueblo pudiera comprender los aspectos definitivos del plan divino para juzgar a la humanidad y terminar con el pecado.



Comenzando alrededor de 1798 —año en que terminaban los 1.260 años— se manifestó por toda la cristiandad un notable interés en el estudio de las profecías bíblicas, tal como Dios le había prometido a Daniel que sucedería. En todo el mundo, pastores y laicos de casi todas las denominaciones cristianas —bautistas, metodistas, congregacionalistas, discípulos de Cristo, presbiterianos, episcopales y muchos otros— comenzaron a estudiar los libros de Daniel y el Apocalipsis con renovado interés, y el cristianismo experimentó un notable reavivamiento. El movimiento culminó poco después de 1840, con docenas de miles de cristianos que cruzaron tierra y mar (véase el versículo 2) para proclamar el sorprendente mensaje: “¡Cristo viene!”

Versículos 5-7. El ángel le anunció a San Juan que en conexión con la séptima trompeta ocurrirían dos acontecimientos: primero, el fin del “tiempo”, y segundo, la consumación del “misterio de Dios”. Con el fin de ayudar al profeta a comprender estos dos importantes eventos relacionados entre sí, y prepararlo de este modo para entender la séptima trompeta, el ángel dirigió su atención a otros dos temas de la Biblia: la profecía de los 1.260 días bosquejada en el libro de Daniel, y el santuario o templo. (Véase

Apocalipsis 11:1, 2. Estos dos temas se explican con mayor detalle en las cuatro páginas siguientes.)

Según el Nuevo Testamento, el misterio de Dios es el “Evangelio”, o buenas nuevas de su plan eterno para los seres humanos. Por culpa del pecado, el hombre se ha separado de Dios, su única fuente de vida. Dios desea que sepamos que él ha provisto una solución para nuestro problema. A pesar de que lo hemos rechazado, está listo para humillarse a sí mismo y venir hasta nosotros, para traer hasta nuestras vidas su presencia vivificadora. Su misterio está contenido en su buena voluntad para unir su divinidad perfecta con nuestra humanidad pecadora y unirnos de este modo con él (Efesios 3).

Con el fin de revelarnos su plan para nosotros, Dios envió a su propio Hijo para que se hiciera uno con nosotros. El que poseía la plenitud de la divinidad, adoptó la plenitud de la humanidad. Sin embargo, a pesar de haberse hecho hombre, ni una sola vez cedió al egoísmo o al pecado. Toda su vida reveló la divinidad a través de la humanidad, y demostró la hermosura del misterio de Dios. Vivió tan sólo para dar. Su muerte sobre la cruz derribó la pared de pecado que separaba al hombre de Dios. *En Cristo* Dios completó su obra de expiación.

Pero el plan de Dios no se limitaba a Cristo. Al levantar a Jesús en la cruz del Calvario y demostrar la plenitud de su amor abnegado, Dios preparó un camino por el cual atraería a todos los hombres a sí mismo, haciendo que su misterio fuese efectivo en ellos. La obra de expiación que Cristo llevó a cabo es una victoria que todos pueden recibir por fe. Por esta razón San Pablo habló del misterio de Dios describiéndolo como “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:27).

Según testimonio del ángel del pacto divino, el Creador terminará su plan eterno, su misterio, durante el tiempo de la séptima trompeta, que trae el juicio final, la purificación del santuario celestial a que se refirió el profeta Daniel.

Versículos 8-10. A pesar de no haber sido comprendido plenamente entonces, el texto que despertó interés mundial en la segunda venida de Cristo durante la primera mitad del siglo XIX, fue Daniel 8:14: “Hasta 2.300 tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”. Numerosos expositores bíblicos prominentes en muchas denominaciones asociaron este texto con la purificación y restauración del pueblo de Dios en ocasión de la segunda venida de Cristo. Y cientos de miles de sinceros cristianos alimentaron sus expectativas con las profecías de Daniel que prometían liberación de las condiciones actuales del mundo (compárese con Jeremías 15: 16); pero cuando sus esperanzas fallaron y Jesús no volvió, experimentaron “amargo” desengaño (compárese con Ezequiel 2:8, 9; 3:1-3).

Dios tenía todavía una lección importantísima que enseñar a su pueblo. Antes que cayeran sobre el mundo las siete plagas finales, necesitaba hacer que la atención de sus hijos se enfocara más completamente sobre Jesús, su amor por ellos y su poder de redimirlos del pecado y protegerlos de los violentos ataques que Satanás pronto lanzaría contra ellos.

Daniel 8:14 es la clave de Apoca- lipsis 10 y 11



El santuario judío y el Apocalipsis

Con el fin de ayudar a San Juan a comprender el chasco descrito en Apocalipsis 10:10, el ángel dirigió su atención hacia el templo de Dios en el cielo, donde Jesús administra los beneficios de su expiación en favor de la humanidad.

Miles de años atrás, Dios liberó a los descendientes de Israel de su esclavitud en Egipto y los condujo a la península de Sinaí, en donde les enseñó su plan para la humanidad. Dios no tenía intenciones de limitar su plan de restauración a los israelitas. Más bien, los escogió como ejemplos para demostrar a toda la humanidad el poder de su amor reconciliador. (Véanse Génesis 12:1-3; 22:18; Salmo 105:42-45.)

En su estadía en Egipto, los israelitas habían adquirido numerosas prácticas y creencias paganas. Con el fin de combatir su orgullo e ignorancia, Dios reveló un plan especial a Moisés, su dirigente. "Harán un santuario para mí —le dijo Dios a su siervo—, y habitaré en medio de ellos" (Exodo 25:8). En el santuario y en los servicios religiosos relacionados con él, Dios no sólo expresó su deseo ulterior de morar en los corazones de sus hijos, sino que también mostró la forma en que planeaba realizar su propósito eterno.

El santuario que construyeron los israelitas era una estructura simple pero impresionante por su magnificencia. El edificio propiamente dicho estaba rodeado por un patio. En ese patio, frente a la única puerta de acceso al santuario, se hallaba un altar sobre el cual los sacerdotes, que representaban al pueblo en su culto, sacrificaban diversos animales como ofrendas a Dios (Exodo 27:1-8; 38:1, 2). Entre este altar y el santuario había una fuente en la cual los sacerdotes se lavaban las manos antes de ofrecer los sacrificios (Exodo 30:17-21).

El santuario mismo contenía dos aposentos, el primero de los cuales, llamado "lugar santo", abarcaba dos tercios del edificio. En el lugar santo había tres objetos que componían el mobiliario: un altar sobre el cual se quemaba incienso, un candelero que proveía luz para el santuario y que se mantenía encendido las 24 horas del día, y una mesa sobre la cual se colocaban varios panes (Exodo 30:1-10; 25:23-40).

La pieza interior del santuario, o "lugar santísimo", poseía tan sólo un mueble, una caja (cofre) o "arca", que contenía las tablas de pie-

dra sobre las cuales Dios había escrito su ley de amor, la gran regla por la cual juzgará a todos los hombres. Una tapa hecha de oro puro, llamada "propiciatorio", cubría el arca y encerraba la ley. Sobre el arca, Dios manifestaba su presencia en forma de una nube gloriosa conocida como la "shekinah".

Los servicios relacionados con el santuario incluían un ritual *diario* y otro ritual *anual*. El servicio diario o continuo, enseñaba lecciones de perdón y reconciliación. Cada mañana y cada atardecer, los sacerdotes sacrificaban animales en el altar del patio y quemaban incienso en el altar del incienso que se hallaba en el lugar santo. Esos servicios, además de otros sacrificios hechos por individuos, enseñaban a los israelitas que no necesitaban llevar la culpabilidad y el castigo del pecado sobre sí mismos, porque Dios mismo estaba listo para cargar con sus pecados.

Día tras día Dios ilustraba ante los israelitas su amor reconciliador, su deseo de llevar sus pecados y restaurar la armonía entre ellos y él. Y día tras día los miembros de Israel transferían sus pecados a inocentes animales, y a través de ellos al santuario, mostrando así su aceptación de la misericordiosa provisión.

Pero una vez por año, en ocasión de Yom Kippur, el día de la expiación, todos los israelitas participaban en una ceremonia especial que representaba la eliminación total del pecado de entre ellos. Ese día dirigían su atención hacia el lugar santísimo del santuario, donde el sumo sacerdote protagonizaba un drama especial en favor de ellos.

Para los israelitas, el día de la expiación era un día de juicio. Ese día, el sumo sacerdote entraba solo en el lugar santísimo del santuario —única ocasión en el año que hacía esto—, llevando en sus manos una escudilla que contenía sangre de un macho cabrío especialmente sacri-



Los servicios del santuario y el amor de Jesús

ficado para la ocasión. Después de rociar la sangre sobre el altar de incienso y delante del arca que contenía la ley por la cual Dios juzga al hombre, el sacerdote le pedía a Dios que borrara los registros de los pecados de su pueblo, y que les proporcionara, por así decirlo, una página en blanco frente a su vida. Si bien es cierto que todos los israelitas habían pecado, podrían ser vindicados en el juicio si colocaban su fe en la muerte vicaria del Hijo de Dios, que Dios había provisto para el futuro, y que estaba simbolizada por el sacrificio del animal inocente. Así eran restaurados a la comunión completa con el Creador (Levítico 16).

Por medio de las actividades propias del día de la expiación, Dios ejemplificaba su plan de terminar con el pecado y la separación que éste había causado, de modo que él y su pueblo pudiesen volver a estar completamente unidos. Las actividades del día mencionado terminaban dejando al pueblo y al santuario limpios de pecado. Cuando se completaban las actividades del día, los israelitas comenzaban un nuevo año.

Tal como lo demuestran Daniel 9, Isaías 53 y la Epístola a los Hebreos, Jesucristo es la gran realidad hacia la cual apuntaban el santuario y sus servicios. Gracias a su muerte expiatoria en favor del hombre, Jesús puso fin a los sacrificios que se ofrecían en el templo terrenal. El era el verdadero Cordero, el Ser inocente que voluntariamente decidió cargar con la culpabilidad de los pecados de la raza humana. Al aceptar esa culpabilidad, también aceptó sus consecuencias —muerte y separación de su Padre. Llevó de este modo nuestra iniquidad. Sacerdote y víctima inocente a la vez, ofreció su vida en favor del hombre caído.

Jesús se levantó de la muerte habiendo obtenido la victoria sobre el pecado y su poder separador. Ascendió luego al *verdadero santuario* que se encuentra en el cielo, para actuar como nuestro Abogado en presencia de su Padre, y colocar su vida en mediación por nosotros. Su ministerio como intercesor en favor nuestro, abarca dos fases distintas, según lo enseñan los

servicios del santuario judío. Cuando ascendió al cielo después de su resurrección, comenzó la primera parte de su mediación en favor de la humanidad, al poner el perdón y la reconciliación al alcance de los que confiaran en él.

Luego, en 1844, según Daniel 8:14 (se explica esto con más detalle en las siguientes dos páginas), comenzó la segunda fase de su mediación en favor de la humanidad. En esa ocasión, Cristo y el Padre comenzaron su obra de juzgar a los seres humanos y decidir de una vez para siempre el destino eterno de todos los que hayan vivido alguna vez sobre la tierra.

Toda la Biblia abunda en descripciones y alusiones al día final de expiación simbolizado por la purificación del santuario. Véanse, por ejemplo, Levítico 16; Isaías 4:2, 3; Jeremías 31:34; 50:20; Daniel 7:9-14; 8:14; Joel 2:15-32; Zacarías 3:1-7; Malaquías 3:1-4; Hechos 3:19, 20; 1 Timoteo 5:24; Hebreos 9:24; 1 S. Pedro 4:17.

Pero de todas las descripciones del juicio que es posible encontrar en la Biblia, el libro del Apocalipsis, especialmente la segunda mitad (capítulos 12-20), presenta uno de los cuadros más explícitos. Apocalipsis 14 muestra con claridad que la obra del juicio comienza poco antes de la segunda venida de Cristo.

Por medio de esta fase de su obra de mediación en favor de los seres humanos, Jesús demostrará ante todo el universo, para siempre y sin lugar a dudas, la justicia y misericordia de Dios expresada en su castigo del pecado y también en la redención que él ha hecho de los pecadores que decidan confiar en él. Cuando Jesús vuelva al mundo, no efectuará ningún cambio en el carácter de los hombres. Ya habrá terminado su obra de mediación en favor de su pueblo poco antes de su venida. Ya habrá decidido la suerte del pecado y los pecadores (Hebreos 9:28; Apocalipsis 22:11, 12). Cuando Cristo venga, ejecutará las decisiones adoptadas en el juicio al dar vida eterna a los que hayan confiado en él y al destruir a los que hayan rechazado su amor.

Primero se lleva a cabo el juicio investigador, y luego la ejecución de las decisiones adoptadas en el juicio.

El mensaje de que Jesús está ofreciendo en el juicio su sangre derramada por su pueblo, debe ser proclamado a todo el mundo antes que Cristo pueda volver (Apocalipsis 14:6, 7, 14). Este mensaje constituye las buenas nuevas eternas de Dios, según las cuales *él* es capaz de conceder paz y descanso eternos a todos los que confíen en la mediación victoriosa de Cristo por ellos. Es una invitación a contemplar cómo el Salvador borra el registro de nuestros numerosos pecados en el juicio, y deja en nuestra cuenta el crédito de su propia justicia perfecta. Según las elocuentes palabras de San Pablo, "ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Romanos 8:1).

En todas partes del mundo hay hombres y mujeres que responderán a esta buena noticia y vendrán a Cristo, aceptando por fe el don gratuito de su justicia. Y a los que vengan a él de este modo, confiando humildemente en los méritos infinitos de su Salvador, Cristo enviará un gran derramamiento especial de su Espíritu San-



El libro de Daniel y el Apocalipsis



to (Hechos 3:19; Apocalipsis 14:12; 18:1-5). De este modo, Dios finalizará la obra del Evangelio con una poderosa manifestación de su poder divino.

Más de quinientos años antes de Cristo, Dios le mostró al profeta hebreo Daniel una asombrosa serie de visiones, y luego lo instruyó a que cerrara y "sellara" sus escritos hasta el fin de cierto período de "1.260 días", durante el cual un poder extraño perseguiría al pueblo de Dios.

Lo que Daniel, por orden divina, debió *se-llar*, el Apocalipsis nos lo presenta *abierto, revelado*. (Compárese Apocalipsis 10:1, 2 con 11:1, 2, el cual describe el mismo período de 1.260 días o años mencionado por Daniel.)

El libro de Daniel comienza describiendo cómo Nabucodonosor, rey de Babilonia, conquistó el reino de Judá, destruyó la ciudad de Jerusalén, asoló el santuario de Dios y se llevó a una gran cantidad de judíos cautivos. Entre esos cautivos se encontraba un joven llamado Daniel. Debido a su gran sabiduría, Daniel se convirtió con el tiempo en primer ministro de todo el Imperio Babilónico. En su libro relató cuatro profecías paralelas que Dios le mostró.

La primera profecía de Daniel tenía que ver con un sueño en el cual Nabucodonosor vio la imagen de un hombre. Esta imagen tenía cabeza de oro, pecho y brazos de plata, abdomen y muslos de bronce, y piernas y pies de hierro. Dios le reveló a Daniel que cada parte de la imagen representaba un reino diferente. La cabeza de oro simbolizaba a Babilonia, el reino de Nabucodonosor. Después de Babilonia vendrían el reino de los medo-persas, el Imperio Griego o helenístico, y finalmente el Imperio Romano, el cual se dividiría en varias partes. A continuación de la etapa dividida del cuarto reino, Daniel declaró que Dios destruiría la gran imagen que simboliza los reinos humanos, y establecería su propio reino. Esta primera profecía de Daniel forma el fundamento de todas sus visiones sucesivas.

En su segunda visión, Daniel vio cuatro animales: (1) un león, (2) un oso, (3) un leopardo, y (4) una bestia "espantosa y terrible". Tal como en el caso de la primera visión, cada símbolo representaba un reino diferente. La mayor parte de esta segunda visión fue enfocada en el salvaje y terrible cuarto poder, la Roma pagana, que según la visión, se dividiría en diez reinos. De en medio de esas divisiones, surgiría un extraño poder representado por un "cuerno pequeño", el cual perseguiría al pueblo de Dios durante 1.260 días, o años. (Véase Ezequiel 4:6.)

La historia comprueba que unos cuatrocientos años después de Cristo, el Imperio Romano en verdad se desmembró en diez reinos separados. Estos llegaron con el tiempo a constituir las modernas naciones europeas de hoy. Poco después de esta división, en el año 538 DC, la Iglesia Católica Romana comenzó a dominar la esfera civil del Imperio Romano Occidental. Por 1.260 años la iglesia romana papal controló el Estado, usando su poder para intimidar y perseguir a los que rehusaran conformarse con sus creencias. Este poder comenzó a verse limitado con el advenimiento de la Reforma Protestante. Luego, en 1798, exactamente 1.260 años después del año

Dios promete restaurar a su pueblo

538 de nuestra era, la Roma papal recibió una herida mortal (véase Apocalipsis 13:3), cuando el ejército francés tomó cautivo al papa y efectivamente destruyó el poder *civil* de la iglesia.

A continuación de la época de la Iglesia Católica en su forma eclesiástico-secular (538-1798), Daniel vio una escena en la cual el Hijo del hombre (Jesucristo) se presentaba ante Dios el Padre para concluir de una vez por todas sus asuntos con los seres humanos. Mientras el profeta contemplaba la escena, el Padre y el Hijo comenzaron una obra de juicio, la cual consistía en revisar los registros de las vidas de los seres humanos. El juicio termina cuando Dios vindica a su pueblo y lo hace parte de su reino eterno, (Compárese con Apocalipsis 11:19; 14:6.) Además, Dios pronuncia su juicio *contra* las fuerzas del mal. Por haber despreciado el amor de Dios, los impíos cosechan los resultados de sus propias acciones y sufren la muerte eterna (Daniel 7; compárese con Malaquías 3; Apocalipsis 14:14-20; 15; 16). De modo que en su segunda visión, Daniel contempló con mayor detalle el desarrollo del principio del pecado en el poder perseguidor de Roma y al mismo tiempo el plan de Dios para establecer su reino por la mediación de su Hijo.

La tercera visión de Daniel tenía dos partes, la primera de las cuales el profeta recibió poco después de la caída de Babilonia ante los medos y persas. Esta vez vio a dos animales, el primero que representaba a los medo-persas y el segundo a Grecia. De una de las cuatro partes en las cuales Grecia se dividiría a su vez, se levantaría un "cuerno pequeño" (tal como en el capítulo 7, aquí también simboliza a Roma) que perseguiría al pueblo de Dios y "echaría por tierra" el lugar de su santuario. Mientras Daniel contemplaba la escena lleno de asombro, un mensajero celestial le declaró que pasarían 2.300 días, o años, antes que Dios "purificara" o restaurara su santuario. Esto inquietó mucho a Daniel. ¿Por qué era necesario que transcurriera tanto tiempo antes que Dios comenzara el juicio y estableciera su reino?

Según la explicación que Dios le presentó más tarde al profeta, únicamente la primera parte de la visión concerniente a los 2.300 días pertenecía a los judíos y la ciudad de Jerusalén donde estaba ubicado el santuario israelita. (Véase Daniel 9:24.) Esta primera parte consistía en "setenta semanas", ó 490 días (años), que Dios prometió "determinar" o cortar de los 2.300 días y aplicárselas a los judíos como tiempo de prueba

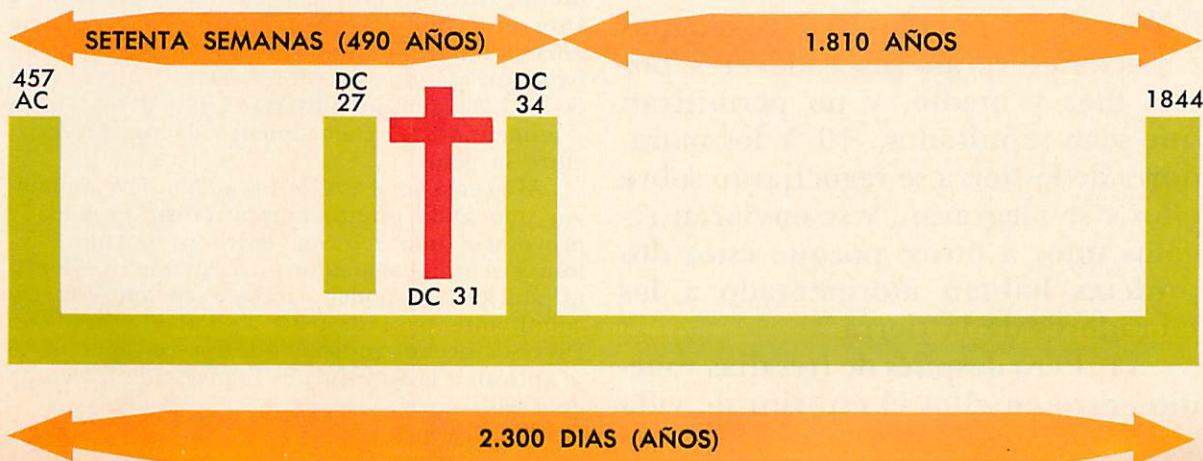
durante el cual les permitiría una oportunidad para "terminar la prevaricación, y... traer la justicia perdurable". Ambos períodos, según Daniel 9:25, comenzarían a contarse "desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén". Este acontecimiento ocurrió en el año 457 AC.

Dios prometió que poco antes del fin de las setenta semanas, enviaría al "Mesías Príncipe" a su pueblo, para que le diera una revelación completa de su plan para él. *En el año exacto especificado por Dios*, el 27 DC, Cristo Jesús (el nombre *Cristo* es la palabra griega correspondiente a "ungido", y significa lo mismo que el término hebreo "Mesías") recibió la unción especial del Espíritu Santo después de su bautismo. Exactamente tres años y medio después, el 31 DC, Jesús murió por la humanidad y provocó el fin del sistema judaico de sacrificios. Luego, tres años y medio más tarde, el 34 de nuestra era, sus discípulos comenzaron a llevar a los gentiles las buenas nuevas de su muerte, resurrección y ascensión al verdadero santuario celestial. Después del fin de los 490 años, ocurrido en el año 34 de nuestra era, la controversia entre el bien y el mal ya no giró alrededor de los israelitas literales, Jerusalén y el santuario terrenal, sino en torno a los cristianos, el nuevo "Israel" de Dios, la nueva Jerusalén celestial, y la obra de Cristo en el santuario celestial. Este era el santuario que había de ser purificado al final de los 2.300.

De este modo, la tercera visión de Daniel hizo énfasis específicamente sobre Jesucristo como el poder que causaría la purificación del santuario del cielo y establecería el reino eterno de Dios.

En su cuarta visión, Daniel vio un cuadro aún más detallado del plan de Dios para restaurar a su pueblo. (Véase Daniel 10:14.) Aunque las fuerzas del mal amenazarían con destruir al pueblo de Dios, "Miguel", el "Príncipe del pacto" (Jesucristo), lo libraría en el momento en que la destrucción pareciera inminente.

Daniel se sintió especialmente perplejo por la tercera y cuarta de sus profecías, especialmente las porciones que se referían a la purificación del santuario y al plan de Dios para restaurar a su pueblo y establecer su reino eterno. Y a pesar de que no pudo comprender algunas de las cosas que vio en visión, registró fielmente todo lo que Dios le mostró, ya que el Señor le aseguró que cerca del fin del tiempo, muchos comprenderían sus profecías y serían bendecidos por ellas.



11 Y él me dijo: Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.

CAPITULO 11

1 Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me dijo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él. 2 Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo mides, porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses.

3 Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. 4 Estos testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra. 5 Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos, y devora a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe morir él de la misma manera. 6 Estos tienen poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran.

7 Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará. 8 Y sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado. 9 Y los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio, y no permitirán que sean sepultados. 10 Y los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra.

11 Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida

enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron. 12 Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron. 13 En aquella hora hubo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se derrumbó, y por el terremoto murieron en número de siete mil hombres; y los demás se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo.

Capítulos 10:11-11:6. La experiencia de San Juan al comer el librito de sabor dulce y luego sentirse chasqueado, constituyó una profecía de la experiencia por la cual pasaron muchos cristianos de mediados de la década de 1840, los cuales por su estudio del libro de Daniel —especialmente Daniel 8:14—, esperaban que Cristo viniera en sus días. El mensaje del ángel abarca a todo el pueblo de Dios que pasó por el gran despertar adventista. Esos sinceros cristianos necesitaban comprender más plenamente lo relativo al templo celestial y a la naturaleza de la apostasía que reinaría durante el período de 1.260 años, en el cual los “gentiles” —es decir los que no adoraban dentro del templo— pisotearían “la ciudad santa” o el pueblo de Dios. (Compárese con Daniel 7:7, 23.)

Según expresó el ángel, durante los 1.260 años que van desde 538 a 1798, los dos testigos de Dios profetizarían “vestidos de saco”. Estos testigos son los dos canales a través de los cuales Dios imparte luz a su pueblo, y simbolizan apropiadamente el Antiguo y el Nuevo Testamentos. (Véase Zacarías 4:1-6, 11-14.) Durante los 1.260 años en que la iglesia popular de la Edad Media “echó por tierra la verdad”, el conocimiento de la Palabra de Dios se vio casi completamente borrado de las conciencias humanas (Daniel 8:11, 12). Sin embargo, a pesar de hallarse vestidas de ropajes que expresan luto y sufrimiento, las Escrituras continuaron profetizando y testificando.

Versículos 7-13. Satanás, al mantener las Escrituras fuera del alcance de la gente, introdujo un engaño maestro por medio de la iglesia medieval, un sistema que pretendía representar a Dios en el mundo pero que realmente representaba el desarrollo del principio del pecado. Dios había prometido a su profeta Daniel que al final de los 1.260 años les quitaría el sello a sus escritos y aumentaría el conocimiento de sus profecías entre la gente.

Al acercarse el fin de los 1.260 años, Satanás vio que Dios pronto cumpliría su promesa y provocaría una reforma entre su pueblo. Entonces el gran engañador produjo una nueva manifestación de poder satánico en un esfuerzo culminante para destruir la Palabra de Dios. Diversos hechos indican que los versículos 7-13 se aplican a la Revolución Francesa de la década de 1790.

Durante su revolución, Francia como nación manifestó la misma licencia que Sodoma y el mismo desafío ateo que el gobernante de Egipto que declaró ante Moisés: "¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz?" (Exodo 5:2). Francia ocupa un lugar único en la historia del mundo como la sola nación de la cual se registra que haya negado a través de su *asamblea legislativa* la existencia de Dios. En noviembre de 1793, la Asamblea Nacional abolió la religión y prohibió la Biblia por ley. Los historiadores han llamado a este sangriento período de la historia de Francia, el Reinado del Terror.

En junio de 1797, tres días y medio proféticos (o años literales —véase Ezequiel 4:6) después que rechazara a Dios y suprimiera la Biblia, la Asamblea Nacional de Francia aprobó un decreto que concedía tolerancia a las Escrituras. Después de 1798, las Escrituras fueron exaltadas ante el mundo, y Dios le quitó el sello al libro de Daniel con el fin de revelar a su pueblo sus planes para la reforma final.

Dios ha presentado la Revolución Francesa como una lección de las consecuencias que puede tener el rechazo de su Palabra. La historia se repetirá. El mismo espíritu que produjo la Revolución Francesa y el sangriento terror que la acompañó, pronto precipitará al mundo entero en un conflicto similar al que convulsión a Francia. Este conflicto se describe más completamente en la segunda mitad del Apocalipsis, especialmente en los capítulos 13, 17 y 18.



14 El segundo ay pasó; he aquí, el tercer ay viene pronto.

15 El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos. 16 Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, 17 diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. 18 Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.

19 Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo.

El toque de la séptima trompeta anuncia el juicio final de la humanidad, la purificación del santuario predicha por Daniel. A diferencia de los seis primeros juicios mencionados en Apocalipsis 8 y 9, los cuales afectaron tan sólo a una parte de la humanidad (un tercio), el séptimo juicio es universal.

Versículos 15-18. Dios le mostró al profeta Juan, en primer lugar, un resumen de lo que sucedería bajo la séptima trompeta. En esencia, esta trompeta tiene que ver con el establecimiento del reino eterno de Dios. (Versículos 15-17; compárese con Apocalipsis 19:1-6; Daniel 2:44, 45; 7:27.) El versículo 18 provee una visión más detallada de los acontecimientos que ocurren en conexión con esto. Primero, las naciones del mundo se "airarán". Desde que la séptima trompeta comenzó a tocar en 1844, las condiciones del mundo ciertamente han empeorado. (Véase Daniel 8:14; 7:9, 10, 13, 14.) Esta ira de las naciones culminará en la batalla final de Armagedón, descrita en el capítulo 16 de Apocalipsis. La "ira de Dios" consiste en siete grandes plagas por medio de las cuales Dios castigará a los malvados inmediatamente antes de la segunda venida de Jesús. (Véase Apocalipsis 15:1.)

Cuando venga por segunda vez, Jesús "recompensará" a todos sus siervos concediéndoles la vida eterna. (Compárese con Apocalipsis 22:12.) Luego, mil años más tarde, según el capítulo 20 de Apocalipsis, castigará a los malvados con la

muerte eterna. La séptima trompeta es, entonces, muy abaricante.

Versículo 19. Con el fin de ayudar a que el profeta comprendiera la séptima trompeta, Dios dirigió su atención al lugar santísimo del santuario celestial, donde está ubicada el arca de su "testimonio", o *pacto*. En los servicios del santuario terrenal, este aposento se abría *únicamente* cuando llegaba el gran Día de Expiación en el cual se purificaba el santuario y se juzgaba al pueblo de Dios. Este servicio anual del santuario terrenal simbolizaba la obra de Jesucristo hecha al purificar el *santuario celestial*, el verdadero templo de Dios, al fin de la historia. (Véase Hebreos 8:5; 9:23.) Según Daniel 8:14, esta obra comenzó en 1844.) (Véase la página 31.)

La obra que Jesús lleva a cabo en favor de su pueblo mientras permanece en el lugar santísimo es el establecimiento del reino eterno de Dios. Especialmente, se ocupa en la actualidad en llamar la atención de los seres humanos hacia el arca de su *pacto* y la *ley* que contiene, esa ley eterna de amor que Dios expresó en sus Diez Mandamientos. (Véanse Exodo 20; 25:16; 31:18; Deuteronomio 10:2, 5.)

El pacto de Dios constituye la clave para comprender los capítulos 12 al 22 de Apocalipsis. Y la ley sobre la cual está basado, por cuanto simboliza el carácter de Dios, constituye el punto focal en el drama final de la gran controversia entre Cristo y Satanás. (Véanse Apocalipsis 12:17; 14:12.)

La ley de Dios está basada en los principios de *justicia* y *misericordia*. (Salmo 89:14.) En base a ella el Creador gobierna todo el universo.

Opuesta a la ley de amor de Dios se halla la ley del pecado introducida por Satanás, quien fue una vez un ángel exaltadísimo. (Véase la pág. 37.) Esta ley procura colocar a la criatura por sobre el Creador, adjudicando a los seres creados cualidades que le pertenecen únicamente a Dios. A pesar de que *parece* ofrecer libertad, en realidad está fundada sobre el *engaño* y la *fuerza*. (Véase San Juan 8:44.)

Desde que entró el pecado en nuestro mundo, Dios ha presentado su carácter ante la humanidad en la forma de un "pacto" o contrato. En su pacto con nosotros, Dios se ha comprometido a redimirnos del poder del pecado, transformarnos en seres nuevos, capaces de vivir en armonía con él y su ley, y restaurar para nosotros las bendiciones que Adán y Eva perdieron cuando pecaron. (Véanse Salmo 105:8-10; 89:34; Jeremías 31:31-34; Hebreos 8:8-10.)

Poco después que Adán y Eva pecaron, Dios presentó ante ellos su propósito eterno de castigar a Satanás y destruir su poder maléfico por medio de una manifestación de su amor en la humanidad, la "simiente", o descendencia, de Eva. A Satanás, Dios le dijo: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar [talón]" (Génesis 3:15).

Cuando el patriarca Jacob, uno de los descendientes de Adán, aceptó las misericordiosas provisiones de Dios y le permitió gobernar su vida, el Creador lo rebautizó con el nombre de "Israel" —que significa "Dios lucha" (Génesis 32:28). Con el fin de cumplir su pacto eterno, Dios "limitó" temporalmente, por así decirlo, sus

promesas a la semilla, o descendencia, de Israel —pero *únicamente*, como lo hizo claro, con el propósito de extender su pacto a todos los hombres. Los israelitas debían constituir una luz para todas las naciones, un ejemplo de la forma en que Dios podía restaurar y ennoblecer a los seres humanos que decidieran aceptar su amor reconciliador (Isaías 42:6; 49:6).

En general, Dios les dio a los israelitas en el santuario y sus servicios una revelación especial de su plan para ellos. (Véanse las págs. 28 y 29.) En el centro mismo de este modelo del plan de salvación se encontraba una caja o cofre (llamada *el arca del pacto*) que contenía la ley de Dios, indicando que el plan de redención en su totalidad constituye el desarrollo del pacto eterno de Dios.

Pero los israelitas no comprendieron el plan que Dios tenía de desarraigar el pecado en sus vidas. Por eso Dios declaró finalmente al profeta Daniel que determinaría para su pueblo 490 años de prueba (véase la pág. 31), cerca del fin de los cuales les enviaría él en la persona de su “Mesías” o Ungido, un ejemplo supremo del plan que tenía para ellos. Exactamente en el tiempo prometido, Dios envió al mundo a su Hijo, Jesucristo, con el fin de revelar su propósito para los seres humanos.

Tal como en la Biblia se presentan dos *leyes*, la ley de amor y la ley del pecado, así también se presentan dos grandes *misterios* basados en estas leyes, el misterio de Dios y el misterio de iniquidad, o de la transgresión de la ley. El misterio de Dios se refiere a su disposición a manifestarse en carne humana, con el amor abnegado de un Dios que estuvo dispuesto a humillarse para morar entre nosotros como un ser humano más. Este misterio es la *clave* del pacto divino. Por cuanto Jesús reveló el carácter de Dios y demostró su misterio, cumplió el propósito de Dios para la descendencia de Eva y también la de Israel. A través de Cristo, Dios pudo herir la cabeza de la serpiente, Satanás, y destruir así el poder del pecado sobre el hombre.

La muerte de Cristo en el Calvario reveló el contraste que existe entre el carácter de Dios y el de Satanás, entre la naturaleza de la ley de Dios y la ley del pecado, entre el misterio de Dios y el misterio de iniquidad. El Calvario desenmascaró a Satanás, el causante de la muerte de Cristo, y lo expuso como “mentiroso” y “asesino”, y demostró el resultado de la aplicación del misterio de iniquidad (S. Juan 8:44). El Calvario fue una comprobación fehaciente de lo que implica la exaltación de la criatura sobre el Creador.

Al mismo tiempo, la muerte de Cristo reveló la justicia y la misericordia del Creador. La ley de Dios requiere que los que la quebrantan mueran, ya que el pecado constituye separación de Dios, la única fuente de vida (Isaías 59:2). A pesar de que Dios era completamente inocente, en el acto de enviar a Cristo a morir en el Calvario, reconoció los requerimientos de su propia ley, y sufrió él mismo la penalidad por los pecados del hombre. Así, la muerte de Cristo en favor del hombre demostró gráficamente la inmutabilidad de la ley de Dios. Por su muerte, Cristo confirmó la *justicia* de la ley de Dios, y al mismo tiempo mezcló en este proceso la *misericordia* de Dios. La justicia y la misericordia se encontraron

cuando Cristo unió la divinidad con la humanidad y logró así restablecer la unidad entre Dios y el hombre.

Pero Dios no terminó su obra con Cristo. Su propósito en Cristo es bendecir *a todos* los que acepten su amor. Cristo ganó la victoria sobre el pecado en el Calvario; hirió la cabeza de la serpiente, Satanás. Pero la obra de redención no está aún terminada. Por medio de su ministerio abnegado en el santuario celestial, Cristo se ocupa ahora de colocar al alcance de la humanidad las bendiciones prometidas por Dios en su pacto, y de este modo hacer efectiva en las vidas de todos los que acepten su amor la victoria que ya ganó en favor de ellos.

Debido a este hecho, el Nuevo Testamento presenta el pacto de Dios en relación con Cristo más bien que en relación con un Israel literal. Únicamente los que acepten la obra de Cristo en favor de ellos en el santuario celestial y le permitan morar en sus corazones por fe, podrán recibir las promesas del pacto. Es absolutamente esencial comprender esta verdad con el fin de entender la segunda mitad del Apocalipsis, que a menudo alude a términos asociados con Israel y las promesas que Dios les hiciera en su pacto. Debido a su perspectiva Cristocéntrica, el Nuevo Testamento aplica en escala universal los detalles nacionales y geográficos de las promesas del pacto del Antiguo Testamento. Términos como “Israel”, “el monte de Sion”, y “Babilonia”, deben ser comprendidos en su relación con Cristo (Gálatas 3:29; 1 S. Pedro 2:9, 10; Romanos 4:13; S. Juan 4:21-24; Hebreos 8:1, 2; 10:19; 12:18-24).

Los capítulos 12 al 22 de Apocalipsis describen el plan que Dios tiene para completar, a través de la mediación de Cristo en favor de los hombres, todas las promesas de su pacto. Durante el tiempo que se describe en estos capítulos, Satanás realizará su esfuerzo supremo final para frustrar el eterno propósito de Dios. Todo el mundo se dividirá en dos campos opuestos bien definidos. El tema alrededor del cual se desarrollará el drama final será el carácter de Dios.

Por eso, durante la época comprendida bajo la séptima trompeta, es decir nuestros días, Dios procura en forma especial llamar la atención de su pueblo hacia *el arca de su pacto* que se encuentra en el lugar santísimo del templo celestial. Durante la controversia final, el pueblo de Dios *debe comprender* su pacto eterno. Para hacer resaltar este hecho, todo el capítulo 12 de Apocalipsis explica este pacto en forma de un drama basado en Génesis 3:15. Apocalipsis 12 presenta a Jesucristo como la simiente prometida de Eva que destruiría el poder de Satanás. Además, muestra el plan de Dios para *terminar* de destruir el poder de Satanás por medio de un pequeño grupo identificado como el “remanente” de la descendencia de Eva, cuyos miembros presentarán ante el universo una demostración final del poder redentor del amor de Dios (Apocalipsis 12:17; compárese con Romanos 16:20; Efesios 3:15).

Después de presentar el pacto de Dios, Apocalipsis 13 explica las fuerzas que Satanás usará en el conflicto; Apocalipsis 14 a su vez, explica las fuerzas que Dios usará y presenta con mayor plenitud los puntos en disputa.

Cómo comprender el conflicto de Apocalipsis 12 al 20

CAPITULO 12

1 Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. 2 Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento.

3 También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; 4 y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. 5 Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. 6 Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días.

7 Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; 8 pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. 9 Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.

10 Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. 11 Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. 12 Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos.

¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo.

13 Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. 14 Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo. 15 Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. 16 Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca.

17 Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.

El capítulo 12 resume el drama más asombroso de la historia. Sus personajes se han tomado del capítulo 3 de Génesis, que describe la forma como la serpiente (Satanás) engañó a Eva y la familiarizó con el pecado. En esa ocasión Dios prometió a la mujer, Eva, que él proveería un camino de escape del pecado por medio de uno de sus descendientes, quien traería redención.

Versículos 1, 2. Mientras el apóstol Juan observaba, apareció en el cielo "una gran señal". Vio a una mujer encinta. La expresión "vestida de sol", indica que reflejaba la gloria de Dios. (Véase Salmo 104:2; 84; 11.) En todas las Escrituras Dios representa a su verdadera iglesia bajo el símbolo de una mujer pura (Isaías 54:5, 6; Jeremías 6:2; Gálatas 4:26; 2 Corintios 11:2).

Versículos 3-5. Mientras la mujer se preparaba para dar a luz, un "gran dragón" —posteriormente identificado como Satanás, un ángel que se rebeló contra Dios y su gobierno originando así el problema del pecado (versículo 9)— se aproximó a la mujer para matar a su hijo. Las siete cabezas, los diez cuernos y las siete coronas del dragón simbolizan su poderío sobre todo el mundo (Daniel 7:6, 24; 8:8, 21, 22; Zacarías 1:18, 19; Ezequiel 21:25, 26).

A lo largo de toda la historia Satanás ha utilizado diversos gobiernos y reinos terrenales como instrumentos en su guerra contra Dios. Y varios profetas han empleado el símbolo del dragón para describir estos poderes paganos. De manera que en un sentido secundario, el dragón

que el apóstol Juan vio representa los poderes mediante los cuales Satanás ha obrado (Ezequiel 29:3; 32:2; Isaías 27:1).

Aunque Dios creó a Lucifer como el ángel más importante, hermoso y perfecto en todo sentido (véanse Isaías 14; Ezequiel 28), Satanás se enorgullecó y se tornó autosuficiente. Eso lo llevó a rebelarse contra la ley de Dios que prescribía un amor abnegado, y a alegar que aunque Dios requería abnegación de parte de los ángeles, él mismo no la practicaba.

Cuando Dios vino al mundo en la persona de su Hijo Jesucristo, el Mesías, Satanás *procuró* destruirlo por intermedio de la Roma pagana (Salmo 2:5-7; compárese con Hechos 13:33). Sus acciones revelaron lo que él realmente era, un asesino (S. Juan 8:44). Pero Dios permitió que Satanás tan sólo “hiriera” a su Hijo, pero no que lo destruyera (Génesis 3:15). Jesús murió como víctima inocente para revelar el amor abnegado de Dios. Pero Dios lo libró milagrosamente de la muerte y lo llevó al cielo para que estuviera con él (S. Mateo 2:16; Filipenses 2:5-10).

Versículo 6. Comprendiendo que había fracasado en su intento de destruir al Hijo de Dios, Satanás obró —tal como lo explica Apocalipsis 13:1-10— por intermedio de un sistema de poder que incluía a la Iglesia y el Estado durante la Edad Media, para perseguir a los cristianos sinceros forzándolos así a huir al desierto durante “1.260 días” (o años —véase Ezequiel 4:6), tal como ocurrió con el profeta Elías. (Véanse 1 Reyes 17-19; S. Lucas 4:25; Santiago 5:17; Daniel 7; Apocalipsis 13:1-10.)

Versículos 7-9. Una vez más San Juan vio la lucha entre el bien y el mal, pero esta vez con más detalles. El “Miguel” de quien se habla en este pasaje, es el Hijo de Dios (compárese con Judas 9; 1 Tesalonicenses 4:16; S. Juan 5:28; Daniel 10:13, 21; 8:25; 9:25).

Mediante su muerte en el Calvario, Cristo consiguió que Satanás fuera arrojado definitivamente del cielo y eliminado para siempre como objeto de los afectos de los ángeles fieles a quienes él

había conocido allí, porque ellos pudieron ver las implicaciones de su guerra con Cristo (S. Juan 12:31, 32).

Versículos 10-12. Los ángeles celestiales sintieron simpatía por Cristo cuando él murió en la cruz, pero cuando resucitó, estallaron en exclamaciones de victoria. Jesús había vencido el poder del pecado y de la muerte; había hecho posible que el hombre encontrara salvación. El Cordero muerto desde la fundación del mundo había triunfado.

Versículos 13-17. Pero el conflicto no había terminado aún. Aunque la muerte y la resurrección de Cristo dieron seguridad de salvación, la victoria del Calvario todavía tenía que ser realizada en las vidas del pueblo de Dios. Comprendiendo esto, Satanás se volvió contra la iglesia para perseguirla y destruirla. Pero Dios, tal como lo había hecho con el Israel de la antigüedad (Exodo 19:4) y con Elías (1 Reyes 17-19), llevó a su pueblo al “desierto” y allí lo alimentó con comida del cielo (S. Juan 6:31-35; Oseas 2:14). Millones de cristianos murieron a causa de sus creencias bajo la tiranía de la Inquisición; pero muchísimos escaparon.

Cuando Dios guió a los israelitas y a Elías al desierto, también condujo a ambos al monte Sinaí y allí les enseñó su ley de amor (Exodo 19; 1 Reyes 19). En la misma forma, a partir de 1798, fecha que señala el final de los 1.260 años de persecución, Dios ha dirigido la atención de su pueblo en forma especial hacia la ley que se encuentra en el lugar santísimo del santuario celestial (Apocalipsis 11:15-19; véase capítulo 14:12).

El hecho de que haya un grupo de personas que permiten que Cristo more plenamente en ellas y que escriba su ley de amor en sus mentes, hace “airarse” a Satanás, porque al permitir ellos que Dios los transforme de seres pecadores en enemistad con él, en hijos e hijas dedicados a su servicio, demuestran el poder de su bondad y misericordia, y vindican a Dios ante el universo como el único digno de adoración. Contra este grupo de personas (descrito con más detalles en el capítulo 14:1-5) Satanás hará guerra, especialmente en la gran batalla del Armagedón que pronto ha de producirse (véanse los comentarios en Apocalipsis 16:13-16; 17:14).

En esta forma Jesús mostró al apóstol Juan y a sus lectores el gran conflicto final descrito con más plenitud en los capítulos siguientes de Apocalipsis.

Notemos especialmente las dos características que distinguen a los verdaderos seguidores de Dios de otros grupos de iglesias que existirán justamente antes del regreso de Jesús. Primero, “guardan los mandamientos de Dios”. Esto indica que reconocerían a Jesucristo como su Señor y Salvador y le permitirían escribir su ley de amor en sus mentes (Hebreos 8:8-10). Además, “tienen el testimonio de Jesús”. Según Apocalipsis 19:10, éste es el “espíritu de profecía”.

Debido a que viven por fe únicamente en los méritos de Jesús, él envía a su Espíritu Santo, el mismo Espíritu que inspiró a los profetas, para que obre en medio de ellos en una forma especial (Hechos 5:32; compárese con Joel 2:28-30).

Satanás procura destruir a Cristo y su iglesia



CAPITULO 13

1 Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo. 2 Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad. 3 Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, 4 y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?

5 También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses. 6 Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. 7 Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. 8 Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo.

9 Si alguno tiene oído, oiga. 10 Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto. Aquí está la paciencia y la fe de los santos.

El capítulo 13 explica con más detalles dos organizaciones o sistemas que Satanás utilizará especialmente en su intento final realizado para destruir al remanente de Dios, y de ese modo frustrar su propósito eterno.

Mientras el profeta Juan estaba en la playa de la isla de Patmos, tuvo una visión asombrosa. De las aguas surgió frente a él una bestia con siete cabezas y diez cuernos. Tenía el cuerpo de un leopardo, los pies de un oso y la boca de un león. Estos símbolos se basan en Daniel 7, capítulo que describe el futuro en términos de cuatro grandes potencias que iban a dominar la historia.

En esta visión, Daniel contempló primero un león (que simbolizaba a Babilonia), luego vio un oso (Medo-Persia), y a continuación un leopardo (Grecia), y finalmente apareció una bestia "espantosa y terrible" (Roma). Según esta visión, el cuarto imperio, Roma, sería dominado en su etapa final por un "cuerno pequeño", un poder terrible que perseguiría al pueblo de Dios durante "tiempo, y tiempos, y medio tiempo" (Daniel 7:25) o sea por 1.260 días proféticos (ó 1.260 años).

La profecía de San Juan es casi idéntica a la descripción del cuerno pequeño que aparece en Daniel 7, y señala definidamente al tiempo histórico cuando la iglesia romana, que había abandonado la verdad bíblica, comenzaría a dominar los asuntos del Estado (Daniel 7:8, 25; 8:23-25; 11:36).

El libro de Apocalipsis muestra en otros lugares que en esta organización hay muchos *individuos* sinceros (véanse Apocalipsis 14:7; 18:4). Dios no condena a tales personas. Lo que Dios objeta es el *sistema*: el inmiscuirse de la iglesia en los asuntos del Estado, o bien como lo expresa Apocalipsis 17:1, el amancebamiento de la iglesia con el Estado.

Veamos en qué forma estos versículos describen cuatro fases por las que debía pasar esa bestia semejante a un leopardo. Primero, *surgiría* del mar, (un símbolo de zonas densamente pobladas—véase Apocalipsis 17:1; compárese con Daniel 7:3) y *recibiría* del dragón, Satanás, (1) su poder, (2) su trono y (3) gran autoridad (versículo 2).

Segundo, reinaría durante 42 meses proféticos (42 x 30), o sea por 1.260 años, un período que comenzó, tal como lo hemos explicado en la pág. 30, en el año 538 AC (versículo 2, 5). Durante estos 1.260 años, la bestia blasfemaría contra *Dios*; contra *su nombre*, o carácter; contra *su tabernáculo*, o templo, en el cielo; y *contra los que "moran en el cielo"*. Tal como Daniel y San Juan lo predijeron, esa iglesia o poder político-religioso "echó por tierra la verdad" de la intercesión continua de Jesús en favor de su pueblo, al enfocar la atención de la gente en los sacerdotes y los santos *humanos* así como en su mediación (véanse Daniel 8:11, 12; 11:31).

Tercero, después de los 42 meses proféticos ó 1.260 años, una de sus "cabezas" recibiría una "herida de muerte". En 1798, exactamente 1.260 años después que el papa pudo ejercer libremente su supremacía sobre el Estado, el general francés Berthier consumó el golpe que la Reforma Protestante había comenzado a dar a la iglesia, al entrar en Roma para llevar cautivo al papa. Se había cumplido lo que San Juan había profetizado con tanta claridad: "Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad" (Apocalipsis 13:10).

Cuarto, según los versículos 3 y 4, el poder religioso simbolizado por la "bestia" resucitaría poco antes de la segunda venida de Cristo (compárese con Apocalipsis 17:12-14). Durante un corto período repetiría su historia pasada de nuevo uniéndose ilícitamente con los reyes de la tierra y persiguiendo al pueblo de Dios. En esa ocasión escaparían de su influencia fascinadora únicamente los que hubiesen aceptado el ministerio de Jesús en el santuario celestial realizado en favor de ellos (versículos 15, 16).



Los EE. UU. dominados por la iglesia

11 Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón. 12 Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. 13 También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. 14 Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió. 15 Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase.

16 Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; 17 y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.

18 Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.

Después de su visión de las bestias que surgían del mar, San Juan vio otro animal, pero éste “subía de la tierra”. Otros pasajes en el libro de Apocalipsis describen esta bestia como un “falso profeta”, como un impostor que tiene un éxito notable (Apocalipsis 16:13, 14; 19:20). Hay cuatro puntos que ayudan a identificar a esta bestia, y son los siguientes:

1. *El momento cuando surge.* La bestia que sube de la tierra debe aparecer al final del período de gobierno de 1.260 años de la bestia que subió del mar (versículo 12). Además, en su etapa final —cuando sería semejante a un dragón—, coincide con la fase de la resurrección de la bestia que subió del mar (versículo 14). Según esto, debía aparecer alrededor del año 1798 y perdurar hasta la segunda venida de Jesús (véase Apocalipsis 19:20).

2. *El lugar donde surgió.* La primera bestia de Apocalipsis 13 y todas las bestias mencionadas en Daniel 7 salieron del “mar”, el cual, según Apocalipsis 17:15 representa “pueblos, muche-

dumbres, naciones”. En contraste evidente con esto, la segunda bestia mencionada en Apocalipsis 13 surgió de la tierra —término empleado en el capítulo 12 para indicar una región escasamente poblada (versículo 11; compárese con Apocalipsis 12:16). La palabra utilizada en el original griego correspondiente al versículo 11 y traducida “subía” indica que el apóstol vio este poder crecer en la forma en que lo hace una planta.

Solamente una nación satisface estas dos especificaciones: los Estados Unidos de Norteamérica. Es la única entre todas las potencias mundiales de importancia que surgió en la última parte de los años 1700 en una región poco poblada.



Cómo hará Satanás que se rechace a Dios

3. *Su influencia.* El animal que subió de la tierra ejerce una influencia mundial. Todo el mundo sigue su ejemplo. (Véanse los versículos 12, 16, 17.) Y en este caso, también los Estados Unidos cumplen esta especificación.

4. *Su naturaleza aparente.* En todo el libro de Apocalipsis el símbolo del cordero representa a Jesucristo. El cordero es un animal inocente y pacífico, lo cual constituye un agudo contraste con las bestias que representan a las potencias utilizadas por Satanás. El animal que sube de la tierra, aunque parezca extraño, tiene “dos cuernos semejantes a los de un cordero” —esto significa que a primera vista parece ser como un cordero, inocente y con una apariencia hasta cristiana. Los fundadores de los Estados Unidos basaron la Constitución nacional en dos grandes principios: libertad civil y libertad religiosa. Estos dos principios están inseparablemente relacionados con la forma republicana de gobierno que impera en ese país, la cual permite que la gente gobierne por medio de los representantes que elige, y con la forma protestante de comprender los principios de libertad religiosa.

Según la profecía de San Juan, los Estados Unidos han de desempeñar un papel central en el intento final de Satanás realizado para destruir al pueblo de Dios y para desbaratar sus propósitos eternos. Para conseguir esto, el país mencionado debe experimentar algunos cambios muy notables. Notemos lo que acontecerá a los Estados Unidos:

1. *Hablará como dragón* (versículo 11). Un país “habla” para expresarse a sí mismo mediante procesos legislativos. Esta profecía predice que los Estados Unidos dictarán leyes que apoyarán a la bestia que resucitó, y que simboliza la iglesia-estado romana, y al hacerlo manifestará el espíritu mismo de Satanás, el dragón.

2. Por medio de la *persecución* exigirá que todos los hombres adoren o rindan homenaje a dicha iglesia (versículo 12; compárese con los versículos 2, 5).

3. *Engañará* a los habitantes del mundo mediante *milagros*, en su esfuerzo por conseguir que las naciones formen una “imagen de la bestia” (versículos 13, 14; compárese con Apocalipsis 16:13, 14; S. Mateo 24:24; 1 Timoteo 4:1). En esta forma los Estados Unidos llegarán a ser el centro principal de un gran falso reavivamiento religioso en el cual el espiritismo desempeñará un papel prominente.

4. *Crearé una imagen de la bestia* (versículo 15). Dos poderes se unieron para constituir la bestia original: la república de Roma y la iglesia cristiana apóstata. La primera bestia surgió como una unión de la iglesia y el Estado. En la misma forma, cuando las iglesias protestantes de los Estados Unidos que hayan apostatado de la verdad unan sus fuerzas para valerse del poder civil, la república de los Estados Unidos creará una “imagen” de la bestia original.

5. Creará esta imagen por medio del poder legislativo, y hará que todos los hombres adoren a la bestia de algún modo (versículo 15). Estas leyes opresoras terminarán por dictar la *pena de muerte* para los que las desobedezcan.

6. Empleará la presión económica para obligar a la gente a identificarse con la “marca” de

la bestia, ya sea mediante las acciones (“en su mano derecha”) o bien por asentimiento mental (“en sus frentes”).

El libro de Apocalipsis presenta varios puntos que identifican esta importante marca y su naturaleza. Primero, implica adoración. Los que la reciben adoran a la bestia (versículo 8; compárese con Apocalipsis 14:9). Segundo, se trata de algo que contará con la aprobación de todos los cristianos apóstatas de todas las iglesias. Tercero, los que la reciben son presentados en Apocalipsis 14:9-12 en contraste con los que guardan los mandamientos de Dios. Según esto, esa marca implica un intento por desentenderse de la ley de Dios. Hace mucho, el profeta Daniel declaró que el “cuerno pequeño” (el mismo poder representado por la bestia que sube del mar, de Apocalipsis 13:1-10) pensaría “en cambiar los tiempos y la ley” (Daniel 7:25). En forma particular, la iglesia popular del Medioevo cambió el cuarto mandamiento de la ley de Dios e hizo que la gente adorase en el primer día de la semana, domingo, en lugar de hacerlo en el día señalado por Dios en su ley, el séptimo día, sábado. Además, ha presentado este cambio como una *marca* de su autoridad eclesiástica.

Numerosos catecismos católicos reconocen este hecho. Por ejemplo, *The Convert's Catechism of Catholic Doctrine* [Catecismo de doctrina católica para el converso] (edición de 1957), de Peter Geiermann, dice:

Pregunta: ¿Cuál es el día de reposo?

Respuesta: El sábado es el día de reposo.

Pregunta: ¿Por qué observamos el domingo en lugar del sábado?

Respuesta: Observamos el domingo en lugar del sábado porque la Iglesia Católica transfirió la solemnidad del sábado al domingo.

La única religión que conduce a Dios es la que procede de Dios. Unicamente él es la fuente de la verdad, la luz y la justicia. La religión que ha surgido de la mente de hombres caídos es *pecado*. La esencia misma del hombre de pecado consiste en colocarse por encima de Dios, en exaltar a la criatura por encima del Creador, y en intentar “mejorar” la ley de amor abnegado que representa el carácter de Dios. De manera que la marca de la bestia consiste en una creación del hombre, del hombre caído, del hombre de pecado. Cuando la santificación del domingo sea hecha obligatoria por la ley, *entonces* quedará claramente establecida la diferencia entre la religión de Dios y la que procede del hombre. Unicamente entonces, con los límites perfectamente establecidos, la observancia del domingo llegará a ser la marca de la bestia. Los que entonces acepten esta marca también aceptarán el “nombre” o carácter de la bestia y el “número de hombre”. Este número, 666, es eminentemente un número de hombre. El 6 no llega a ser 7, el número que representa lo completo y lo perfecto. En tanto que el séptimo día sábado es la señal de Dios que muestra su obra acabada, el número 6 representa lo que no es completo, lo que es imperfecto.

Unicamente los que acepten la marca de Dios y confíen plenamente en la perfecta justicia de Jesucristo escaparán del gran engaño religioso relacionado con la marca de la bestia.

Cómo reunirá Jesús a su pueblo

CAPITULO 14

1 Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente. 2 Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas. 3 Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra. 4 Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; 5 y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios.

Apocalipsis 12 y 13 presentan a Satanás realizando su campaña ofensiva, engañando a toda la humanidad y reuniendo sus fuerzas para la gran batalla final que se realizará entre él y Cristo. Por medio del falso cordero (Apocalipsis 13:11-18), Satanás llevará a cabo su engaño culminante al exaltar la religión producida por la criatura por encima de la que procede de Dios.

Apocalipsis 14 presenta un contraste definido, porque describe al *verdadero Cordero*, Jesucristo, y a sus *seguidores*, los 144.000, el "remanente" contra quienes Satanás hará guerra. (Véase Apocalipsis 12:17). Mientras Satanás reúne a los habitantes de la tierra por medio del *engaño* y la *fuerza*, Jesús congrega a su remanente mediante la *verdad* y el poder de su *amor* abnegado.

Este capítulo reúne tres grandes temas del Antiguo Testamento relacionados con el pacto de Dios: el juicio final, o sea la realidad representada por el día de la expiación; la congregación de Israel y de las naciones para la guerra escatológica final; y la promesa de una abundante cosecha después de la lluvia tardía, que madura el fruto hasta la perfección. Estos temas también convergen en el libro de Joel sobre el que una buena parte de Apocalipsis 14 está basado.

Versículo 1. El Antiguo Testamento con frecuencia se refiere a la promesa de Dios de reunir a su pueblo en el monte Sion, el lugar de su santuario, y así librarlo de las naciones que procuran destruirlo (Joel 2:15, 32; 3:2; Sofonías 2:1; 3:8; Zacarías 12:8, 9). Apocalipsis 14:1-5 presenta

estas promesas desde un punto de vista Cristocéntrico. Jesucristo es el Poder que reunirá junto a sí al Israel espiritual en el conflicto final.

Jesús declaró acerca de sí mismo: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (S. Juan 12:32. Compárese con Jeremías 23:1-8; 31:10, 11). El libro de Hebreos indica que Jesús no está reuniendo a los hombres junto a una montaña literal (el monte Sinaí), sino junto "al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial" (Hebreos 12:18-24. Compárese con Filipenses 3:20; Efesios 3:15). De modo que los 144.000 son *cristianos* que siguen *por fe* al Cordero, Jesús, mientras él media por ellos en el santuario celestial durante el juicio (versículos 6, 7. Compárese con Apocalipsis 11:19; Hebreos 10:19).

El Apocalipsis, en otro lugar, describe a los 144.000 como los que reciben un sello especial de Dios en sus frentes para protegerlos durante el tiempo de las siete plagas, cuando Jesús habrá terminado su intercesión en favor del hombre (véase Apocalipsis 7:2; 15; 16). Aquí el sello se describe en relación con los 144.000 que tienen el *nombre* de Dios —un símbolo de su carácter o de su gloria— en sus frentes. Así, los 144.000 reflejan en forma especial el carácter y la gloria de Dios. (Compárese con Apocalipsis 3:12; 7:2; 18:1; Isaías 4:2-5.)

Versículos 2, 3. El grupo que sigue a Jesús en el juicio final tendrá una experiencia como la que ningún otro grupo habrá tenido, porque vivirá durante el derramamiento de las siete últimas plagas (Apocalipsis 15, 16) sin la ayuda de un intercesor, protegidos únicamente por el sello de Dios. La victoria que Cristo les ha dado los induce a expresar su más profunda gratitud.

Versículos 4, 5. Los 144.000 son caracterizados como "vírgenes" porque rehúsan tener relaciones con la mujer inmoral, Babilonia, y sus hijas (Apocalipsis 17:1-5). Tal como en el caso de las cinco vírgenes mencionadas por Cristo en una de sus parábolas, ellos siguen al Esposo (el Cordero o Cristo) en su ceremonia nupcial. (Véase S. Mateo 25:1-13. Compárese con Apocalipsis 19:7-9.)

Los israelitas de la antigüedad reunían la primera parte de su cosecha o "primicia" al final del año y la presentaban como una ofrenda especial a Dios (Deuteronomio 26:1-11; Levítico 23:10, 17). Los 144.000 son las primicias de la cosecha realizada en la tierra en el sentido de que reciben la lluvia tardía perfeccionadora del Espíritu Santo que los madura antes de que se produzca la cosecha final. (Véase Apocalipsis 15, 16. Compárese con Santiago 5: 17; Joel 2:23-27.) De modo que al final del tiempo de prueba, antes de que se derramen las siete últimas plagas, Dios habrá conseguido que su pueblo refleje plenamente la imagen de Jesús. En todo el sentido de la palabra serán *verdaderos* israelitas, sin falta delante del trono de Dios (compárese con S. Juan 1:47).

Los 144.000 representan la respuesta de Jesús a la obra del falso cordero descrito en Apocalipsis 13. Ellos también tienen una marca que es el sello de Dios, un número (144.000), y un nombre en sus frentes (Dios). Los mensajes de los tres ángeles presentados en los versículos 6-12 explican *cómo* Dios reúne a este notable grupo.

6 Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el Evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, 7 diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.

Versículos 6, 7. Las buenas nuevas del amor de Dios por el hombre se han predicado en todas las épocas, pero el primer ángel de Apocalipsis 14 presenta una parte del Evangelio eterno de Dios o buenas nuevas, que llegaría a comprenderse únicamente cerca del final de la historia terrena, cuando él comenzará a juzgar a la humanidad.

La clave para comprender el juicio del que habla el primer ángel se encuentra en el Evangelio eterno según el cual Dios ha reconciliado a la humanidad consigo mediante la muerte de Jesucristo. La Biblia declara que todos los hombres han pecado y han sido destituidos de la gloria de Dios. Pero las buenas nuevas consisten en que el divino Hijo de Dios llegó a ser uno con nosotros, y aunque él mismo nunca pecó, voluntariamente aceptó nuestra culpa y el castigo que merecíamos por habernos separado de Dios. Jesús murió para que nosotros pudiésemos vivir. En la cruz realizó una expiación perfecta y completa, un sacrificio suficiente para cubrir cada pecado y para reconciliar a todos los hombres con Dios (Isaías 53:5, 6)

Luego, después de su resurrección, *habiendo obtenido redención eterna para cada ser humano*, ascendió al cielo para presentar delante de su Padre la justicia perfecta que obtuvo para nosotros (Hebreos 9:12).

Debido a esto, el Nuevo Testamento enseña claramente que los seres humanos pueden ser "justificados" delante de Dios, o sea considerados justos, *solamente* sobre la base de los méritos infinitos de Cristo, su perfecta justicia. En reconocimiento de la fe de los que voluntariamente confían en él únicamente para ser justificados delante de Dios, Cristo envía su Espíritu Santo para que more en sus corazones y haga eficaz en ellos la salvación que él ha llevado a cabo para ellos en el Calvario (Efesios 1:12, 13; Hechos 2:38). De manera que cuando quiera que una persona acepta a Cristo como su justicia, experimenta un cambio de vida. La verdadera justificación siempre se manifiesta bajo la forma de buenas obras y la observancia de los mandamientos de Dios.

Esta es la esencia del Evangelio eterno: el hombre es justificado delante de Dios solamente sobre la base de los méritos perfectos de Cristo. Cristo impartirá su justicia a los que lo reciban.

El santuario y su servicio indican que la mediación o intercesión que Cristo realizó por nosotros tiene dos fases. La primera fase de su mediación comenzó en el año 31 de nuestra era, cuando él ascendió al cielo. En ese momento entró en el *lugar santo* del santuario celestial para dar *perdón y reconciliación* a los hombres. En esta forma su mediación llevada a cabo en el primer recinto del santuario demostró que su muerte en el Calvario había sido suficiente para cubrir la culpa de los seres humanos y proporcionarles perdón.

**Jesús
llama
a la
humanidad
al
juicio**



El juicio y la victoria de Jesús

Pero la Biblia enseña claramente que es posible que los hombres se alejen de Dios después de recibir el perdón (S. Juan 15:5, 6; Ezequiel 18:20-24; Hebreos 10:28, 29). Aunque Cristo perdona los pecados de los hombres cuando éstos los confiesan, todavía permanecen registrados en ciertos "libros" del cielo (Daniel 7:10; Malaquías 3:16; Salmo 56:8).

En el año 1844 Jesús entró en el lugar santísimo del santuario celestial con el propósito de limpiar esos registros a fin de que su pueblo estuviera plenamente habilitado para entrar en el cielo, completamente libre de cualquier impedimento. Su obra realizada en favor de su pueblo en el juicio comprende por lo menos cuatro fases:

1. Mediante la presentación de los tres mensajes de Apocalipsis 14, Jesús ahora está reuniendo a su pueblo en el *lugar santísimo* del santuario celestial. (Véanse los comentarios de Apocalipsis 14:1.) Tal como Dios reunía a los israelitas de la antigüedad alrededor del santuario terrenal una vez cada año para el día de la expiación, o día del juicio, así también ahora está invitando a su pueblo a reunirse alrededor del santuario celestial y a entrar por fe en Cristo en el lugar santísimo para recibir los beneficios de su mediación.

Y así como Dios especificaba ciertas cosas que los israelitas de la antigüedad debían realizar cuando se reunían para el día de la expiación, así también el primer ángel invita a los que viven durante el tiempo cuando realmente se realiza el juicio: "Temed a Dios, y dadle gloria". Los que adoran a la bestia descrita en Apocalipsis 13 darán gloria al hombre, pero los que comprenden el Evangelio eterno alabarán, honrarán y glorificarán únicamente a Dios.

Además, el primer ángel dice a los que se preparan para el juicio: "Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas". Desde cuando comenzó el juicio en 1844, casi todo el mundo cristiano ha abandonado el gran fundamento de la cristiandad, la verdad de que Dios creó todas las cosas y de que únicamente él es la fuente de la vida.

Las palabras "adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra" se basan en el cuarto mandamiento de la eterna ley de amor de Dios, que invita a los hombres a unirse al Creador en su día de reposo, o sábado. La Biblia dice que en el séptimo día de la creación Dios "cesó y reposó". Contempló su obra perfecta y se sintió satisfecho por lo que había hecho (Exodo 20:8-11; 31:17). Los ángeles que contemplaban su obra perfecta lanzaron exclamaciones de gozo (Job 38:7). La observancia del día de reposo de Dios implica contemplar *su perfección*. Debido a esto, la Biblia habla del sábado como una señal de santificación. Enseña a los hombres que *únicamente Dios* puede santificar, o hacer santo (Exodo 31:13; Ezequiel 20:12).

Los que se unen a Dios reposando con él en su sábado expresan fe en su perfección. Y esta es la clase de fe que el pueblo de Dios debe tener durante el juicio.

2. La obra de Cristo realizada en el juicio también implica una investigación de las vidas de los que han profesado servirle. Durante esta

investigación Cristo y su Padre compararán cada pensamiento, palabra y obra de esas personas con los requerimientos perfectos de la ley de amor. (Véanse Daniel 7:10; Malaquías 3:16; Santiago 2:12.)

3. Al terminar el examen de cada caso, Cristo hará una de dos cosas: "borrará" los *registros* de los pecados de la persona, o bien borrará su *nombre* del libro de la vida. Los que han rehusado confiar plenamente en Cristo, que han fallado en confesar todos sus pecados para recibir perdón, tendrán sus nombres borrados del libro de la vida (véanse Apocalipsis 3:5; Ezequiel 18:24).

Pero muchos se habrán arrepentido de sus pecados y por fe habrán reclamado el sacrificio perfecto de Cristo como la única fuente de justificación delante de Dios. Dios considerará a estos penitentes dignos de entrar en su reino eterno. Entonces Jesús borrará los registros de sus pecados por medio de los méritos de su sacrificio expiatorio, cumpliendo así plenamente la promesa del nuevo pacto: "Porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado" (Jeremías 31:34. Véanse también Jeremías 50:20 e Isaías 4:2, 3).

4. En relación con su obra de borrar los pecados de los que estén vivos durante el juicio, Cristo derramará su Espíritu Santo en su plenitud sobre los que lo hayan seguido por fe hasta el lugar santísimo y aceptado su mediación en favor de ellos (véase Hechos 3:19). El vestirá a sus fieles con su propia justicia, para que puedan presentarse delante del Padre como "una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante" (Efesios 5:27. Véanse Zacarías 3:1-5 y Apocalipsis 14:1-5).

**8 Otro ángel le siguió, diciendo:
Ha caído, ha caído Babilonia, la gran
ciudad, porque ha hecho beber a to-**



das las naciones del vino del furor de su fornicación.

9 Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, 10 él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; 11 y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre.

12 Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. 13 Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.

Versículo 8. El segundo de los tres mensajes de Apocalipsis 14 sigue como resultado directo del primero. La verdad siempre implica un juicio; además, divide. Los que rehúsen aceptar el primer mensaje experimentarán una caída moral. Y aunque tal vez no reconozcan su condición, Dios la reconocerá.

Cuando la Babilonia antigua rechazó a Dios, él anunció a sus dirigentes: "Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto" (Daniel 5:27). Poco después de eso, los medos y los persas atacaron la ciudad de Babilonia y pusieron fin a su supremacía.

En los días del apóstol Juan, la Babilonia histórica yacía en ruinas. Pero debido al papel especial que este reino había desempeñado en la opresión del pueblo de Dios en la época del Antiguo Testamento, Dios utilizó el símbolo de Babilonia para demostrar al profeta Juan en qué forma Satanás procuraría destruir a su pueblo, cerca del final de la historia, por medio de una iglesia corrompida. (Véase Apocalipsis 17.)

Así como la Babilonia antigua rechazó a Dios, también el mundo cristiano profeso está rechazándolo en la actualidad. Los que rehúsan prestar atención al mensaje del primer ángel cada vez caen más abajo. Según el mensaje del segundo ángel, cuando las iglesias cristianas se unan plenamente con el mundo, entonces la caída de Babilonia estará completa.

Es entonces cuando el pueblo de Dios hará resonar el mensaje del segundo ángel con gran poder. (Véase Apocalipsis 18:1-3.) Los incautos no reconocerán la caída de Babilonia, en cambio verán en la unión de la iglesia y el Estado una realización provechosa. Pero los que han entrado por fe en el "lugar santo del santuario celestial" —es decir, los que hayan aceptado a Cristo como Salvador e Intercesor— comprenderán la naturaleza del pecado a la luz de la cruz, y por lo tanto hablarán con gran poder contra la corrupción de Babilonia.

Expondrán en forma particular las enseñanzas erróneas de Babilonia, su "vino" que hace beber a todas las naciones. Entre otras cosas, este vino incluye la enseñanza del domingo como día de reposo y de la naturaleza inmortal del alma humana. El primero de estos errores forma un vínculo entre el catolicismo y el protestantismo apóstata, y el segundo error relaciona a estos dos poderes con el espiritismo.

**Jesús
invita
a salir
de
Babilonia**



Invitación final a confiar en Jesús

El concepto de la inmortalidad del alma es completamente contrario a la enseñanza de la Biblia de que únicamente Dios posee inmortalidad y que el hombre debe recibir la vida eterna únicamente recibiendo a Jesucristo (2 Timoteo 1:10). Satanás engañó a Eva cuando le dijo: "No moriréis". (Véase Génesis 3:1-5 y compárese con Eclesiastés 9:5, Romanos 6:23 y Malaquías 4:1). En el conflicto final, muchos que rehúsan confiar en la Palabra de Dios también caerán a causa de este mismo engaño.

Versículos 9-12. El tercero de los tres mensajes finales es una continuación directa de los otros dos, y presenta la revelación completa y definitiva de Jesucristo, su perfecta justicia y misericordia. Cuando este mensaje haya polarizado la atención de toda la humanidad, entonces terminará el tiempo de prueba y Jesús vendrá nuevamente para llevarse a los que le aman.

El tercer ángel presenta un mensaje asombroso, destinado a llamar la atención de la gente hacia los importantes asuntos que están en juego en el conflicto final entre Cristo y Satanás. Presenta la más tremenda advertencia jamás dada a la humanidad. Los símbolos que contiene se basan en Apocalipsis 13. Quienquiera que adore a la "bestia" (sistema político-religioso romano) y a su "imagen", es decir, las demás iglesias que se le unan, y reciba la marca de la bestia (la señal de su autoridad eclesiástica —el domingo) él también "beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira".

Tan importante es esta advertencia que casi toda la sección siguiente del libro de Apocalipsis se dedica a explicarla. Según Apocalipsis 15:1, derramará su ira sobre los que apoyan a la bestia, en la forma de siete grandes plagas devastadoras. Estas caerán sin mezcla de misericordia, porque los que rechacen los tres mensajes angélicos claramente se alinearán contra Jesucristo, de manera que él ya no podrá protegerlos con su misericordia.

El tercer ángel concluye su mensaje con estas palabras: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús".

El tercer ángel resume en estas pocas palabras el Evangelio eterno a la luz del juicio. Los "santos" que pasen por la crisis final serán los que han puesto su fe completamente en Jesús y en su perfecta justicia. En respuesta a su paciencia y perseverancia él enviará la plenitud del Espíritu Santo para terminar la obra de la gracia en sus vidas y para sellar su ley en sus corazones. (Véanse Santiago 5:7; Oseas 6:3; Hebreos 8:10-12.) Así es como Dios sellará a su pueblo mediante el mensaje del tercer ángel. Los que reciben este mensaje en su plenitud vencerán a la bestia y a su imagen, y Cristo los librará de las intenciones asesinas de Satanás. (Véanse Apocalipsis 15:2; 12:17.)

El tercer ángel señala el camino hacia el lugar santísimo del santuario celestial. Mediante la victoria que Cristo ha ganado para ellos en el Calvario, los 144.000 tendrán confianza para ir sin temor ante el trono de la gracia a fin de obtener misericordia en el juicio.

14 Miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda.

15 Y del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura. 16 Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada.

17 Salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda.

18 Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras. 19 Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios. 20 Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios.



Los versículos finales de Apocalipsis 14 presentan dos cosechas: la del trigo (versículos 14-16) y la de "la viña de la tierra" (versículos 17-20). El profeta Joel, quien contempló una escena similar, declaró: "Echad la hoz, porque la mies está ya madura. Venid, descendad, porque el lagar está lleno, rebosan las cubas; porque mucha es la maldad de ellos" (Joel 3:13).

Versículos 14-16. En varias ocasiones diferentes Jesús empleó la figura de la cosecha para enseñar a sus discípulos algo importante acerca de su segunda venida. "El campo es el mundo" dijo, "y la siega es el fin del siglo" (S. Mateo 13:38, 39).

Cerca del final de su ministerio como Abogado del hombre en el lugar santísimo del santuario celestial, Jesús enviará al Espíritu Santo con gran poder sobre los que acepten los tres mensajes angélicos finales (versículos 6-12). Así como la "lluvia tardía" que desciende hacia el final de la estación, este impartimiento del Espíritu Santo "madurará" a la iglesia remanente, y dará a sus miembros una completa perfección del carácter (Joel 2:23-32; Santiago 5:7; Apocalipsis 14:12). Y entonces, cuando Cristo haya reproducido perfectamente su carácter en su pueblo, volverá para reclamarlos como suyos, como parte de su reino eterno. El ha prometido: "Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (S. Juan 14:3).

Versículos 17-20. Los que rehúsan aceptar la misericordiosa invitación de Dios de tener una parte en la cosecha del trigo son representados como la "viña de la tierra", y ellos también serán cosechados.

Cuando los hombres han sellado sus propios destinos rechazando el amor de Dios y aceptando

los engaños satánicos, entonces Cristo vendrá para vindicar su santa ley. La justicia requiere la muerte de los que transgreden la ley de Dios; y los que rehúsan aceptar la muerte de Cristo en su lugar, deberán ellos mismos pagar la penalidad. Cuando Cristo venga por segunda vez destruirá a los impíos, y su sangre cubrirá la tierra (Joel 3:13; Jeremías 25:30; Isaías 63:1-6).

Únicamente los que se encuentren fuera de la "ciudad" experimentarán este fin terrible. Los que han seguido a Jesús, el Cordero, por fe hasta entrar en la ciudad de la nueva Jerusalén, y los que han ido con él hasta el lugar santísimo del santuario celestial en el monte de Sion (véanse versículo 1; Hebreos 12:18-24) escaparán de los terribles juicios que caerán sobre los impíos. ¿Quiénes aceptarán esta misericordiosa invitación?

"Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado" (Joel 2:32).

**Jesús
siega
la
tierra
en su
segunda
venida**



CAPITULO 15

1 Vi en el cielo otra señal, grande y admirable: siete ángeles que tenían las siete plagas postreras; porque en ellas se consumaba la ira de Dios. 2 Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. 3 Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. 4 ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado.

5 Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio; 6 y del templo salieron los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino limpio y resplandeciente, y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro. 7 Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos. 8 Y el templo se llenó de humo por la gloria de Dios, y por su poder; y nadie podía entrar en el templo hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles.

CAPITULO 16

1 Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios. 2 Fue el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen.

3 El segundo ángel derramó su

copa sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar.

4 El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre. 5 Y oí al ángel de las aguas, que decía: Justo eres tú, oh Señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas. 6 Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen. 7 También oí a otro, que desde el altar decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos.

8 El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego. 9 Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.

10. El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia; y su reino se cubrió de tinieblas, y morían de dolor sus lenguas, 11 y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras.

¿Cómo puede un Dios de amor destruir a los seres a quienes ha creado? Apocalipsis 15:1 a 19:10 explica más plenamente *cómo y por qué* Dios castigará a los que se han rebelado contra él. Además, estos capítulos también explican por qué el mensaje del tercer ángel de Apocalipsis 14 es tan importante.

Capítulos 15:1-4. Dios, antes de mostrar al apóstol Juan cómo castigaría a los impíos que aceptasen la marca de la bestia, primero le hizo ver a los 144.000, quienes, al aceptar su ayuda, triunfarían sobre la bestia, su imagen, su marca y el número de su nombre. La victoria está asegurada para todos los que confían en Cristo. Tal como San Juan lo dijo: "Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe" (1 S. Juan 5:4). La victoria de los 144.000 es la demostración final de Dios del poder del Evangelio eterno, en el centro del cual se encuentra la gran verdad viviente de la justicia *únicamente por la fe*. Cristo ya ha ganado la victoria sobre el pecado en el Calvario. Es su victoria, pero nosotros podemos aceptarla como nuestra por medio de la fe. "Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria

por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Corintios 15:57).

Los 144.000 cantarán el canto de Moisés (Exodo 15:1-19) y el canto del Cordero, Jesús. Los ojos de cada miembro del pueblo remanente penetrarán el velo que separa el Antiguo Testamento del Nuevo, y contemplarán a Jesús, Aquel que verdaderamente es el Redentor eterno.

Versículos 5-8. Cuando Jesús concluya su obra mediadora en favor de su pueblo y salga del lugar santísimo del santuario celestial (el lugar al cual se refiere el versículo 5), su misericordia ya no se encontrará más entre Dios y el hombre. El tiempo de prueba habrá finalizado cuando Cristo declare: "El que es injusto, sea injusto todavía; ... y el que es justo, practique la justicia todavía" (Apocalipsis 22:11). A partir de ese momento, nadie podrá "entrar" al templo celestial por medio de la fe a fin de encontrar salvación, porque todos habrán decidido claramente a quién sirven: a Cristo o a Satanás. Durante el gran tiempo de angustia provocado por las siete últimas plagas, Dios protegerá a su pueblo, y aunque Satanás procurará destruirlo, él lo librará (Daniel 12:1; Salmo 76:8, 9; Sofonías 1:2-3; Ezequiel 9; Apocalipsis 7:1-3; Isaías 26:20, 21).

Los juicios que ocurren bajo las siete últimas plagas se parecen mucho a los descritos bajo las siete trompetas (Apocalipsis 8; 9; 11:15-19). Sin

embargo, estas dos series difieren en por lo menos tres aspectos importantes. Primero, las trompetas constituyen juicios parciales que afectan únicamente a la tercera parte de la humanidad, pero las plagas son mundiales y afectan a todos los impíos. Segundo, las trompetas comprenden largos períodos de tiempo, pero las plagas ocurren en "un día" o "una hora" —en otras palabras, con mucha rapidez. (Compárese Apocalipsis 9:5, 15 con 18:8, 10.) Tercero, las trompetas comienzan desde el lugar *santo* del santuario celestial, en tanto que las plagas se asocian con el lugar *santísimo*. (Compárese Apocalipsis 8:2-5 con 15:5-7.)

¿Cuándo ocurrirán estas plagas? Seguirán tanto a la marca de la bestia como al tercer ángel de Apocalipsis 14, quien presenta la última misericordiosa invitación de Dios a los que se encuentran en Babilonia, para que salgan de ella y acepten la obra de Jesús en su favor realizada en el lugar santísimo del santuario celestial (compárese Apocalipsis 13:16, 17; 14:9, 10 y 16:2). Es decir, ocurren al final del tiempo de prueba cuando Jesús termina su obra mediadora en favor de la humanidad.

Las plagas se derramarán como el "vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira" (Apocalipsis 14:10; 15:1). Vendrán en forma repentina, *sin mezcla de misericordia*.

Apocalipsis 17 y 18 explican *por qué* Dios envía esas terribles plagas que constituyen sus juicios sobre la humanidad. Según Apocalipsis 18:4, son las plagas de *Babilonia* o la cristiandad que se habrá apartado de Dios. Dios las envía para castigarla por haber planeado dar muerte a su pueblo (véanse Apocalipsis 16:6; 13:15). De ese modo, Dios librará a su pueblo remanente de las manos de la ira de Satanás.

Las plagas mismas se parecen a las que Dios envió sobre Egipto cuando libró a los israelitas por mano de Moisés. (Véase Exodo 7 al 12.) Tal como ocurre con las demás series de siete elementos del Apocalipsis, las tres últimas plagas parecen ser diferentes en carácter de las primeras cuatro.

Capítulo 16:1-11. Cada plaga tiene un gran significado, y cada una contrarresta un aspecto diferente del gran poder de Babilonia. La marca de la bestia mencionada en Apocalipsis 13 aparecerá al mismo tiempo que un gran reavivamiento religioso espúreo que empleará un poder milagroso para engañar a los hombres. Pero la primera plaga demostrará que este poder no tiene capacidad alguna para resistir a Dios.

Durante las plagas, aunque mostrarán un "arrepentimiento" exterior, los hombres no se arrepentirán de verdad de sus pecados, porque ya se habrá proclamado el decreto según el cual "El que es injusto, sea injusto todavía; ... y el que es justo, practique la justicia todavía" (Apocalipsis 22:11). Bajo la quinta plaga, tinieblas universales cubrirán el reino de la bestia de Apocalipsis 13:1-10. El poder que pretende tener tanta luz de Dios entonces se debatirá en las tinieblas. En este momento, los que poseen la marca de la bestia todavía estarán sintiendo el dolor de la primera plaga, lo cual demuestra que estas plagas finales ocurrirán dentro de un tiempo muy corto.

**Dios
castiga
a los
que
rechazaron
su amor**



La gran batalla de Armagedón

12 El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates; y el agua de éste se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente. 13 Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; 14 pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. 15 He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza. 16 Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón.

17 El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está. 18 Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra. 19 Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. 20 Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. 21 Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande.

La sexta y la séptima plagas resumen en sí mismas el conflicto de los siglos. Durante la sexta plaga, Babilonia, el gran sistema de religión apóstata, perderá su apoyo popular, y será destruida por Dios durante la séptima juntamente con todos los que se hayan alineado con Satanás.

Versículos 12-16. El simbolismo utilizado para describir la sexta plaga ha sido tomado del Antiguo Testamento. Debido a que la palabra *Armagedón* suena semejante a Meggido, el nombre de un valle de Palestina donde se pelearon tantas guerras importantes del Antiguo Testamento, algunos han concluido erróneamente que al final de la historia ocurrirá una batalla real en el valle de Meggido. El término Armagedón, sin embargo, es claramente simbólico, porque es un nombre inventado. El prefijo hebreo *Har* significa "montaña", y no "valle", y aparentemente se refiere a la montaña en la cual los 144.000 estarán "reunidos", es decir, al monte de Sion. (Véase Apocalipsis 14:1-6.) La palabra Armage-



dón se utiliza para simbolizar la lucha final entre el bien y el mal, la última crisis moral y religiosa de la historia de la humanidad antes de la segunda venida de Cristo. Cientos de años antes de la época del apóstol Juan, el profeta Isaías describió al “reino de Babilonia” como la personificación de Satanás. El altivo rey declaró: “Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte” (Isaías 14:13).

La palabra hebrea original que corresponde a la frase “monte del testimonio” es *Har-mo’ed*. La gran ambición de Satanás consiste en colocarse él mismo en la posición de Jesucristo en el monte de Sion, donde Dios ordenó a su pueblo que se reuniera para librarlo de sus enemigos. (Véase Joel 2:15, 16, 32; compárese con Daniel 11:44, 45.)

En el conflicto final entre el bien y el mal, Dios permitirá a Satanás “reunir” sus fuerzas en

esta “montaña”. Pero la sexta plaga frustrará el intento de Satanás de colocarse él mismo por encima del Creador, porque durante esta plaga Dios secará el “gran río Eufrates”.

Una de las fuentes principales de poderío y prosperidad de la antigua Babilonia era su ubicación estratégica sobre el río Eufrates. (Véase Jeremías 51:13.) Más de quinientos años antes de Cristo, Dios castigó a la antigua Babilonia permitiendo que el rey persa, Ciro, la conquistara. Ciro y los reyes que vinieron con él desde el *este* (véase versículo 12) capturaron Babilonia desviando las aguas del río Eufrates (véanse Isaías 41:2; 45:1; 46:11; Jeremías 50:38; 51:36).

La “Babilonia” a que se refiere Apocalipsis es un sistema religioso apóstata que se sienta, tal como la antigua Babilonia, sobre “muchas aguas”. Estas aguas representan a muchos “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas” que apoyan a la Babilonia impía (Apocalipsis 17:15). Cuando éstos despierten repentinamente al hecho de que Babilonia los ha engañado —un despertar que ocurrirá demasiado tarde para ser de beneficio alguno para ellos—, entonces dejarán de apoyar a Babilonia, y en ese momento es cuando sus aguas se “secarán”.

Los versículos 13, 14 y 16 presentan una visión retrospectiva que muestra cómo Babilonia afianzó su poder antes de la sexta plaga. El dragón (Satanás), la bestia (el poder político-ecclesiástico de aceptación popular), y el falso profeta (el protestantismo apóstata) engañarán al mundo por medio de tres “espíritus inmundos”. En particular, los Estados Unidos protestantes experimentarán un falso reavivamiento espiritual poco antes del establecimiento de un sistema de gobierno político-religioso. (Véase Apocalipsis 13:14, 15.) Los protestantes apóstatas se darán la mano con el espiritismo, y los dos se unirán con la Iglesia Católica para apoyar a Babilonia, es decir, a la cristiandad que se habrá apartado de Dios.

En vista de las terribles consecuencias de esta unión ecuménica, Jesús ha recomendado a su pueblo que vele a fin de no ser engañado (Apocalipsis 16:15).

Versículos 17-21. En el momento más tenebroso de la historia terrena, Dios librará a su pueblo. El Creador mismo declarará: “Consumado es”. De acuerdo con el profeta Joel, “Jehová rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra; pero Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel” (Joel 3:16; véanse también Isaías 30:29, 30; Jeremías 25:30; Hebreos 12:26).

Entonces se derrumbará la altiva Babilonia. Cuando los impíos vean a Jesús, descendiendo en el espacio, huirán de su presencia (compárense los versículos 19 y 20 con Apocalipsis 6:14-17; Isaías 2:10-12, 20, 21). Enormes granizos que pesan un “talento” o sea unos 28 kilos, devastarán toda la tierra (véase Ezequiel 38:18-23). La matanza y la destrucción generalizada que ocurrirán bajo la séptima plaga terminarán con los que han desechado el amor de Dios. Dios los castigará con la muerte que ellos habían decretado sobre su pueblo.

Dios destruye a la Babilonia impía



1 Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; 2 con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación.

3 Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. 4 Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; 5 y en su frente un nombre escrito, un misterio: **BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAME- RAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.** 6 Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro.

7 Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos. 8 La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será.

9 Esto, para la mente que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer, 10 y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es ne-

cesario que dure breve tiempo. 11 La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición.

Versículos 1, 2. La sexta y la séptima plagas son tan importantes que Dios envió a uno de los ángeles que trajo estas plagas para que las explicara mejor a su siervo, el apóstol Juan.

Versículos 3-7. Aunque el ángel prometió mostrar a Juan "la sentencia contra la gran ramera", él le mostró primero la *razón* que motivaba este juicio. Babilonia sería destruida debido a su conducta impía.

Estos versículos se parecen en muchos aspectos a Apocalipsis 13:1-10, que describen a la iglesia o poder político-eclesiástico romano. En este último caso, sin embargo, Dios representó a la iglesia y al Estado unidos mediante un mismo símbolo, mientras que en los versículos que nos ocupan ha descrito a ambos en términos de símbolos diferentes. Una mujer en una profecía simbólica representa a una iglesia; una mujer impura representa a una iglesia impura. "Babilonia" es eminentemente una iglesia impura. Rica, orgullosa y corrompida, representa el instrumento máximo y definitivo del engaño satánico.

Versículos 8-11. Estos versículos describen en un lenguaje muy simbólico la historia de la bestia (la cual parece representar aquí al poder que fuerza y persigue) y la de las siete cabezas de la bestia (reinos sucesivos que han utilizado este poder). Veamos cómo el versículo 8 contiene conceptos paralelos a los de los versículos 10 y 11:

<i>La bestia</i>	<i>Las cabezas</i>
"era"	"cinco de ellos han caído"
"no es"	"uno es"
"para subir"	"el otro aún no ha venido"
	"el octavo" ("y es de entre los siete, y va a la perdición")

Apocalipsis 13 presenta la misma descripción del versículo 8. En ese capítulo el profeta Juan describió a la bestia como siendo "herida de muerte", lo cual tiene correspondencia con la forma "era" del versículo 8; y el pensamiento que se refiere a la herida que fue curada tiene su paralelo en la expresión "para subir" del versículo 8 (compárense Apocalipsis 13:8 y 17:8). Puesto que la herida de la bestia ocurrió al final de los 1.260 años, las primeras cinco cabezas son las representadas en el libro de Daniel y en Apocalipsis 13:1-10: (1) Babilonia, (2) Medo-Persia, (3) Grecia, (4) la Roma imperial o pagana, y (5) el poder civil de Roma papal.

La sexta cabeza representa una paradoja, porque durante el tiempo en que reina, la bestia "no es". Esta condición corresponde exactamente con lo que ocurrió desde el año 1798 cuando la Francia atea, durante su revolución, hirió a la bestia quitando a la Iglesia Católica su poder civil. El punto importante de esta profecía es el siguiente: la bestia "está para subir" nuevamente al poder, y cuando lo haga, la iglesia utilizará su poderío para perseguir al verdadero pueblo de Dios.



**Un
movi-
miento
ecuménico
que
fracasará**

12 Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. 13 Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia. 14 Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles.

15 Me dijo también: Las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas. 16 Y los diez cuernos que viste en la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego; 17 porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios. 18 Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.

Versículos 12-14. Según Apocalipsis 16:13, 14, 16, las tres grandes potencias religiosas (el catolicismo romano, el protestantismo apóstata y el espiritismo) "van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos" en un intento final para destruir al pueblo de Dios. Apocalipsis 17:12 explica que estos "reyes de la tierra" son "diez reyes" que se unirán para apoyar a la bestia durante la etapa posterior al sanamiento de su herida o a su recuperación, en su guerra contra el "Cordero", Jesús. (Compárese el versículo 14 con Apocalipsis 19:11, 19.)

Al apoyar a la bestia, sanarán su "herida de muerte", y entonces Babilonia ya no será más una "viuda", sino una reina que dominará sobre los reyes de la tierra. (Compárese con Apocalipsis 13:3, 8; 17:8; y 18:7.) Esta confederación constituida por el poder político-eclesiástico tendrá un sólo propósito: hacer guerra contra el Cordero y destruir a su pueblo, la iglesia remanente. Pero Dios ha prometido que el Cordero vencerá a la bestia. (Véanse Apocalipsis 12:17; 13:15.)

Versículos 15-17. Una de las supuestas fuentes de poderío de Babilonia serán los "pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas" que la apoyarán. Pero el versículo 16 muestra cómo Babilonia repentinamente perderá su apoyo. Las muchas "aguas" sobre las cuales se sienta se secarán bajo la sexta plaga. Cuando los diez reyes comprendan repentinamente que Babilonia los ha engañado, se volverán contra la iglesia y sus dirigentes. Esta es la explicación divina del secamiento del río Eufrates mencionado en Apocalipsis 16:12. (Véanse Jeremías 25:30-38; Ezequiel 38:18-22; Zacarías 14:12, 13.) Dios permitirá que las naciones de la tierra se unan para apoyar a Babilonia durante un corto período a fin de demostrar el resultado final del misterio de iniquidad, pero cuando ocurra la sexta plaga, él librará a su pueblo.

Versículo 18. En una corta sentencia el ángel explicó a Juan cuál era el "misterio" de la mujer Babilonia. Babilonia es la "gran ciudad" que reina sobre los reyes de la tierra.



CAPITULO 18

1 Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria. 2 Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. 3 Porque todas las naciones, han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites. 4 Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas;

Apocalipsis 18 señala la época cuando la iglesia, como resultado de su rechazo de la triple advertencia de Apocalipsis 14:6-12, habrá caído completamente en la apostasía. Los versículos 1-4 de este capítulo describen la presentación final del triple mensaje en su forma más intensa. Este es el último mensaje que Dios dará al mundo.

El poderoso ángel que lo proclama alumbrará toda la tierra con su gloria, cumpliendo así perfectamente la profecía de Isaías que dice: "Le-

vántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria. Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento" (Isaías 60:1-3).

La gran luz que iluminará al mundo en el conflicto final es la revelación de la justicia y la perfección de Cristo, el Salvador que perdona los pecados. Invitará a los hombres a contemplar al que borra sus pecados mientras él, en el lugar santísimo del santuario celestial, ministra los beneficios de su sacrificio expiatorio perfecto realizado en la cruz.

Dios se complace en dar. Y su don final a su pueblo será un pleno impartimiento de su Espíritu Santo para perfeccionar su carácter y prepararlo para que viva durante el tiempo de las plagas sin la ayuda de un intercesor. El Espíritu glorificará a Cristo mientras trabaja en el pueblo remanente, mostrando la eficacia de su sacrificio perfecto realizado en favor del hombre en el Calvario (S. Juan 16:13, 14).

Así es como Dios dotará de poder a su pueblo para presentar el asombroso mensaje que dice: "¡Ha caído Babilonia!" La cruz del Calvario revela lo que es el pecado y cuáles son sus resultados. Y únicamente los que hayan visto la cruz reflejada en el lugar santísimo del santuario celestial y hayan comprendido cuánto aborrece Dios el pecado, y sin embargo cuánto ama al pecador, podrán presentar este penetrante mensaje.

El poder convincente del Espíritu Santo penetrará en las tinieblas que cubren a la Babilonia caída, y como resultado muchos responderán a la voz de Cristo que los invita a salir de ella.

Llamado final de Dios a salir de Babilonia



Babilonia cosecha los resultados de la rebelión

Versículos 5-24. Comenzando con esta solemne declaración: "Dios se ha acordado de sus maldades", el profeta Juan describe la suerte trágica de Babilonia. El camino de transigencia y pecado que al principio pareció tan ancho e invitador para ella, finalmente la condujo a su destrucción.

5 porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades. 6 Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble. 7 Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto; 8 por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga.

9 Y los reyes de la tierra que han fornicado con ella, y con ella han vivido en deleites, llorarán y harán lamentación sobre ella, cuando vean el humo de su incendio, 10 parándose lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio!

11 Y los mercaderes de la tierra lloran y hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías; 12 mercadería de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata, de toda madera olorosa, de todo objeto de marfil, de todo objeto de madera preciosa, de cobre, de hie-

rro y de mármol; 13 y canela, especias aromáticas, incienso, mirra, olíbano, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias, ovejas, caballos y carros, y esclavos, almas de hombres. 14 Los frutos codiciados por tu alma se apartaron de ti, y todas las cosas exquisitas y espléndidas te han faltado, y nunca más las hallarás.

15 Los mercaderes de estas cosas, que se han enriquecido a costa de ella, se pararán lejos por el temor de su tormento llorando y lamentando, 16 y diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad, que estaba vestida de lino fino, de púrpura y de escarlata, y estaba adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas! 17 Porque en una hora han sido consumidas tantas riquezas. Y todo piloto, y todos los que viajan en naves, y marineros, y todos los que trabajan en el mar, se pararon lejos; 18 y viendo el humo de su incendio, dieron voces, diciendo: ¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad? 19 Y echaron polvo sobre sus cabezas, y dieron voces, llorando y lamentando, diciendo: ¡Ay, ay de la gran ciudad, en la cual todos los que tenían naves en el mar se habían enriquecido de sus riquezas; pues en una hora ha sido desolada!

20 Alégrate sobre ella, cielo, y vosotros, santos, apóstoles y profetas; porque Dios os ha hecho justicia en ella.

21 Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada. 22 Y voz de arpas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti; y ningún artífice de oficio alguno se hallará más en ti, ni ruido de molino se oirá más en ti. 23 Luz de lámpara no alumbrará más en ti, ni voz de esposo y de esposa se oirá más en ti; porque tus mercaderes eran los grandes

de la tierra; pues por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones.

24 Y en ella se halló la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra.

CAPITULO 19

1 Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; 2 porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. 3 Otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos.

4 Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: ¡Amén! ¡Aleluya! 5 Y salió del trono una voz que decía: Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes.

6 Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! 7 Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. 8 Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.

9 Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios. 10 Yo me postré a sus pies para adorarle. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retie-

nen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.

Versículos 1-4. Respondiendo a la invitación de Apocalipsis 18:20, los moradores del cielo se unirán en un poderoso coro de alabanza a Dios por su justicia y misericordia manifestadas en la destrucción de Babilonia. Las exclamaciones de "Aleluya" (lo cual significa "alabado sea Dios") resonarán en el espacio para dar honra al Creador y Redentor. (Compárese con Apocalipsis 4.)

Versículos 5, 6. Los judíos, en sus grandes festividades anuales, cantaban selecciones de los Salmos 113-118, cantos que exaltaban la bondad y la misericordia de Dios con su pueblo. En el gran día de la redención y la liberación de Babilonia que pronto ha de venir, el pueblo de Dios responderá con la más profunda gratitud a su misericordia manifestada en su liberación.

Versículos 7-9. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento presentan la institución del matrimonio como un símbolo de la relación sagrada de Cristo con su reino (Isaías 54:5, 6; 2 Corintios 11:2; Efesios 5:25-33). Apocalipsis 21:2 identifica al esposo como el Cordero, Jesús, y a la "nueva Jerusalén" como el centro del gobierno de Dios y el hogar de los redimidos. Según Daniel 7, Cristo recibe el derecho de gobernar sobre su reino, la nueva Jerusalén, al final de su ministerio sacerdotal en favor del hombre llevado a cabo en el santuario celestial. De manera que la recepción de su reino por parte de Cristo constituye su "casamiento". Es *por fe* que la iglesia remanente "va" con él al lugar santísimo del santuario celestial para la ceremonia de casamiento. (Véanse S. Mateo 25:1-3; Apocalipsis 14:14.)

Después de la ceremonia del casamiento, Cristo volverá de la boda a nuestro mundo y llevará a su pueblo con él al cielo. Entonces se llevará a cabo la fiesta de bodas, la "boda del Cordero". Los habitantes de la nueva Jerusalén, los santos, son preparados para su parte en esta gran fiesta que Cristo celebrará con ellos en el cielo, recibiendo su justicia. Esta justicia se asemeja a un vestido tejido en el telar del cielo y no contiene ni una sola hebra de factura humana. No se consigue mediante las obras sino como un don "concedido" por Cristo a quienes lo pidan. (Véanse Isaías 55; 61:10; S. Mateo 26:26-29; Romanos 3:19-26; Zacarías 3.)

Versículo 10. San Juan cayó a los pies del mensajero celestial, dominado por un gozo inenarrable. Pero el mensajero lo dirigió hacia Dios como la fuente de las admirables provisiones que él le había presentado. Tal como el apóstol Juan, él también era uno de los que adoraban delante del trono de Dios.

**Los
santos
cantan
alabanzas**

11 Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. 12 Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. 13 Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: **EL VERBO DE DIOS**. 14 Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. 15 De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. 16 Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: **REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES**.

17 Y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid, y congregaos a la gran cena de Dios, 18 para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes.

19 Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. 20 Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. 21 Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.

rápidamente de una escena a otra. Se parece en varios sentidos a la sección anterior (Apocalipsis 15:1-19:10). Ambas secciones contienen siete visiones: el capítulo 16 describe siete juicios de la caída de Babilonia, mientras que los capítulos 19:11 a 21:8 presentan otras siete escenas de juicio, cada una de las cuales comienza con la expresión "vi" (véanse Apocalipsis 19:11, 17, 19; 20:1, 4, 11; 21:1).

Ambas series de siete visiones contienen apéndices, observaciones suplementarias o realizadas por algunos de los siete ángeles que traen las plagas. (Compárese Apocalipsis 17:1 con 21:9.) Ambas escenas asombraron en tal forma al profeta Juan que cayó postrado a los pies del ángel, y ambas terminan con el ángel indicándole al apóstol Juan que no debe adorarlo a él porque él también es un ser creado. (Compárese Apocalipsis 19:10 con 22:9.) Pero mientras la penúltima sección se refiere específicamente al trágico final de Babilonia, la sección última resume *todos* los acontecimientos principales que ocurren en la parte final del gran conflicto entre Cristo y Satanás y describe el maravilloso futuro que Cristo ha preparado para su pueblo.

Versículos 11-16. Mientras Juan observaba, vio una escena asombrosa: Jesucristo, el Testigo Fiel y Verdadero que había rogado en forma tan elocuente a la iglesia de Laodicea (Apocalipsis 3:14) que aceptara su amor, ahora apareció ante el profeta para desempeñar una función extraña y diferente. Después del juicio de Babilonia y de las siete plagas, Jesús volverá a la tierra, y allí "con justicia juzga y pelea", para destruir a los que se han rebelado abiertamente contra Dios y



El versículo 11 del capítulo 19 comienza la sección final del Apocalipsis. Esta parte avanza

su ley de amor. Sin embargo, la destrucción que Cristo llevará a cabo será un acto de justicia y su único motivo será el amor. (Compárese con Salmo 2; 11:4; 45; Apocalipsis 14:14-20.)

Esta es la segunda venida de Cristo predicha por los autores bíblicos. Su pueblo que lo ha esperado durante mucho tiempo lo recibirá con gozo, mientras los impíos procurarán ocultarse de su presencia. En tanto destruye a los impíos, resucita a los que han muerto confiando en él, y luego los lleva al cielo juntamente con su pueblo que ha pasado por el azote de las plagas (S. Juan 14:1-3; Hechos 1:9-11; 1 Tesalonicenses 4:16, 17; Apocalipsis 6:15-17).

Aquí se identifica a Cristo mediante tres nombres, cada uno de los cuales simboliza un aspecto diferente de su carácter. El primero tiene que ver con su naturaleza divina, la cual nadie puede comprender plenamente. El segundo, "el Verbo de Dios", lo presenta como la expresión perfecta de los pensamientos de Dios. El tercero, "Rey de reyes y Señor de señores", lo representa en forma explícita como Dios en todo sentido, digno de adoración y alabanza.

Versículos 17, 18. Cuando Cristo vuelve a este mundo, después de que las fuerzas impías se reúnan para hacerle guerra (versículo 19), un ángel llamará a las aves de rapiña para que se congreguen a fin de participar en un festín como nunca ha habido antes. No importa cuán poderosos, cuán ricos o cuán pobres sean, todos los que han rehusado la misericordiosa invitación a la fiesta de boda del Cordero, se encontrarán entre los que serán devorados por las aves de rapiña cuando Jesús venga (compárense Ezequiel

39:17-20 y Apocalipsis 6:14-17).

Versículos 19-21. La tercera escena del juicio en esta serie final describe a toda la hueste satánica reuniéndose para la batalla de Armagedón (véase Apocalipsis 16:13, 14). Las fuerzas del mal descritas en los capítulos 13 y 17 se unirán en un gran intento final realizado para destruir a Jesucristo y a su iglesia remanente. (Compárese con Apocalipsis 17:14; 12:17.) Únicamente dos clases de personas existirán entonces en el mundo: (1) los que se habrán unido con la bestia de Apocalipsis 13:1-10, y (2) los que se habrán congregado en torno a Jesús. (Véase Apocalipsis 13:18.)

Los que se han rebelado contra Cristo serán destruidos por el resplandor de su venida. (Véanse Isaías 11:4; 63:1-6; 64:1-3; 66:15, 16; Jeremías 25:30-33; Salmo 50:3-6; 2 Tesalonicenses 2:8.) Entonces la tierra se convertirá en una soledad deshabitada, porque Cristo llevará a su pueblo consigo al cielo, dejando aquí únicamente los cuerpos de los impíos para ser devorados por las aves de rapiña. (Véanse Apocalipsis 20:4; 1 Tesalonicenses 4:16, 17; S. Juan 14:1-3; Jeremías 4:23-27; 25:33.) Según esto, la segunda venida de Cristo implica una *destrucción completa de los impíos*. Ha advertido especialmente a su pueblo para que no se deje engañar con respecto a su venida. (Compárense los versículos 17, 18, 21 con S. Mateo 24:26-28.) *No habrá una segunda oportunidad* para los impíos durante el milenio que se describe en el capítulo que sigue. Todos deben decidir *ahora*, antes de que Jesús vuelva, a cuál fiesta asistirán: a la fiesta de boda del Cordero o bien a la fiesta de la muerte.

Cristo destruye a los impíos



Satanás pasa mil años en una prisión

CAPITULO 20

1 Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. 2 Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; 3 y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.

4 Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. 5 Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. 6 Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.

7 Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, 8 y saldrá a engañar a las nacio-

nes que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. 9 Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. 10 Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

11 Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. 12 Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. 13 Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. 14 Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. 15 Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.



El fin del gran conflicto

Cuando Cristo destruya a los impíos en su segunda venida y lleve consigo a los justos, dejará a la tierra en una condición desolada. Entonces comenzará el período de mil años conocido como el milenario. La idea popular de que durante ese tiempo Cristo gobernará sobre las naciones de la tierra y traerá paz, carece de fundamento en la Palabra de Dios. Notemos cómo Apocalipsis 19 y 20 describen los acontecimientos que ocurrirán en conjunción con el milenario. Primero, *antes* de que comience el milenario:

1. Cristo regresará a la tierra al final de las siete plagas (Apocalipsis 19:11-16).

2. Destruirá a *todos* los impíos cuando venga. (Véanse los comentarios acerca de Apocalipsis 19:17-21.)

3. Entonces atará a Satanás a la tierra desolada, la cual se habrá convertido en un "abismo". Con todos sus seguidores muertos, Satanás ya no podrá más engañar "a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años" (Apocalipsis 20:1-3. Véanse Isaías 24:19-22 y Jeremías 4:23-26).

4. Cuando destruya a los impíos, Cristo volverá a resucitar a los que han confiado en él (Apocalipsis 20:4). Esto es lo que la Biblia llama la "primera resurrección" o la "resurrección de vida", tal como Cristo la llamó (Apocalipsis 20:5; S. Juan 5:28, 29). Al mismo tiempo también transformará los cuerpos de los que han vivido durante las siete plagas y a ambos grupos concederá el don de la inmortalidad (1 Tesalonicenses 4:16, 17; 1 Corintios 15:51-55). Entonces Cristo llevará a su pueblo consigo *al cielo*. (Véanse S. Juan 14:1-3 y 1 Tesalonicenses 4:17.)

Durante el milenario habrá dos escenarios.

5. En la tierra, Satanás estará atado con una "cadena" de circunstancias. Durante el milenario, como no tendrá a nadie a quien tentar y dispondrá de tiempo para reflexionar, contemplará lo que su rebelión contra Dios ha llevado a cabo (Apocalipsis 20:1-3, 7).

6. En el cielo, los santos juzgarán a los impíos (Apocalipsis 20:4; véase 1 Corintios 6:2, 3). En esta forma Dios revelará su perfecta justicia al permitir a los que han sido tentados y conocieron el poder del pecado, unirse con él para pasar revista a su trato misericordioso con los hombres y enterarse del castigo que recibirán los impíos por haber despreciado el amor abnegado de Dios. Los redimidos, incluyendo a los que tienen parte en la *primera* resurrección, vi-

virán eternamente con Cristo (Apocalipsis 20:6).

Al *final* del milenario:

7. Cristo y los santos volverán a la tierra (Apocalipsis 20:9; 21:1, 2).

8. Entonces Cristo resucitará a los "otros muertos", es decir a los impíos que no resucitaron en ocasión de su segunda venida (Apocalipsis 20:5). Notemos cómo la oración que describe esta segunda resurrección ("Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años") se incluye en medio de la descripción de la *primera* resurrección. (Véanse también el versículo 13 y S. Juan 5:29.)

9. Satanás será "suelto de su prisión", durante un corto tiempo, y se dedicará a engañar a los impíos en un postrer intento por destruir a Cristo y a su pueblo (Apocalipsis 20:3, 7-9; véase también Ezequiel 38:16).

10. Repentinamente Dios pondrá fin al intento de los impíos de destruir a su pueblo y los traerá ante su trono para el juicio final (Apocalipsis 20:11-14). Cuando los impíos finalmente se den cuenta de que Dios ha tratado a todos los hombres con justicia, se postrarán delante de Cristo y reconocerán su derecho de gobernar como Señor de todos (Filipenses 2:10, 11).

11. Después de eso, Dios en su misericordia destruirá a los impíos con fuego del cielo (Apocalipsis 20:9, 14, 15). La expresión griega de la que se ha traducido la frase "por los siglos de los siglos" (versículo 10) significa simplemente durante todo el tiempo que una cosa dure. Compárese Judas 7 que describe la ciudad de Sodoma siendo quemada con fuego "eterno", y Lamentaciones 4:6, que presenta la ciudad siendo destruida "en un momento". La Biblia indica claramente que el castigo por el pecado es la *muer*te, o cesación de la existencia, y no una *vida* eterna de tormento. (Véanse Malaquías 4:1; Salmo 37:10, 20.) De modo que los fuegos purificadores de Dios destruirán *todo* lo que el pecado ha corrompido y dejarán el universo libre de pecado y de pecadores.

12. Finalmente cuando Dios haya purificado la tierra, volverá a crearla ante los ojos mismos de los santos y hará todas las cosas nuevas (Apocalipsis 21:1; 2 S. Pedro 3:12, 13). De esta manera Dios restaurará al hombre todo lo que Adán perdió a causa del pecado. Y los redimidos alabarán a Jesús durante toda la eternidad por su sacrificio hecho por amor que los libró del pecado y la muerte.



1 Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. 2 Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido.

3 Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. 4 Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.

5 Y él que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. 6 Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. 7 El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. 8 Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.

9 Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas posteras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. 10 Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad san-



La nueva Jerusalén refleja la gloria de Dios

ta de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, 11 teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal. 12 Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; 13 al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; al occidente tres puertas. 14 Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.

15 El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. 16 La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales. 17 Y midió su muro, ciento cuarenta y cuatro codos, de medida de hombre, la cual es de ángel. 18 El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio; 19 y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer cimiento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, ágata; el cuarto, esmeralda; 20 el quinto, ónice; el sexto, cornalina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisopraso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista. 21 Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio.

Versículos 1-8. La séptima visión del profeta Juan en la sección última del Apocalipsis describe el final del gran conflicto entre Cristo y Satanás y muestra el propósito eterno de Dios para su pueblo. Lo incompleto y lo imperfecto desaparecerán cuando Dios cumpla completamente su promesa de hacer todas las cosas nuevas. (Véanse Isaías 65:17; 66:22; 2 S. Pedro 3:13).

La capital de la tierra renovada será "la santa ciudad, la nueva Jerusalén", una ciudad completamente distinta de la Jerusalén que hoy está en Palestina, y diferente de cualquier ciudad edificada por el hombre, porque la nueva Jerusalén es la ciudad de Dios, perfecta en todo sentido. Descenderá de Dios, su Arquitecto divino, al final de los mil años. (Compárense Gálatas 4:26; Hebreos 12:22; 13:14; Zacarías 14:3-11.)

El profeta Juan describe la nueva Jerusalén como "una esposa ataviada para su marido". La ciudad, que albergará a los redimidos, se parecerá a una novia pura y santa que Jesucristo, el esposo, ha ganado para sí mismo mediante su amor. El misterio de Dios del que hablaron los autores bíblicos quedará entonces completo, porque Dios morará plenamente en los corazones de los redimidos. En esta forma realizará la verdad que describió en forma tan gráfica mediante el tabernáculo y sus servicios (Exodo 25:8; S. Juan 17:20-24; Efesios 5:23, 27, 32).

Versículo 9 a capítulo 22:5. Después de su visión de los siete juicios que caerán sobre la mujer impura, Babilonia, uno de los ángeles que trajo las plagas mostró a Juan con más detalle una descripción de la destrucción de Babilonia. Después de su visión de las siete escenas finales de juicio que pronto purificarán el universo de todo pecado, uno de los ángeles con las plagas nuevamente vino a ver al profeta Juan, esta vez para mostrarle un cuadro más detallado de la exaltación de la mujer pura, la nueva Jerusalén.

En la nueva Jerusalén, todo reflejará la gloria o el carácter de Dios. No sólo será una obra de belleza, sino también un monumento de amor preparado por Dios para los que le aman. Será un don perfecto surgido de su amor eterno y destinado a proporcionar gozo y felicidad a sus hijos, sus herederos (Romanos 8:17; 1 Corintios 2:9).

San Juan describió la ciudad en términos sencillos pero majestuosos. La ciudad misma es una verdadera exposición del número doce, el número que con tanta frecuencia se ha asociado con el reino de Dios en toda la Biblia. Tiene doce puertas sobre las que están escritos los nombres de las doce tribus de Israel (versículo 12), doce fundamentos (versículo 14), las murallas miden doce mil estadios, o sea 2.220 kilómetros (versículo 16), y 144 codos (doce veces doce), o sea 72 metros de altura (versículo 17), y el árbol de la vida producirá doce clases de frutos (Apocalipsis 22:2). Pero aunque el apóstol Juan utilizó símbolos en su intento por describir la ciudad, él la presenta como un lugar real, o sea un hogar literal para los redimidos.

Allí los redimidos podrán comunicarse libremente con Dios. El amante Creador continuará dando vida y luz a su creación durante toda la eternidad. Y por los siglos sin fin, los que han sido rescatados por Jesús del pecado y la muerte seguirán estudiando el plan de redención, la revelación de Jesucristo.

Cómo será la tierra nueva

22 Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. 23 La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. 24 Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. 25 Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. 26 Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella. 27 No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.

CAPITULO 22

1 Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. 2 En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del ár-

bol eran para la sanidad de las naciones.

3 Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, 4 y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. 5 No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos.

6 Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. 7 ¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.

8 Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. 9 Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo



tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios.

10 Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca. 11 El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.

12 He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. 13 Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. 14 Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. 15 Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira. 16 Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y

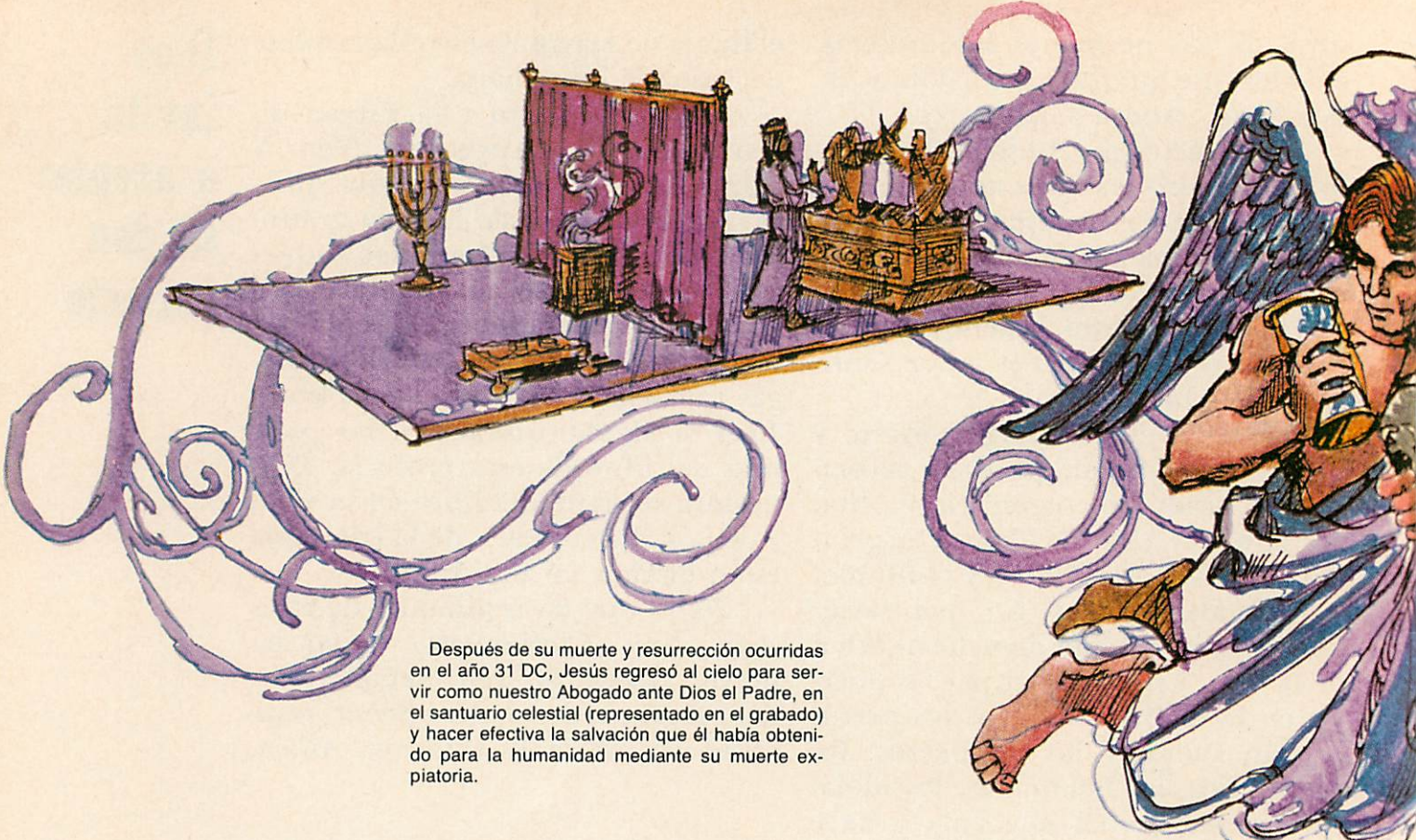
el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.

17 Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente. 18 Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. 19 Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro.

20 El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús. 21 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.

**Dios
invita
a aceptar
su don
perfecto**





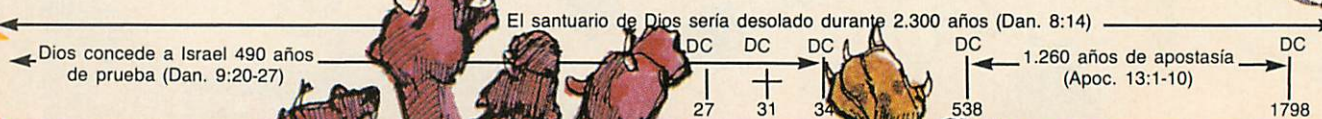
Después de su muerte y resurrección ocurridas en el año 31 DC, Jesús regresó al cielo para servir como nuestro Abogado ante Dios el Padre, en el santuario celestial (representado en el grabado) y hacer efectiva la salvación que él había obtenido para la humanidad mediante su muerte expiatoria.

Con el fin de destacar con más claridad aún lo que está implicado en la lucha entre el bien y el mal, Dios ha prometido enviar a la humanidad tres mensajes finales (descritos en Apocalipsis 14:6-12 y representados a la derecha) para revelar las buenas nuevas de su amor por nosotros en una forma notabilísima.

Satanás se opone a Cristo, y ha tratado de confundir las buenas nuevas del plan de Dios para redimirnos del pecado y de sus efectos. Tres de las vías más importantes por medio de las que Satanás ha promovido el mal están representadas por las bestias simbólicas que aparecen en el grabado de abajo.

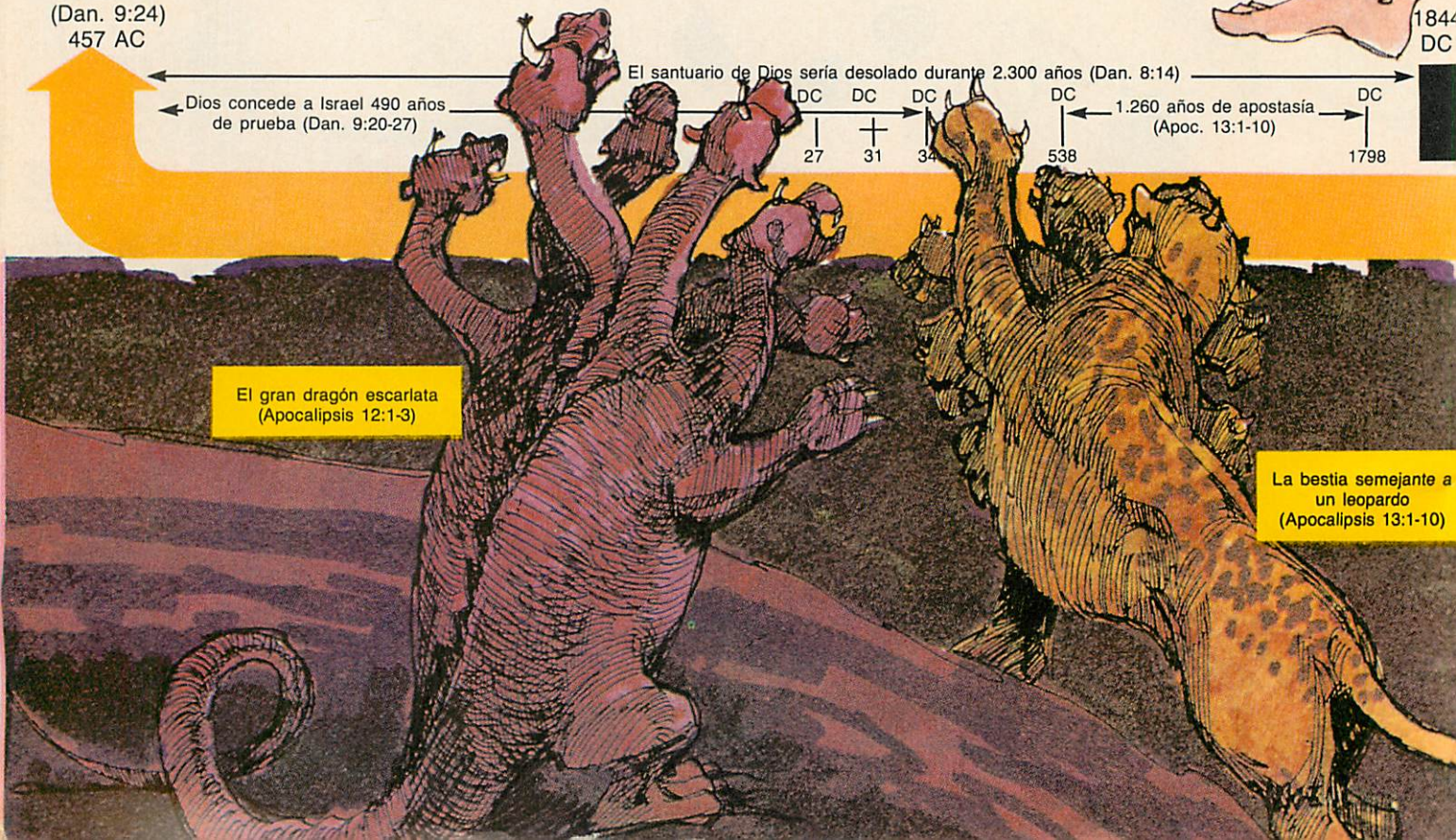
Decreto para reedificar a Jerusalén (Dan. 9:24)
457 AC

1844 DC



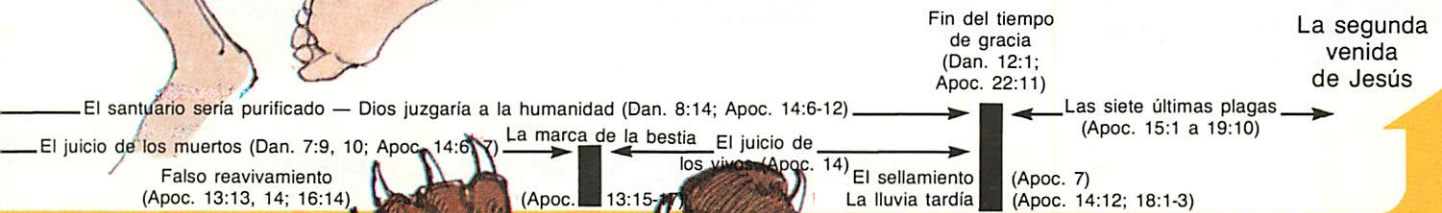
El gran dragón escarlata (Apocalipsis 12:1-3)

La bestia semejante a un leopardo (Apocalipsis 13:1-10)



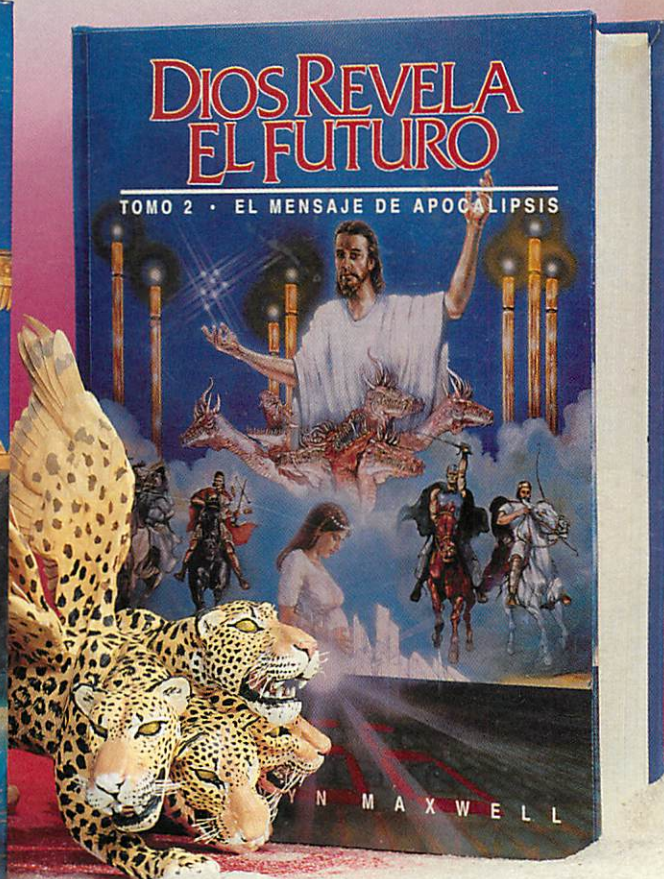
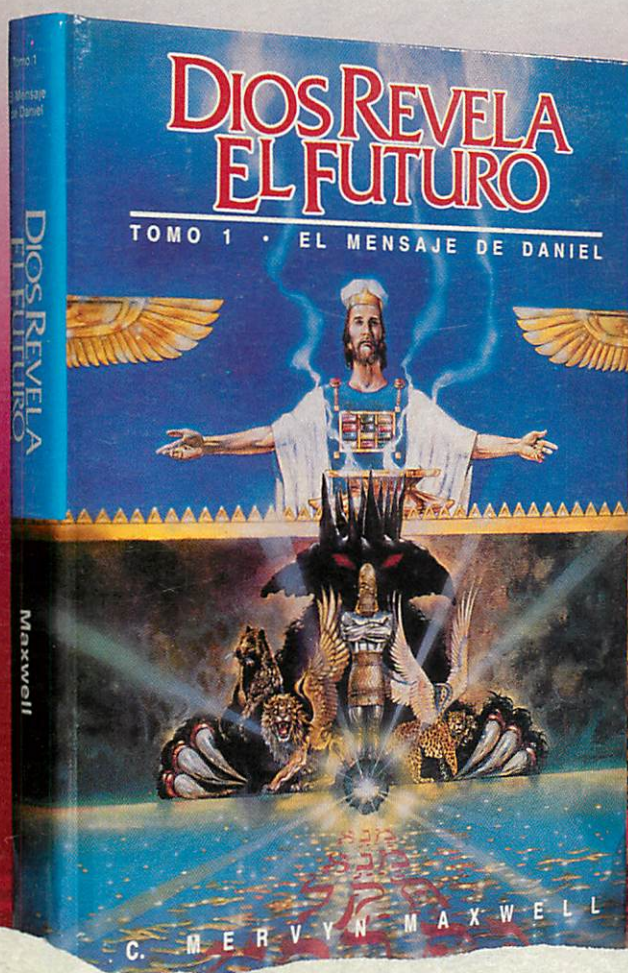


Quando los mensajes de los tres ángeles hayan captado la atención de la humanidad, Jesús regresará al mundo, tal como lo representa simbólicamente Apocalipsis 19, sobre un caballo blanco y guiando a los ejércitos celestiales. Entonces rescatará a su pueblo de las garras de Satanás y destruirá a los impíos en forma definitiva.



El falso profeta
(Apocalipsis 13:11-18;
16:13; 19:19, 20)





¡Dios revela el futuro!

Descubra su mensaje en dos obras clásicas:
El Mensaje de Daniel y El Mensaje de Apocalipsis

Ahora usted puede entender el futuro.

Dios le ha dado información para ayudarle a tomar decisiones sabias en cuanto a su futuro y la eternidad. Su Palabra provee esta información en dos de sus libros más enigmáticos: Daniel y Apocalipsis.

Descubra su significado con la ayuda de dos nuevos y fascinantes guías de estudio: *Dios revela el futuro*, tomo 1, *El mensaje de Daniel*; y *Dios revela el futuro*, tomo 2, *El mensaje de Apocalipsis*.

¡Su propio futuro puede depender de la lectura de estas obras!

"En mi opinión, *Dios revela el futuro* es el mejor comentario disponible".

Kenneth A. Strand
 Profesor de Historia Eclesiástica
 Andrews University

¡Suenan interesantes!

☐ Sí, por favor envíeme más información sobre los nuevos libros de estudio, *Dios revela el futuro*, tomos 1 y 2.

Nombre _____

Calle y N.º _____

Ciudad _____

Estado _____ Código Postal _____

Teléfono () _____



Pacific Press—Satisfaciendo las necesidades de la mente y el corazón

Pacific Press Publishing Association
 P. O. Box 7000, Boise, Idaho 83707, EE. UU.